

AMERICA

N.ºs 38 - 39



JOSE VASCONCELOS

AMERICA

Contenido de los Núms. 38 y 39

Redacción: *Antevísión de América*— José Rafael Bustamante: *Los dos*
América— Gastón Figueroa: *La leyenda del girasol*— ~~Guillermo Figueroa~~
Ludio— Roque Laurenta: *Hermanos...*— Germán Pardo García: *La enciclopedia*
del pan— Luis Franco: *El hueso*— Ramsay MacDonald: *La vida de los sueños*—
Gonzalo Escudé: *Diálogo con don Juan*— Arturo Usler Pietri: *La voz*— Manuel Na-
ñez Regueiro: *Pequeños poemas*— Alfredo L. Palacios: *Fragmentos del libro «Casi*
verdad y democracia»— María Vázquez Espinosa: *Poemas*— J. M. Velasco Ibarra
¿Es la democracia una organización política definitiva?— Augusto Arias: *Hum-*
berto Pizarro— Humberto Tiarro: *Ora, Ojival, La casa de las Flores, Los alquí-*
mistas— Nicolás Jiménez: *Román Feruliduz*— Alejandro Andrade Coello: *El cálido*
verbo de la Arabia— Remigio Romero y Cardero: *Músicas de América, A. Gui-*
llermo Bustamante— Manuel Crespo Ordóñez: *Otoño trágico*— José Vasconcelos:
El conflicto— Francisco Grandmontagne: *El cariño y el amor*— *Bibliografía*
titular— Gabriela Mistral: *Un poco sobre el Ecuador*— *Publicaciones que nos*
visitan.

Jenes al Sol

Aria Alicia Domi
52

NOTA IMPORTANTE.—Por causas ajenas a nuestra voluntad no ha
salido antes la presente edición de «América». Los talleres nacionales es-
tán para las Bellas Letras casi siempre ocupados con el abundantísimo tra-
bajo del Estado. Nuestros amables lectores sabrán disculparnos.

DIRIGEN ESTA REVISTA

ALFREDO MARTINEZ
GUILLERMO BUSTAMANTE
AUGUSTO ARIAS
FERNANDO CHAVES

SUSCRIPCION :

Un ejemplar extraordinario..... \$ 1,00
Dentro de la República, 12 entregas ordinarias " 5,00
Exterior, 12 entregas Dos dólares

DIHECCION POSTAL:

AMERICA.—Apartado de Correos N° 75.

Quito, Ecuador, S. A.

REPERTORIO AMERICANO

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos

PUBLICADO POR

J. GARCIA MONGE

Apartado Letra X
San José, Costa Rica, C. A.

SUSCRIPCION: El año, 2 tomos de veinte y cuatro entregas cada uno,
\$ 6.00 oro americano.

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL

DE

LETRAS, ARTE, HISTORIA, FILOSOFIA, CIENCIAS SOCIALES

FUNDADA EL 1º DE AGOSTO DE 1907

DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti

SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

ADMINISTRADOR:

Daniel Rodolico

PRECIO DE SUSCRIPCION (ADELANTADA) Por un año 8 dólares

Dirección y Administración: Lavalle 1430 U. T. (38) 4341 Mayo

BUENOS AIRES

¡Así se curan las penas!

JOSÉ BÖHR, el célebre artista argentino que con brillante carrera está haciendo en los Estados

Unidos, ha dicho a propósito de esta graciosísima película en que actuó como protagonista:

"No cuenten ustedes el dolorcito de cabeza que allí me cargo. Cuenten los que de verdad a verdad me he quitado y me quito en la vida real, con esa maravilla que se llama



CAFIASPIRINA

"¡Mi madre!
¡Qué dolor de
cabeza tan
horrible!"

"¡Dios!
¡Qué alivio
tan mara-
viloso!"

"La terrible luz de las hujas cinematográficas y esto de mantener cuerpo y alma en tensión perpetua para complacer al público, suele traer violentos dolores de cabeza, acompañados de malestar, depresión y cansancio. ¿Qué cosa tan colosal es tomarse entónces dos tabletas de **CAFIASPIRINA**? A los pocos momentos el dolor cesa y siente uno como si le inyectaran nueva vida. Yo considero un privilegio haber podido trabajar para su mayor gloria y prestigio."

Dolores de cabeza, muelas y oído; neurálgias; jaquecas; reumático; cólica menstrual; insomnias de los excess alcoholicos y las trastocadas.

¡Diga claramente
"CAFIASPIRINA"
y no reciba nada
más!

**NO AFECTA EL CORAZÓN
NI LOS RIÑONES.**



Nuevo Triunfo de la "Editorial TOR"

La prestigiosa EDITORIAL TOR ha lanzado a la venta, en el primer semestre de este año, veinte y cinco tomos de lecturas amenas y escogidas de los cuales 16 pertenecen a autores argentinos y 9 a escritores extranjeros.

La impresión de un tomo por semana es más que una garantía para el mercado del libro.

AUTORES EXTRANJEROS

C. Jinarajadasa, Dioses encadenados.....	\$ 1,50
Anatole France, El Jardín de Epicuro.....	1,00
Edmundo Rostand, Cyrano de Bergerac.....	1,50
Anatole France, Crainquebille y otros relatos.....	1,00
Mauricio Maeterlinck, El pajaró Azul.....	1,50
Vicente Blasco Ibáñez, En busca del gran Kan.....	1,50
A. Pérez Lugin, La casa de la Troya.....	1,50
Marcel Sauvage, Las memorias de Josefina Baker..	1,00
Anatole France, Infancia.....	1,00

AUTORES ARGENTINOS

Héctor Blomberg, El pastor de estrellas.....	2,00
Fausto Burgos, Kanchis Soruco. Novela.....	2,00
Clementina Azlor, Ritmos en el camino.....	2,00
Antonio Burich, Nuevas historias.....	2,00
A. de Carlo, Reflexiones de un obrero.....	1,00
Marcos Fingerit, Antena.....	1,00
Carlos Carrigos Brun, Letra muerta. Poesías.....	1,00
V. Medina Cadiz, Sugerencias magallánicas.....	2,50
Teresa Ramos Carrión, Granado en flor.....	1,50
Teresa Reinaudi Grossi, Girones de almas.....	2,00
Ignacio Prieto de Egipto, De la vida. Poesías.....	2,00
María Alicia Dominguez, La rueda. Poesías.....	2,00
Teresa Reinaudi Grossi, Desde lo más profundo..	2,00
F. Medina, Noche de los siglos.....	3,00
Jacinto Figueredo, Ruta de los conquistadores....	1,50

Esta Casa hace descuentos especiales a los librerías.
Y la expedición de los pedidos es rápida y segura. Solicite
otras listas y precios a la EDITORIAL TOR.

Río de Janeiro 760.—Buenos Aires, R. Argentino

Año IV

1929
Jul.-Agt.

AMERICA

REVISTA DE CULTURA HISPANICA

Núms. 38-39

QUITO--ECUADOR
Apartado N° 75.

ANIVERSARIO DE AMERICA

CON este número inicia la revista AMERICA el quinto año de sus labores y ha conseguido, siquiera en parte, la justificación de sus ideales y el crédito de su nombre, manteniendo relaciones amistosas con los escritores y publicaciones del Continente y procurando que en el estudio, en el poema y el ensayo que publicó en sus páginas, se refleje algo del pensamiento y de la voluntad de América, de su paisaje geográfico o de su sentido espiritual, subjetivo, de promesa.

AMERICA ya no es ignorada en el Continente. Y esta frase no escribimos con intención de alarde, sino con el agrado de haber podido cumplir con la misión que nos impusimos. De las voces de reconocimiento y adhesión que nos llegan de todos los países de América, destacaremos por ahora el concepto que merece la revista por su interés de aceptar y de reunir todas las expresiones de la literatura nueva, siempre que se descubra en ellas los elementos de verdad y belleza que son los que han determinado la duración de las páginas que leemos todavía con gusto admirativo, aunque tengan la pátina de las centurias.

AMERICA ha querido ser una viajera, para llevar allende los mares las expresiones del pensamiento literario del Ecuador, y para traer al rincón de la cordillera las voces cultas de los países amigos.

Justo es recordar que sin el apoyo de amigos y colaboradores, AMERICA no habría llegado al lugar en que nos place verla, más por el nombre del país, que por el propio contentamiento de sus Directores que hemos impreso en ella sólo la huella de nuestro entusiasmo.

«Poco se ha hecho, mucho queda por hacer», diremos como García Monge, el ordenador de idearios, al señalar, con esta breve nota, el comienzo del quinto año de AMERICA.

LAS DOS AMERICAS

Leiendo "Indología" de Vasconcelos, no podemos vencer la tentación de comentar para un reducido público, probablemente; para nadie quizá — algunas de las excelentes ideas y reflexiones del gran escritor mexicano. Vasconcelos es, con Francisco Madero, Justo Sierra y otros, de esos raros políticos, amantes del ideal y los principios que iluminan el revuelto y tenebroso curso de la historia de México. Vasconcelos es, además, pensador original, sabedor de filosofías hondas, capaz de abarcar, con generoso y excelso espíritu, horizontes dilatados, grandes perspectivas, planos superiores. Sin embargo, no faltan quienes, con criterio infantil y grueso, envuelvan en la misma ingenua y grosera admiración a estos hombres puros y nobles que ensalzan a México y a la canalla militar que atormenta y deshónra a aquel país. Pero, en siendo individuo de la especie humana, hay que poseer un sentido más fino que el del perro o el mono para distinguir de colores en materia de valoración espiritual.

"Indología" es un libro compuesto de siete conferencias y un prólogo. Las conferencias fueron pedidas a Vasconcelos por la Universidad Nacional de Puerto Rico, en busca de consejo "para lograr un buen entendimiento de las dos culturas que se dividen el Nuevo Mundo": "Indología" no versa tan sólo sobre el conflicto de las dos Américas. Como lo indica el subtítulo — "Una interpretación de la cultura Ibero-Americana" — el autor estudia todos los elementos — la tierra, el hombre, el pensamiento, el ideal — que contiene la América Ibero y que pueden poseer, en germen, en fuerza virtual, la cultura del porvenir, la que debe sintetizar y superar todas las culturas precedentes.

De entre estos interesantísimos temas, tratados magistralmente por Vasconcelos, queremos comentar el relativo a la pugna creciente entre las dos agrupaciones étnicas de América, pugna que inquieta ahora a las naciones latino americanas, que las ha inquietado siempre como una amenaza para su decoro y soberanía, ya que está de un lado el poderío de los Estados Unidos del Norte, y de otro, la desunión y debilidad de los Estados de la raza indo ibera.

Creemos que es un deber para todo americano que, amando a esta gran patria de América, se sienta dueño de un pensamiento y de una pluma, agitar esta difícil cuestión, ponerla sin cesar a la vista de todos, a fin de que la acción de todos se encamine a precaver los peligros que encierra un tan grave conflicto, suscitado en el continente que parece encerrar las posibilidades de un grandioso futuro de civilización.

El conflicto, en realidad, tiene graves caracteres. Por una parte, esa poderosa República cuya grandeza se impone ya a todo el mundo, desde que supo decir la última palabra, con un idealista a la cabeza, en la pasada tragedia histórica, cuando las naciones guerreras, las que vivieron siempre apercibidas a la lucha armada, peleaban con inaudito ardor de destrucción, dominado y sofocado, al fin, por el poder múltiple e incontrastable, fruto de magnífica síntesis, del pensamiento austero de Wilson en conjunción con el oro de un capitalismo dinámico y el vigor fresco y ágil de los soldados norteamericanos. Nación que lo posee todo: el ideal, los principios y las doctrinas; la moral y el espíritu; el suelo, el trabajo y el capital; la libertad y la organización; la cohesión, la potencia y el orgullo de gran patria. Y todo, animado del vigor y la audacia de la juventud sana y viril. Nación que, colocada, por su valiente esfuerzo, en la cumbre de esta época histórica, convertida por su influencia en centro de gravedad del movimiento internacional, levanta también su brillante civilización capitalista, su pujante éxito económico, como fortaleza inexpugnable en medio del batallar y arremeter de las turbas bolcheviques que hacen crujir en sus cimientos las enormes construcciones de los siglos y amenazan con botrar, sobre el haz de la tierra, todas las conquistas y progresos del pasado.

Y, por otra parte, un grupo de naciones desunidas, con inmenso territorio, de riqueza soterrada y latente, ávida del esfuerzo humano; con razas diferentes y en pugna, flacas en general para la acción, vacilantes y descorazonadas ante el ideal. Naciones que, al cabo de un siglo, viven todavía sin fijar sus fronteras, en sorda hostilidad y que, para colmo de males, revelan en su política interna cierta incapacidad para el

gobierno propio y el goce de la libertad, para el trabajo y la organización. Excepciones las hay, brillantes e inspiradoras de optimismo, pero que no pueden desvanecer la triste impresión que produce el carácter general del continente. El Brasil y la Argentina—que se cuentan entre esas excepciones—no dejan de poner, por su rivalidad y antagonismo, una sombra inquietante en el horizonte internacional ibero americano; y Chile, país ordenado y democrático, sufre hoy la férula del despotismo militar que le acarreará grandes males.

Y de ahí el conflicto: un capitalismo invasor, que busca expansión y maneras de reproducirse; y una política imperialista que lo secunda y pone a su servicio toda la prepotencia nacional.

Vasconcelos ve y apunta con claridad la causa de todo ello. «La primera gran razón del conflicto, dice, es el desequilibrio de las fuerzas. Los Estados Unidos están ya formados y rebosan poderío. Además, la zona que ocupan ya ha comenzado a llenarse. Nosotros estamos en formación a causa de que todavía no asimilamos debidamente las poblaciones indígenas, ni acabamos de constituirnos con una personalidad política bien definida desde el Bravo hasta el Plata. Además, nuestras tierras son muy vastas y todavía no acabamos de explorarlas.»

Se trata de un caso de desequilibrio vital, de contraste biológico. Cuando dos vidas se hallan cerca, en un medio común, y la una es poderosa y bien organizada mientras que la otra es débil y harto lenta en su desarrollo, se produce fatalmente la subordinación de una a la otra, el predominio de la más fuerte que, egoístamente o en virtud del interés común, dirige a su compañera o la absorbe, ejerce sobre ella tutela o protección, imperialismo o conquista.

El medio común crea necesidades e intereses comunes que es preciso atender. Si se atienden de muy desigual manera, quien lleva la capacidad y vanguardia para atenderlos se arrogará la primacía y la autoridad. Y quien se engrandece y se llena de vida, tenderá a la expansión, a la dilatación, a la absorción.

En las relaciones internacionales se cumplen también tales imperativos biológicos, levemente atenuados por los principios morales y jurídicos. Aspiración de los hombres ha sido siempre corregir las fatalidades naturales mediante el ideal, y de ahí que la competencia biológica se mitiga en la convivencia humana y tiende a convertirse en

concurso, en cooperación, en orden superior. Pero si aún en las relaciones individuales, dentro de bien definidos órdenes jurídicos que cuentan con la fuerza compulsiva de la autoridad, subsiste la crudeza de la lucha y el débil no alcanza la plenitud de su derecho y es oprimido y sufre bajo la presión del fuerte que se vuelve pequeño déspota ¿qué decir de las relaciones internacionales que, al fin y a la postre, no reconocen otro fallo que el de la fuerza? Empeño hay por establecer el régimen jurídico en las relaciones de los pueblos, mas el edificio que trabajosamente se construye resulta tan frágil, tan poco consistente que, al primer conflicto serio, a la primera dificultad grave, se viene irremediabilmente al suelo. La lucha vital se disfraza con los principios y reglas del derecho internacional, permaneciendo, al través de esa endeble telaraña, cruda y despiadada. Los estados soberanos, erguidos en su soberanía, son fieras egoístas, atentos únicamente a su propia conveniencia, necesidad y utilidad. Lo cual no quiere decir que se deba cejar en el empeño de dominar y reglar esos instintos biológicos; no, el hombre mientras piense y sienta, esto es, mientras sea, a veces, verdadero hombre, habrá de concebir formas superiores de relación, aspirando a realizarlas aun cuando a ello se opongan aparentemente todas las fuerzas de la tierra. De individuo o de nación, como unidad libre y soberana o como parte de un todo soberano, debe querer la moral, el derecho y la justicia, debe tender a la libertad como a la perfección suprema. No, lo que deseamos conseguir es que en el estado actual de la evolución humana, la lucha por la vida sigue siendo ley predominante, sobre todo en las relaciones de los estados. Y deducimos de ello la necesidad, la obligación que les corre a los países ibero americanos de engrandecerse y unirse para conseguir el equilibrio vital indispensable con el gran país del Norte. El equilibrio vital que es equivalencia de vida, equivalencia de fuerza, equivalencia de civilización, cultura y progreso. El célebre equilibrio entopeo no era otra cosa, pero ese equilibrio, fundado tan sólo en ecuaciones de fuerza y riqueza, resulta todavía harto inestable, como lo vimos en la reciente guerra europea. Menester es, para darle firmeza y solidez, arraigarlo en algo más hondo que las bases mecánicas y los instintos biológicos, penetrando en la vida del espíritu donde apunta el sentimiento moral, el sentimiento del derecho, el sentimiento de la justicia.

LAS DOS AMERICAS

Leiendo "Indología" de Vasconcelos, no podemos vencer la tentación de comentar, para un reducidísimo público, probablemente; para nadie quizá— algunas de las excelentes ideas y reflexiones del gran escritor mexicano. Vasconcelos es, con Francisco Madero, Justo Sierra y otros, de esos raros políticos, amantes del ideal y los principios que iluminan el revuelto y tenebroso curso de la historia de México. Vasconcelos es, además, pensador original, sabedor de filosofías hondas, capaz de abarcar, con generoso y excelso espíritu, horizontes dilatados, grandes perspectivas, planos superiores. Sin embargo, no faltan quienes, con criterio infantil y grueso, envuelvan en la misma jerga y grotesca admisión a estos hombres puros y nobles que enaltecen a México y a la canalla militar que atormenta y deshonor a aquel país. Pero, en siendo individuo de la especie humana, hay que poseer un sentido más fino que el del perro o el mono para distinguir de colores en materia de valoración espiritual.

"Indología" es un libro compuesto de siete conferencias y un prólogo. Las conferencias fueron pedidas a Vasconcelos por la Universidad Nacional de Puerto Rico, en busca de consejo "para lograr un buen entendimiento de las dos culturas que se dividen el Nuevo Mundo". "Indología" no versa tan sólo sobre el conflicto de las dos Américas. Como lo indica el subtítulo—"Una interpretación de la cultura Ibero-Americana"—el autor estudia todos los elementos—la tierra, el hombre, el pensamiento, el ideal—que contiene la América Ibero y que pueden poseer, en germen, en fuerza virtual, la cultura del porvenir, la que debe sintetizar y superar todas las culturas precedentes.

De entre estos interesantísimos temas, tratados magistralmente por Vasconcelos, queremos comentar el relativo a la pugna creciente entre las dos agrupaciones étnicas de América, pugna que inquieta ahora a las naciones latino americanas, que las ha inquietado siempre como una amenaza para su decoro y soberanía, ya que está de un lado el poderío de los Estados Unidos del Norte, y de otro, la desunión y debilidad de los Estados de la raza indo iberá.

Creemos que es un deber para todo americano que, amando a esta gran patria de América, se sienta dueño de un pensamiento y de una pluma, agitar esta difícil cuestión, ponerla sin cesar a la vista de todos, a fin de que la acción de todos se encamine a precaver los peligros que encierra un tan grave conflicto, suscitado en el continente que parece encerrar las posibilidades de un grandioso futuro de civilización.

El conflicto, en realidad, tiene graves caracteres. Por una parte, esa poderosa República cuya grandeza se impone ya a todo el mundo, desde que supo decir la última palabra, con un idealista a la cabeza, en la pasada tragedia histórica, cuando las naciones guerreras, las que vivieron siempre apercibidas a la lucha armada, peleaban con inaudito ardor de destrucción, dominado y sofocado, al fin, por el poder múltiple e incontrastable, fruto de magnífica síntesis, del pensamiento austero de Wilson en conjunción con el oro de un capitalismo dinámico y el vigor fresco y ágil de los soldados norteamericanos. Nación que lo posee todo: el ideal, los principios y las doctrinas; la moral y el espíritu; el suelo, el trabajo y el capital; la libertad y la organización; la cohesión, la potencia y el orgullo de gran patria. Y todo, animado del vigor y la audacia de la juventud sana y viril. Nación que, colocada, por su valiente esfuerzo, en la cumbre de esta época histórica, convertida por su influencia en centro de gravedad del movimiento internacional, levanta también su brillante civilización capitalista, su pujante éxito económico, como fortaleza inexpugnable en medio del batallar y arremeter de las turbas bolcheviques que hacen crujir en sus cimientos las enormes construcciones de los siglos y amenazan con borrar, sobre el haz de la tierra, todas las conquistas y progresos del pasado.

Y, por otra parte, un grupo de naciones desunidas, con inmenso territorio, de riqueza soterrada y latente, ávida del esfuerzo humano; con razas diferentes y en pugna, flacas en general para la acción, vacilantes y descorazonadas ante el ideal. Naciones que, al cabo de un siglo, viven todavía sin fijar sus fronteras, en sorda hostilidad y que, para colmo de males, revelan en su política interna cierta incapacidad para el

gobierno propio y el goce de la libertad, para el trabajo y la organización. Excepciones las hay, brillantes e inspiradoras de optimismo, pero que no pueden desvanecer la triste impresión que produce el carácter general del continente. El Brasil y la Argentina—que se cuentan entre esas excepciones—no dejan de poner, por su rivalidad y antagonismo, una sombra inquietante en el horizonte internacional ibero-americano; y Chile, país ordenado y democrático, sufre hoy la férula del despotismo militar que le acarrearán grandes males.

Y de ahí el conflicto: un capitalismo invasor, que busca expansión y maneras de reproducirse; y una política imperialista que lo secunda y pone a su servicio toda la prepotencia nacional.

Vasconcelos ve y apunta con claridad la causa de todo ello. «La primera gran razón del conflicto, dice, es el desequilibrio de las fuerzas. Los Estados Unidos están ya formados y rebosan poderío. Además, la zona que ocupan ya ha comenzado a llenarse. Nosotros estamos en formación a causa de que todavía no asimilamos debidamente las poblaciones indígenas, ni acabamos de constituirnos con una personalidad política bien definida desde el Bravo hasta el Plata. Además, nuestras tierras son muy vastas y todavía no acabamos de explorarlas.»

Se trata de un caso de desequilibrio vital, de contraste biológico. Cuando dos vidas se hallan cerca, en un medio común, y la una es poderosa y bien organizada mientras que la otra es débil y harto lenta en su desarrollo, se produce fatalmente la subordinación de una a la otra, el predominio de la más fuerte que, egoístamente o en virtud del interés común, dirige a su compañera o la absorbe, ejerce sobre ella tutelaje o protección, imperialismo o conquista.

El medio común crea necesidades e intereses comunes que es preciso atender. Si se atienden de muy desigual manera, quien lleva la capacidad y vanguardia para atenderlos se arrogará la primacía y la autoridad. Y quien se engrandece y se llena de vida, tenderá a la expansión, a la dilatación, a la absorción.

En las relaciones internacionales se cumplen también tales imperativos biológicos, levemente atenuados por los principios morales y jurídicos. Aspiración de los hombres ha sido siempre corregir las fatalidades naturales mediante el ideal, y de ahí que la competencia biológica se mitiga en la convivencia humana y tiende a convertirse en

concurso, en cooperación, en orden superior. Pero si aún en las relaciones individuales, dentro de bien definidos órdenes jurídicos que cuentan con la fuerza compulsiva de la autoridad, subsiste la crudeza de la lucha y el débil no alcanza la plenitud de su derecho y es oprimido y sufre bajo la presión del fuerte que se vuelve pequeño déspota (¿qué decir de las relaciones internacionales que, al fin y a la postre, no reconocen otro fallo que el de la fuerza? Empeño hay por establecer el régimen jurídico en las relaciones de los pueblos, mas el edificio que trabajosamente se construye resulta tan frágil, tan poco consistente que, al primer conflicto serio, a la primera dificultad grave, se viene irremediabilmente al suelo. La lucha vital se disfraza con los principios y reglas del derecho internacional, permaneciendo, al través de esa endeble telaraña, cruda y despiadada. Los estados soberanos, erguidos en su soberanía, son fieras egoístas, atentos únicamente a su propia conveniencia, necesidad y utilidad. Lo cual no quiere decir que se deba cejar en el empeño de dominar y reglar esos instintos biológicos; no, el hombre mientras piense y sienta, esto es, mientras sea, a veces, verdadero hombre, habrá de concebir formas superiores de relación, aspirando a realizarias aun cuando a ello se opongan aparentemente todas las fuerzas de la tierra. De individuo o de nación, como unidad libre y soberana o como parte de un todo soberano, debe querer la moral, el derecho y la justicia, debe tender a la libertad como a la perfección suprema. No, lo que deseamos consignar es que en el estado actual de la evolución humana, la lucha por la vida sigue siendo ley predominante, sobre todo en las relaciones de los estados. Y deducimos de ello la necesidad, la obligación que les corre a los países ibero-americanos de engrandecerse y unirse para conseguir el equilibrio vital indispensable con el gran país del Norte. El equilibrio vital que es equivalencia de vida, equivalencia de fuerza, equivalencia de civilización, cultura y progreso. El célebre equilibrio europeo no era otra cosa, pero ese equilibrio, fundado tan sólo en ecuaciones de fuerza y riqueza, resulta todavía harto inestable, como lo vimos en la reciente guerra europea. Menester es, para darle firmeza y solidez, arraigarlo, asentarle en algo más hondo que las bases mecánicas y los instintos biológicos, penetrando en la vida del espíritu donde apunta el sentimiento moral, el sentimiento del derecho, el sentimiento de la justicia.

Para que el derecho sea pleno, para que la soberanía sea una verdad, los pueblos deben adquirir completa capacidad de gobierno, de ordenación, de libertad; deben ser entidades conscientes, aptas tanto para regir e como para coordinar sus esfuerzos con el esfuerzo de los otros. Porque la incapacidad para dirigirse y ordenarse, la ineptitud para la asociación y vida colectiva, aparte de la inferioridad biológica que implica y el consiguiente desequilibrio vital que ocasiona, puede dar cierto derecho a las entidades superiores para el ejercicio de una especie de tutela o protección, aún dentro del más riguroso sistema jurídico. Es ya claro que existe entre los hombres, como lo ha evidenciado Duguit, una relación, solidaridad o *interdependencia* de que nace cierta regla de conducta que impone deberes a todos. Lo propio ocurre con los pueblos. También ellos están sujetos a tal *interdependencia*, no obstante lo absoluto de su soberanía. También ellos tienen deberes ineludibles. Y quien no cumple con su deber, sea individuo o sea nación, tiene que ser compelido a cumplirlo por el más fuerte. Y éste desempeña la función de gobernar, dirigir, educar al que no puede, por falta de desarrollo o por cualquier otra causa, gobernarse, dirigirse, educarse, cumplir racionalmente con sus deberes ejerciendo las funciones que le corresponden.

Pueblos que tienen su asiento en un mismo continente, hecho que ha establecido entre ellos relaciones de índole política y económica, forman ya una comunidad de intereses. Se deriva de allí una regla de conducta para todos, más o menos clara, más o menos comprendida y sentida. Y, con pretexto de ella o a nombre de ella, sucede que los países más fuertes se arrogan una autoridad providente, un derecho de policía, cosa llena de peligros, ocasionada al abuso imperialista, ya que entre los pueblos, como lo hemos dicho, el régimen jurídico apenas se insinúa tímidamente mediante doctrinas y construcciones frágiles que se desbacen al primer soplo de la ambición, de la codicia, de los impulsos de soberanía.

Claramente lo afirmó Roosevelt: "La mala conducta crónica o la impotencia que resulta de la relajación general de los lazos de la sociedad civilizada puede, tanto en América como en cualquiera otra parte, requerir a la postre la intervención de alguna nación civilizada; y la adhesión de los Estados Unidos a la doctrina de Monroe en el hemisferio occidental puede obligarlos a ejercer, aún contra su voluntad, funciones

de policía internacional en los casos flagrantes de mala conducta o impotencia mencionados". Pero el tutelaje y la intervención, para cohesionar de algún modo sus funciones, debieran inspirarse solamente en el interés del país a quien se sujeta a tutelaje, o, a lo sumo, en el interés común. Más, se echa de ver que, en todo los casos, el tutelaje se encamina al provecho exclusivo del país fuerte con escandaloso ultraje al otro, al débil, cuya independencia queda comprometida para siempre. País que cayó bajo la protección, conquista o tutelaje de otro no sale de ese estado sino por medio de la violencia emancipadora de la fuerza armada. El tutelaje no sirve sino para la explotación, de parte del fuerte, de la riqueza del país dominado o protegido, sin que jamás se fomente en éste el anhelo y la capacidad de la libertad. No vale la pena de invocar el fin humanitario del tutelaje y la protección para sojuzgar un país y condenarle a sempiterna esclavitud.

Vasconcelos indica cómo debemos procurar ese equilibrio vital, base de respeto mutuo, de armonía moral, de cooperación fecunda. "Necesitamos, dice, darnos prisa en crecer y para crecer es indispensable que la paz, de la libertad y del honor mantengan la familia unida". Y añade: "Los millones de iberoamericanos que emigran hacia los Estados Unidos en busca de un jornal más alto y en busca de libertades más firmes, constituyen la más tremenda acusación que se puede formular contra una situación nacional. Por ejemplo, México y Venezuela se han despoblado, se siguen empobreciendo de hombres a causa del caudillaje militar que hace irrisoria toda esperanza de progreso. Donde no se respeta la vida de los ciudadanos, mal se puede velar por la honra de la madre común, que es la patria. Donde las confiscaciones por razón de política interna ponen en riesgo el patrimonio de la familia, no arraiga, no ha arraigado jamás una cultura".

Y, después de observar la analogía que existe entre los imperialistas del Norte, que usan la fuerza de una gran civilización para sojuzgar naciones y gentes, y los caudillos y dictadores del Sur, que aplican la mano de hierro para estrangular a la patria y tiranizar y matar a sus conciudadanos, Vasconcelos exclama: "Guerra al caudillaje iberoamericano, dentro de nuestras fronteras latinas, y guerra al imperialismo invasor por parte de los patriotas norteamericanos: ¡he ahí la fórmula que de tan sencilla parece obvia y, sin embargo, contiene toda la clave del embrollado conflicto!"

En Estados Unidos hubo y hay eminentes ciudadanos, desde Washington y Lincoln hasta Wilson y Hughes, que inspiraron su política en normas de justicia y respeto para las otras naciones. Washington, en su testamento, recomendaba a sus compatriotas respetar la justicia y la buena fe en sus relaciones internacionales. "Será digno de una nación libre", les decía, dar al mundo el ejemplo magnánimo y, desgraciadamente, muy nuevo de un pueblo guiado siempre por un ideal de justicia y buena voluntad". Lincoln, respetuoso asimismo del ajeno derecho y de la ajena soberanía, dio pruebas claras de ajustar su conducta a la prudencia y la moderación, no obstante que, junto a Estados Unidos, forcejeaba entonces México, con Benito Juárez a la cabeza, por quebrantar el yugo de Maximiliano. Evidente es que Wilson trató de suavizar las asperezas de la política tremenda de su antecesor. Hughes se ha esforzado por interpretar, de la mejor manera la doctrina de Montec, significando, al mismo tiempo, cuán sincero es el deseo, de parte de los Estados Unidos, de que los pueblos de la América Latina gocen de libertad, de la libertad que aquellos aman con fervor.

El puritanismo de los primeros tiempos de la República norteamericana no debió de ser propicio al desarrollo de la política imperialista. Quizá el mismo Monroe estuvo animado de buenas intenciones cuando enunció su célebre fórmula. Empero, el crecimiento rápido de esa Nación, su enriquecimiento prodigioso que le pone en las manos la fuerza expansiva, dinámica de enorme capital, producen la fatal tendencia a buscar espacio, tierras inexploradas, regiones inexploradas, países pobres y atrasados, para la inversión benéfica o perniciosa de sus caudales. Si por un lado, hay una extensión territorial, de naturaleza rica y prometedora, pobre, en cambio, de capital y de hombres; y por otro, capitalismo desbordante, incontenible en su impulso fecundante y reproductor, se crea un problema lleno de dificultades al tratar de regular las relaciones entre esos dos elementos que están cerca uno de otro y que tienden a completarse. El capitalismo se abalanza a explotar esas tierras, empujado por su poder dinámico, por su ley dinámica, y adquiere derechos, y crea intereses; y, al chocar con la desorganización y desgobierno de entidades políticas incipientes, acude al amparo de la nación que lo ha engendrado y criado. En la mayoría de los casos,

el capitalismo precede al imperialismo; y, si no le precede, le inspira siempre.

Es de creer, por lo tanto, que la corriente sana de los hombres buenos, de los puritanos de Estados Unidos, lucha con esa formidable corriente capitalista e imperialista que se precipita torrentosa, como inchamos, en la América Ibero, unos pocos idealistas contra la arrolladora y salvaje fuerza del caudillaje y el militarismo. (Trin-faremos algún día los unos y los otros?....)

Vasconcelos cree que debemos perseverar en la lucha civilizadora, en la "enseñanza del bien inflexible que perdura a través de los siglos, por encima de todas las aberraciones". "Buen número, apunta, de los ciudadanos de Norteamérica, un número cada día creciente, procura resistir el empuje peligroso de los tiempos y que la República rectifique sus yerros y retorne a la tradición de los *pioneers* constructores y de los puritanos respetuosos del ajeno derecho. Así, también, entre nosotros hay en cada nación un grupo que combate el Gobierno personal y la tiranía. Juntar las dos corrientes sanas, la corriente moral que allá se propaga con la corriente de fuerza depurada e inteligente que en nuestros pueblos brega por la justicia: tal debe ser el propósito de los hombres de bien de los dos continentes".

Conviene, al juzgar la política norteamericana, penetrar, serenamente, imparcialmente, la psicología de ese pueblo. La constante irritación que los atentados yanquis producen en nuestro ánimo nos impide, a veces, ver claro en el espíritu profundo de sus virtudes y de sus defectos. Y comparemos aquél espíritu con el nuestro, no precisamente para patentizar la superioridad del uno sobre el otro, sino para desvanecer el error de creer que, si la nación norteamericana nos aventaja en poderío material y económico, las fuerzas morales están de nuestra parte.

Es común atribuir el afán de expansión del capitalismo yanqui al utilitarismo desmedido, a la codicia insaciable, al materialismo económico que consideramos ser uno de los caracteres distintivos de la moral yanqui. "Perseguidores del oro y de la plata, por cuántos son los climas y los mares", exclamamos con el Capitán Fernández de Andrade, cada vez que "la diplomacia del dólar" protege las empresas y los negocios que se dilatan y corren por todas partes, y nosotros, los latinos, idealistas y románticos, estamos en la firme persuasión de que el norteamericano no tiene otro ideal que el oro y que lo sacrifica todo en aras

de ese dios. Y oponemos a tal concepción utilitarista de la vida, nuestro fervor por las cosas del espíritu, nuestra devoción a la belleza y el arte, nuestro ocio noble, el desinterés de nuestro entusiasmo por la ciencia y la filosofía, nuestros ensueños y ardores líricos, nuestros anhelos de perfección, en una palabra, el Actel de Rodó. Y he aquí un error, un gran error.

Ni la cultura norteamericana está privada de idealismo ni nuestra presunción ideológica es del todo fundada.

Cuenta Vasconcelos cómo terminó el homenaje que le ofreciera la Universidad Nacional de Puerto Rico, y dice: "La reunión había estado presidida por el Dr. Benner, que muy estoicamente aguantó el chubasco; no había en la sala sino otro americano, el profesor irlandés O'Reilly; que después, ya terminada la sesión, me dijo:—Yo respeto a estos muchachos que tienen el valor de sus convicciones, yo no tengo nada que ver con el imperialismo ni con el capitalismo yanqui; pero no me parece justo que se acepten sin discusión afirmaciones como la de que Norte América representa a Calibán únicamente; por eso he puesto a estos mismos muchachos a que me hagan un estudio de Walter Whitman y por cierto que lo han hecho muy bien—. Y O'Reilly tiene razón; así se lo repetí a los muchachos. Si los yanquis fueran, no más, Calibán, no representarían mayor peligro. Lo grave es, lo grave para nosotros es que también nos suelen superar con el espíritu. Por eso no puede objetarle nada a Benner cuando me dijo, al terminar aquella memorable sesión, para él tan desagradable:—Usted verá que después de esto no hay aprehensiones ni castigos; ni se clausura la Universidad—. ¡Oh, América Latina, pensé yo, conquista la libertad, y el poder se te dará por añadidura!

Y en otro lugar observa: "Se ha hablado mucho de una Marta hacendosa que prospera en el Norte y de una María desprecupada que sueña en el Sur, pero desgraciadamente el símbolo es inexacto, porque los Estados Unidos no son sólo una útil Marta, sino también una soñadora, una creadora María y nosotros no hemos podido hacer que nuestros sueños sean fecundos, no hemos logrado organizarlos, no hemos conseguido infundirles el impulso creador del espíritu".

A este propósito, y para que se vea cómo, aún su afán de lucro y ganancia está, en los americanos del Norte, compenetrado de motivos éticos e idealistas, recordaremos lo que piensa, a este respecto,

el talento penetrante y original de Ramiro de Maeztu, juez neutral y desapasionado.

Sugiere Maeztu que el dinero lleva el bien consigo, que es un bien ligado intrínsecamente, como todos los bienes, al bien general. Deduce de ahí que no hay que pedirle que se dedique a hacer el bien sino a multiplicarse porque no puede multiplicarse sin ponerse a trabajar. Y el trabajo del dinero, añade, es más útil que el de los trabajadores porque multiplica su eficacia. Y, estudiando la psicología norteamericana, ve confirmado su principio, pues recuerda que en los remotos tiempos del puritanismo yanqui, Franklin, en sus consejos para los que quisieran ser ricos, decía: "Acuérdate de que el dinero empleado inteligentemente es fecundo y reproductor. Acuérdate de que el penique se convierte en un chelín, el chelín en un chelín y tres peniques; el chelín y tres peniques en dos chelines, los dos chelines en una columna de libras esterlinas. Acuérdate de que el que mata a una cerda aniquila toda su descendencia hasta la milésima generación. El que malgasta una pieza de cinco chelines asesina todo lo que de ella pueda derivarse hasta columnas enteras de libras esterlinas". Y Maeztu comenta: "Lo curioso, porque veo que surgen las sonrisas al oír estas palabras, es que no se dice esto en sentido utilitario. Con espíritu de malicia no se advertirá su sentido. Esto lo dice Franklin en un sentido estrictamente moral. Franklin parte del supuesto de que es un deber de todos los hombres el aumentar su caudal y que dejan de cumplir este deber los que no lo fomentan y multiplican. Parte también de otro supuesto, y es de que el dinero es algo que viene del infinito y va al infinito, por su poder infinito de reproducción, y siempre y cuando se aplique en la debida dirección; es decir, hay un concepto metafísico del dinero, que se puede y debe inferir de lo que está diciendo, aunque Franklin no lo haya pensado, y, por último, el postulado que hemos de leer en las palabras de Franklin es el capitalismo. Nosotros no vemos el dinero sino como una posible satisfacción de necesidades o como un manantial de placeres. Naturalmente que en este último caso el dinero es algo condenable, reprobable, por lo menos. Pero la idea de Franklin es muy distinta. El mira el dinero desde el punto de vista de la posibilidad que tiene de aplicarse al trabajo, a la producción; y de reproducirse y multiplicarse. Podemos decir, pues, que en esta página de Franklin—porque es anterior a Adam Smith, que es

donde se precisa el concepto del capitalismo — en esta página hallamos el dinero en función capitalista, aplicado al trabajo, para multiplicar el rendimiento del obrero, sirviendo de unión entre la riqueza y el trabajo, que esto es el capitalismo. Así aparece, casi por primera vez, ligada la riqueza a un deber ético y a una función social, en esta página del ilustre norteamericano."

¿Y no es todo, ello la ética y el ideal del capitalismo del país del Norte? ¿Y no es ese ideal y esa ética los que más convienen a países nuevos, en formación, a los que el destino ha deparado territorios vastos, naturaleza rica y bravía que hay que domar, sanear, fecundar y civilizar? ¿No es prueba de raza bien equilibrada y dotada, de viril contextura, el sentir, frente a tal naturaleza, un fuerte estímulo en plena voluntad, en lo recio del ánimo, que mueva e incite al trabajo de epopeya, a la poesía de la acción y del esfuerzo?

Observa asimismo Maestu que la doctrina o ética del capitalismo ha encontrado su máxima expresión en la obra "The Present economic revolution in the United States" de Mr. Thomas Nixon Carver, profesor de Economía en la Universidad de Harvard. Contraponiendo, el escritor español, la obra de Carver al "Capital" de Marx y cree que bien merece aquella un interés igual al que inspiró el libro del socialista alemán. Resume así la tesis del profesor del Norte: "El régimen capitalista es la condición normal del bienestar humano porque tiene la virtualidad, cuando no lo restringen obstáculos políticos o socialistas, de conducir a los hombres a un régimen de abundancia y de igualdad. El objeto del capitalismo es la eliminación del espíritu de clases y el fomento de la democracia. La igualdad social era el carácter normal de la vida norteamericana antes de que los Estados Unidos invitase a entrar en ellos a los inmigrantes de todo el mundo. Muchos de ellos hallaron en América el bienestar que buscaban. Otros prefieren soñar su sueño socialista a ponerse a trabajar con entusiasmo, con lo que crearon el espíritu de descontento y de lucha de clases que habían extendido por el país hace un cuarto de siglo. La nueva ley de inmigración los aleja de nuevo. Se quedan en el Oriente de Europa con sus sueños, sus discusiones, su miseria vital, su pereza profunda. Y en los Estados Unidos se observa que las antiguas voces socialistas se van apagando una tras otra. La bandera roja

de los trabajadores industriales del mundo se empieza a desteñir como si la estuvieran saliendo las bandas del estandarte nacional".

Y Nixon Carver atribuye la enorme riqueza de su país a un origen ético-religioso, diciendo así: "La sorprendente prosperidad material que nos llega por la persecución del noble ideal de la igualdad bajo la libertad, y nuestro fracaso en desarrollar las artes del ocio engañan a muchos observadores superficiales, haciéndoles creer que nuestros mismos ideales son materialistas. Pero esta prosperidad nos viene precisamente porque nuestros ideales no son materiales. Nos viene porque perseguimos el exaltado ideal de la igualdad bajo la libertad, como necesariamente ha de venir a toda nación que persiga este ideal de todo corazón y con entusiasmo. Ninguna nación puede dejar de prosperar, hasta el límite fijado por sus recursos naturales, si genuinamente busca la igualdad bajo la libertad. Todas estas cosas nos son añadidas precisamente porque buscamos el Reino de Dios y su justicia, como siempre son añadidas y por lógica necesidad han de ser añadidas siempre a cualquiera nación que busque de todo corazón aquellos ideales de justicia que son la ciencia misma del Reino de Dios".

Los americanos del Norte, cuya es "la gloria, como lo dice Rodó, de haber revelado plenamente —acentuando la más firme nota de belleza moral de nuestra civilización — la grandeza y el poder del trabajo", tienen, desde los orígenes de su vida nacional, en el espíritu y doctrina de sus pensadores y moralistas como Franklin, el ferviente ideal del deber y poder de trabajar a la vez que el de no malograr la virtualidad creadora de riqueza de las cosas naturales y artificiales. Este ideal cobra inmensa trascendencia en la época actual del mundo en que el supremo ideal de la libertad sufre desfallecimientos ante la evidencia de que la pobreza, la falta de poder económico, vuelve al hombre un esclavo, tan miserable y desamparado como el esclavo de todos los tiempos. En teoría, por lo menos, se ha libertado al hombre de la tiranía religiosa y de la tiranía política. Subsiste aún la tiranía económica, la más difícil de vencer y cuyo mantenimiento o predominio basta para convertir a la libertad en una palabra vana. La agitación contemporánea proviene, a nuestro entender, de profundo instinto de libertad, despertado por el agobio que experimentan las clases sociales bajo el peso de la miseria y de un medio económico más duro y tenaz que una loza sepulcral. La cuestión social, puesta a flote, viene a debilitar toda la fuerza de los

ide les morales y jurídicos que han sido el alma de las instituciones democráticas. Suenan a hueco los principios del liberalismo, resultan irrisorias las declamaciones republicanas, catecen de virtud los religiosos en vista de la necesidad, poderosamente sentida, de libertar al hombre de la última y peor tiranía, que ya está en la naturaleza, ya en los demás hombres, ya en el medio social, ya en las costumbres y leyes, pero que es necesario destruir y vencer si, al fin, el concepto y la aspiración de la libertad han de alcanzar un sentido firme, positivo, capaz de fijar el rumbo verdadero que pueda conducirnos a la definitiva redención de la humanidad.

Dos laboratorios se echan de ver hoy en el mundo donde se buscan y ensayan, prácticamente, las formulas que habrán de dar por resultado la liberación de los hombres basada en la riqueza, en el poder económico, primera y fundamental libertad sin la que las otras son ilusiones lastimosas. En Rusia se ensaya el comunismo a fuerza de terror y tiranía, y el éxito del sistema es aun una incógnita; y si hemos de juzgar por los fracasos que aquel régimen viene sufriendo hasta hoy, bien podemos predecir su quiebra final; que, no obstante, dejará como todo movimiento y esfuerzo humano, útiles enseñanzas y gárgenes aprovechables. En Estados Unidos se ensaya el capitalismo, en el sentido de Nixon Carver; y testigos que merecen fe, como Maertu y Blasco Ibáñez — dos pensadores opuestos — nos aseguran que por ahí alborea el Oriente de la humanidad.

Asignar al hombre el deber de trabajar para ser libre e independiente y asignar al capital el deber de multiplicarse trabajando es un principio ético que, infiltrado en lo íntimo de la psicología norteamericana, hecho carne de su carne y sangre de su sangre, puede contener la razón del inmenso desarrollo de los Estados Unidos y puede llevar a la prosperidad general, vencedora de la tiranía económica. Maertu y Nixon Carver nos dicen que el socialismo d. cae y está a punto de fracasar en la República del Norte porque este país, a fuerza de trabajo y del elemento que multiplica su eficacia — el capital — va alcanzando una Edad de Oro mejor que la soñada, porque en la de Don Quijote no existía lo tuyo ni lo mío, mientras que en la de los Estados Unidos cada hombre tiene o puede tener lo suyo, en medida bastante con lo que además de satisfacer su necesidad obliga en el pecho el sentimiento de la propiedad, de la responsabilidad, del cuidado que arruga la frente, pero que forma la dignidad humana. Y

Blasco Ibáñez nos manifiesta que el país más refractario al régimen marxista, establecido por Lenin, son los Estados Unidos de América, porque ni un solo ciudadano de aquella nación gigantesca renunciaría a la riqueza individual en aras de una socialización del capital, ya que el último limpiabotas cree firmemente en la posibilidad de convertirse en millonario.

Elevando a la categoría de ideal moral el trabajo y el enriquecimiento, los consideran empero, subordinados a otro ideal más alto, el de la libertad, el de la igualdad bajo la libertad que conduce al Reino de Dios, que es el de la justicia.

El trabajo y la libertad tienen que ir paralelamente. Son dos sustentáculos de la vida humana, dos columnas magestuosas de toda cultura y civilización, dos imperativos categóricos de la voluntad racional. El trabajo modifica las condiciones naturales con el fin de crear ambiente vital para el hombre. Hijo y esclavo de la naturaleza, el hombre debe ponerse en contacto directo con la realidad, ejerciendo en ella desde el primer momento la actividad de sus manos y de su espíritu. El primer paso para su liberación y desarrollo ulterior, dentro de la lógica viva y real, es la comunicación con la naturaleza, no contemplándola y admirándola, sino por obra de acción y voluntad. Ahí está el principio de toda labor verdaderamente humana, de toda educación cabal, de todo progreso efectivo y sólido.

Ahí, el arranque de todo idealismo si éste ha de fluir de las entrañas vivas de la realidad, empapado en sus virtualidades, henchido de savia germinal, sin contener el virus generador de perturbaciones y delirios.

El trabajo, que da al hombre la conciencia de su valor y dignidad y le infunde fe en el adelanto y progreso, en la virtud del esfuerzo y el querer, le da también riqueza, fuerza, poder, esto es, libertad porque la libertad, en sus elementos positivos es poder creciente de obrar, facultad de querer y hacer, de crear, de gozar, de aspirar, de moverse y desenvolverse en un espacio y en una esfera donde se debe haber desalojado los embarazos brutos y las resistencias materiales. El derecho al trabajo se convierte así en el derecho a la libertad. Un liberalismo que no diese al concepto de libertad toda su riqueza positiva y le asignase tan sólo el significado negativo no proporcionaría al hombre el punto de apoyo indispensable para su liberación y dignificación. El trabajo labra la tierra, construye la casa, da el pan y el abrigo. «La cuestión del pan, dice Bakounine — ese ardiente y frenético enamora-

do de la libertad es para el hombre, con justo motivo, la primera, porque (Aristóteles lo notó ya) el hombre para pensar, para sentir libremente, para hacerse hombre, debe estar libre de las preocupaciones de la vida material. De manera que el primer acto humano ha de tender a libertar al hombre de la tiranía material, de la acción externa y opresora con que los elementos naturales, abandonados a su impulso ciego, se constituyen en enemigos de la vida humana.

El trabajo es un movimiento esencialmente liberador. El trabajo es por esencia el progenitor de la libertad.

Para que el trabajo dé todos sus frutos ha de desenvolverse, desde un principio, en una atmósfera de libertad. Si el trabajo está coartado, limitado, si ha de ser siempre una carga y un yugo, si no ha de conducir nunca a la holgura, a la independencia, al goce, al descanso y a la libertad, el trabajo no tiene estímulo ni horizonte; es tan sólo la maldición bíblica: «comerás con el sudor de tu frente». Y el hombre no vive para comer; come para vivir. Y vivir humanamente no es vegetar como la planta ni dormir «el sueño zoológico» como el animal. Si el empuje del anhelo de libertad es ahogado en su arranque primitivo y espontáneo, el trabajo quedará sin alas, sin iniciativas creadoras y fecundas, desmayado, muerto al nacer. Si toda vida necesita de cierto ambiente de libertad, la vida del hombre, en el trabajo, su primera manifestación activa, ha menester, como el aire y la luz, ese horizonte vivificador y luminoso. La vida social—debiendo ser la sociedad cooperación de esfuerzos para amparar el esfuerzo individual y crear un poder colectivo—no ha de instalar tiranías para sumarla a la de la naturaleza, sino que ha de propender a fomentar y ayudar en el hombre la aspiración, y la voluntad de la libertad; y, para ello, respetará y favorecerá el derecho del hombre al trabajo y alentará, con máxima eficacia, el acto del trabajo. El primer derecho y el primer deber del hombre no ha de encontrar en la vida social una nueva tiranía que lo sofoque y aplaste, sino oxígeno, calor, luz que le dé aliento, fuerza, vida. Medios, recursos, campo debe hallar el trabajo en el medio social para acrecentarse y multiplicar su poder. Libertad y trabajo, dos términos, dos conceptos casi convertibles en la raíz de la psicología y la actividad humanas. Trabajo, «fuerza liberadora; libertad, poder de trabajar, de obrar, de crear, de sentir, de pensar, de gozar, de aspirar, de soñar.

Los puritanos ingleses tuvieron el amor del trabajo y el cuidado de estimularlo y ampararlo. La libertad fue la base de la prosperidad económica de la república inglesa.

«Si no hubiese, dice Vasconcelos, tantas otras causas de orden moral y de orden físico que explican perfectamente el espectáculo, aparentemente desesperado, del enorme progreso de los sajones en el Norte y el lento paso desorientado de los latinos en el Sur, sólo la comparación de los dos sistemas, de los regímenes de propiedad, bastaría para explicar las razones del contraste. Y anota como en las colonias españolas se dio la propiedad a la Corona y se fundó en seguida la propiedad privada en la merced real, acompañándola de privilegios y garantías, de acuerdo con la vieja práctica latina *de ius utendi et abutendi*. Derivando el dominio de una merced de la Corona se humillaba la dignidad humana, puesto que el hombre por serlo tiene derecho a sacar de la tierra con su trabajo el fruto necesario a su subsistencia; y, además, lo que depende de la gracia del Soberano trae consigo el peligro de la desgracia: «lo que el rey da, el rey quita». Con tal sistema no se podían crear Estados fuertes, porque gobiernos con derechos confiscatorios son gobiernos despóticos y bárbaros y antieconómicos.

«En el Norte, dice Vasconcelos, no hubo reyes que estuviesen disponiendo de la tierra ajena como de cosa propia. Sin mayor gracia de parte de sus monarcas y más bien en cierto estado de rebelión moral contra el monarca inglés, los colonizadores del Norte fueron desarrollando un sistema de propiedad privada en el cual cada quien pagaba el precio de su tierra y no ocupaba sino la extensión que podía cultivar. Así fue que en lugar de encomiendas hubo cultivos. Y en vez de una aristocracia guerrera y agrícola, con timbres de turbio abolengo real, abolengo cortesano de abyección y homicidio, se desarrolló en el Norte una aristocracia de la aptitud, que es lo que se llama democracia, una democracia que en sus comienzos no reconoció más preceptos que los del lema francés: libertad, igualdad, fraternidad. Los hombres del Norte fueron conquistando la selva virgen, pero no permitían que el general victorioso en la lucha contra los indios se apoderase, a la manera antigua nuestra «hasta donde alcanza la vista». Las tierras recién conquistadas no quedaban tampoco a merced del soberano para que las repartiese a su arbitrio y para que crease nobleza de doble condición moral: lealmente ante el soberano e insolente y opresora del más débil. Los gobiernos militares omnia-

dos de nuestras revoluciones no han hecho más que continuar el viejo sistema de las mercedes reales. Grandes extensiones de tierra se han otorgado a generales y caudillos que supieron apoderarse de ellas, y otra vez el latifundio ha sido la consecuencia obligada de la tiranía. El caudillo militar termina siempre en hacendado. Todavía, en el México contemporáneo, vemos a líderes influyentes de una revolución que se dice agraria convertidos en propietarios de grandes fincas de campo. Improvisados. Crecos usando el antifaz de Espartaco.»

Debiendo atenernos al testimonio de altos espíritus para juzgar la evolución norteamericana, ya que nos falta la intuición directa y la observación inmediata, no podemos menos de seguir transcribiendo opiniones valiosas y fidedignas. No queremos imponer ideas propias sino patentizar la realidad de los hechos viéndolos al través de intelectos esclarecidos.

Nadie a no la libertad como Bakounine, ese loco cuyo fervor por ella le llevó a los delirios del anarquismo. Y Bakounine se expresa así sobre la República inglesa: «Únicamente América del Norte constituye en cierto modo una excepción a esta regla. (Se refiere a la insuficiencia de la libertad de comercio e industria para la redención de las clases obreras). Lejos de destruirla, la confirma. Si los obreros están mejor retribuidos que en Europa, si nadie padece de hambre, si el antagonismo de clases apenas existe todavía, si todos los trabajadores son ciudadanos y la masa de éstos forman un solo cuerpo, si una sólida instrucción primaria y secundaria está, en fin, ampliamente repartida entre las masas, hay que atribuirlo en gran parte al espíritu tradicional de libertad que los primeros colonos importaron de Inglaterra. Suscitado, probado y reafirmado en las grandes luchas religiosas, ese principio de independencia individual y de *self-government* comunal y provincial, se encuentra favorecido por la rara circunstancia de que, transplantado a un desierto y librado, por decirlo así, de las obsesiones del pasado, pudo crear un mundo nuevo: el mundo de la libertad. Y la libertad es tan gran maga, está dotada de una productividad tan maravillosa, que dejándose inspirar por ella sola, la América del Norte ha podido, en menos de un siglo, alcanzar y casi sobrepasar la civilización europea.»

Y Rodó, con la penetrante belleza de su estilo, esculpe: «Nacidos, los americanos del Norte, con la experiencia innata de la libertad, ellos se han mantenido fieles a la

ley de su origen, y han desenvuelto, con la precisión y la seguridad de una progresión matemática, los principios fundamentales de su organización, dando a su historia una consecuente unidad que, si bien ha excluido las adquisiciones de aptitudes y méritos distintos, tiene la belleza intelectual de la lógica. —La huella de sus pasos no se borrará jamás en los anales del derecho humano; porque ellos han sido los primeros en hacer surgir nuestro moderno concepto de la libertad, de las inseguridades del ensayo y de las imaginaciones de la utopía, para convertirla en bronce imperecedero y realidad viviente; porque han demostrado con su ejemplo la posibilidad de extender a un inmenso organismo nacional la incommovible autoridad de una república; porque, con su organización federativa, han revelado —según la feliz expresión de Tocqueville— la manera como se puede conciliar con el brillo y el poder de los estados grandes la felicidad y la paz de los pequeños.»

Inspirado, poseído de espíritu de libertad trabajó el puritano en el desierto y defendió con igual ardor el fruto de su trabajo y el derecho que lo amparaba. Y por eso el motivo de su alzamiento contra la metrópoli fué económico, porque para soportar contribuciones que amenguaban el patrimonio y debilitaban el poder que había conquistado con su trabajo y su capital, el colono quería representación en el gobierno, el derecho de ordenar la inversión que debía darse al producto del impuesto. Guerreó para robustecer, en un organismo independiente, la independencia ya conquistada en el perseverante y rudo esfuerzo personal.

Ser libres merced al heroico batallar contra todas las fuerzas de la naturaleza y el despotismo de los hombres ¡qué hermoso y noble propósito! ¡qué altivo y humano ideal! He ahí dos evangelios con que complementar los que Rodó encomendaba a la juventud latinoamericana. «No desmayéis, dijo el maestro, en predicar el Evangelio de la delicadeza a los escitas, el Evangelio de la inteligencia a los heceos, el Evangelio del desinterés a los fenicios.» Es menester también predicar el Evangelio del trabajo a los sofadores indolentes y el Evangelio de la libertad a los esclavos resignados. Trabajo y libertad, columnas majestuosas y simbólicas que representan el valor esencial del hombre en el principio de los tiempos y en la plenitud del perfeccionamiento. No nació el hombre para ver y contemplar tan sólo. Nació para obrar y crear, para el esfuerzo creador y libre,

En muchos países iberoamericanos se sueña con que el progreso habrá de traer el orden y la libertad sin comprender que, faltando estos factores, es imposible el otro que es un resultado. No hay trabajo ni cultura posible, no hay progreso ni evolución allí donde el hombre se ve privado de su ambiente natural, donde su actividad no tiene garantías, donde su vida y su hacienda, su pensamiento y voluntad su vida moral—no son profundamente respetados y amparados, profundamente libres.

Ideales hay, y magníficos, y de gran vuelo en la América ibera. ¿Y cómo no había de haberlos si la imaginación y la agilidad de la mente, que se dilatan al calor del trópico, son dones que la naturaleza prodigó generosamente a los latinos? Ya los precusores de la independencia, Miranda, Espejo, Nariño, echaron a volar por los ámbitos de América los eternos ideales de la revolución francesa. Descendientes de Don Quijote, la locura del ideal nos embriaga y exalta hasta la pasión y el delirio. Palabra brillante y sonora, pendón multicolor, gonfalon sugestivo e imponente, tras él vamos embelesados, fanatizados, deslumbrados. Pero no lo alcanzamos jamás por que flota en el aire, exteriormente, en cielos inaccesibles. Recluido en la cabeza, como objeto de contemplación y adoración, divorciado de la realidad y de la vida, nos sirve tan sólo para recrearnos como niños en la frivolidad y fragilidad de los ensueños.

Pensamiento y acción, yendo desunidos, engendran entidades colectivas en que pasma ver, junto a constituciones y leyes que son una maravilla de liberalismo y democracia, de valor jurídico y amplitud doctrinaria, la realidad social que va claudicante, miserable, esclavizada, huérfana de todo derecho y de toda norma.

¿Y qué valen los ideales que no se encarnan en la realidad, que brotan tan pobres y desmayados que nunca pueden convertirse en ideas-fuerzas, que se evaporan como pompas de jabón no bien topan con el suelo duro y tenaz? Un granillo de ideal incorporado a la tierra, asimilado en las raíces y fibras de la planta, circulando con la sangre de la vida, nutriendo el sentimiento y la voluntad del hombre, palpitando en la conciencia y los hábitos de un pueblo vale más, infinitamente más, que mil constelaciones fulgurantes que clarean allá lejos, en los confines del espíritu, en la región nebulosa y fría de donde no pueden bajar al suelo misero los rayos que calientan y vivifican y fecundan,

Sofar, razonar, discutir, sutilizar, forjar teorías, construir sistemas ¿y para qué? Para gozar intelectualmente, mientras la realidad es una vergüenza de pobreza, de abandono, de inmoralidad y de esclavitud.

Los americanos del Norte concibieron el ideal de una república y la república no es allí una mentira. Concibieron el ideal de la democracia y el horizonte de la vida norteamericana está abierto a las aspiraciones de todos los ciudadanos así como su movimiento político es la resultante del sentir y pensar general. Concibieron el ideal de la libertad y no en vano se levanta en Nueva York la estatua que simboliza la más alta aspiración de los pueblos y la última perfección del hombre. Aquella estatua significa algo más para ese país que las innumerables estigias de los libertadores que pueblan las plazas de la América del Sur. Concibieron el ideal del trabajo y el esfuerzo individual y son ahora, por su prosperidad y grandeza material, la primera nación de la tierra.

No resulta, pues, muy justificada la presunción idealista que nos engrullece y nos sirve de blason y en la que nos apoyamos para menospreciar el sentido utilitario y materialista de la vida que atribuimos a la civilización del Norte.

Reflexionemos sobre las palabras que acaba de pronunciar Hughes en la Conferencia de la Habana: «No podréis conocer a los Estados Unidos en forma adecuada valiéndoos de sus estadísticas sobre población y comercio o por su riqueza. Hay un poder por encima de todo esto, que imprime el rumbo definitivo a nuestra opinión pública y establece los tipos de nuestros estadistas, de acuerdo con los cuales tomamos las medidas de carácter ejecutivo y legislativo. Si queréis descubrir lo que veneramos en nuestros más íntimos pensamientos, no os contentéis con ir a nuestros emporios; visitad nuestros templos. Nos encontraréis vehementes en los negocios, celosos en aventajar en el intercambio comercial; pero nos conocerá bien aquel que por encima de estos anhelos nuestros reconozca en nosotros el dominio de los ideales de independencia y libertad. Es este idealismo el que desde el principio, en el transcurso de la lucha de cien años, inspiró nuestra política en este hemisferio. Es este idealismo el que siempre ha sido el guardián de nuestra libertad en nuestra patria. Nos agrada ser considerados como sagaces; pero no nos vantamos monumentos a la mera sagacidad. Reservamos nuestra más grande veneración para los más grandes ejemplos de libertad e

independencia: Washington, Jefferson, y Lincoln. Ellos son aún y espero que lo sean siempre, los verdaderos representantes del espíritu americano.»

Reconocemos sin dificultad que el sentimiento de la libertad, representado en los ilustres hombres cuya memoria evoca Hughes, anima todavía y animará siempre al pueblo de los Estados Unidos en su organización interna. Pero tal sentimiento no domina en sus relaciones externas porque aún no aparece en la historia el pueblo que se sobreponga a su egoísmo nacional para sentir y respetar el principio de libertad, derecho y justicia, levantado muy en alto y señoreando y armonizando los intereses opuestos. Los individuos pueden reconocer y respetar el derecho de los otros individuos. Los gobiernos, rara vez, pueden respetar y amparar el derecho de los gobernados. Los pueblos jamás han reconocido hasta hoy el derecho de los otros. La conciencia colectiva y la conciencia individual están separadas por un abismo.

A esto se agrega el principio corruptor que encierra todo poder excesivo, el orgullo despótico que nace de la grandeza, el sentimiento de menosprecio originado en el espíritu del fuerte por el contraste de su fuerza con la extrema debilidad de los otros. El imperialismo norteamericano es un brote inequívoco de semejantes sentimientos, que se añaden de muy buena gana con las necesidades e intereses del capitalismo expansivo, desbordante, incontenible.

Es verdad que los iberoamericanos poseemos cualidades supremas, dones altísimos, imaginación y talento de admirable agilidad, que, de encontrar firme la voluntad y entero el ánimo, podrían llevarnos al prodigio creador. La misma variedad de razas, que algunos juzgan una desventaja, pueden transformarse en la posibilidad de forjar la nueva raza, la raza universal, la raza cósmica, que dice Vasconcelos. La raza latina y la raza ibera y aún las razas indígenas tienen abolengo ilustre, gérmenes de cultura que pueden entremezclarse y producir síntesis magníficas, que es ley de vida, y del ser unir las cosas distintas y aún las contrarias, según la trilogía y el ritmo hegeliano de la evolución: tesis, antítesis, síntesis. Pero el soplo épico, el soplo creador, el vigor de la voluntad que abre el milagro no se siente, no se ve aún en la acción de la nueva raza. Y sin desesperar por esto ni perder la fe y la esperanza en el futuro, cabe hacer constar que el mal que paraliza a la América ibera permanece latente y tenaz.

Mal funesto es el idealismo que se aparta de la realidad y se convierte en pura imaginación, en delirante ensueño, en estéril placer intelectual porque cuanto más se eleva y sutaliza el ideal en las regiones del pensamiento, más abandonado queda el mundo de la acción, y las obras y los actos van sueltos, en razón del instinto y la necesidad, sin energía que los anime y vigorice, sin freno moral que los rija, sin el buen sentido que los ordene y precave del peligro, sin la razón práctica que los lleve por sendero seguro al campo fértil donde puedan ser fecundos y útiles. Y así vemos cómo los intelectuales de la América Ibero, con excepción de un contadísimos número de rebeldes, descienden del Olimpo a donde se han elevado en alas de los más hermosos ideales y en donde han discurrido y racocinado, como los sofistas griegos, luciendo la brillantez de sus talentos y el poder de su imaginación y de su palabra, descienden, decimos, a encontrar razones para justificar las brutalidades de los caudillos, del militarismo que siempre afligió a la mayor parte de nuestros países. Inepto el hombre de ideas para embeber su acción en sus concepciones doctrinarias, radicalmente privado de la facultad de ver, de intuir el reflejo y la virtud de la idea en la realidad, va por ahí, sombra de sí mismo, contradicción viviente, paradoja triste, apegado a cualquier cacique o capataz rudo que le aventaja en el arte de obrar con eficacia, resolver con prontitud y moverse con celeridad y método. Los caudillos han seguido fielmente el procedimiento de Federico el Grande, que decía: «hago o tomo las cosas que necesito y me convienen sin más averiguación; después, no faltan sofistas y leyes que se encarguen de encontrar razones y derechos.» Esclavitud conmovedora la de los hombres de ideas, esclavitud ilustrada e inteligente, que pone al servicio de pasiones bárbaras y primitivas toda la alteza del espíritu, todo el valor de las sugerencias morales, toda la esplendidez de la imaginación y el entendimiento.

Dos tendencias poderosas, de rico contenido ideal, han luchado abiertamente en los pueblos iberoamericanos disputándose el dominio de las almas. El espíritu religioso y el espíritu liberal. Y entrambos decayeron, abatiéronse, perdieron miserablemente su virtud idealista y moralizadora. En fanatismo estrecho, inquisidor, tiránico se tornó el uno. A la completa negación de todo ideal fué derechamente el otro. Sombria teocracia absolutista quiso estatuir el dogma religioso. Y el ideal liberal se entregó al militarismo que, endiosando la fuerza, mata en su raíz todo espíritu de libertad. Y la fuerza nos condujo al ateísmo filosófico y el materialismo político, a la adoración del Dios del éxito y la sumisión grotesca a todas las tiranías.

Quién nos diera aprender de los americanos del Norte lo que urge que establezcamos en nuestro ser espiritual; La armonía entre la idea y la realidad, el equilibrio entre el pensar y el obrar, la síntesis en la función de todas nuestras facultades cuyo fruto es la acción evolutiva, progresista, creadora. Arte magno, éste de ir penetrando, con la voluntad y el pensamiento, en la selva oscura y salvaje de la vida.

¿Qué objeto tiene aspirar a ideales nuevos, utópicos aun, si no se alcanza a realizar los que son los fundamentos de la más rudimentaria cultura? Los eternos ideales, la moral, el derecho, la libertad, deben informar esencialmente la organización social y política, y entonces a su influjo se derivarán naturalmente todos los bienes que le es dado obtener al hombre. Palabras huecas, cuya esencia se escapa, resultan para muchos políticos las que expresan aquellos conceptos que los idealistas de verdad sentimos tan profundamente que sin ellos no podemos concebir ni explicarnos la realidad humana. La esencia ideal de aquellos principios puede variar de formas al encarnarse en la realidad social o política; pero no puede perder su virtud y su fondo, su tendencia dinámica y civilizadora. Varios son las instituciones de los diferentes pueblos y naciones. Distintos, y a veces contradictorios, su orden jurídico, sus costumbres, su moral, su concepto de la libertad. Pero siempre habrá, en el sentimiento profundo e íntimo de un país culto y civilizado, un impulso harto sensible a educar y perfeccionar al hombre y rodear a la persona humana de respeto, consideración, amor y libertad. La esencia de la moral, del derecho, de la libertad está en eso; y el hito para juzgar de cómo va un pueblo en orden a adelanto y cultura no es sino el sentimiento de consideración recíproca, de respeto mutuo, de simpatía benévola, de tolerancia generosa que se transparenta en la conducta de las gentes y en las instituciones y hábitos del gobierno y el pueblo. Muchas cosas —herencia, atavismo, ignorancia, pobreza— pueden impedir el avance rápido, pero si la tendencia es fuerte, si tiene arraigo, si los ideales son sentidos sinceramente, se habrá de notar cómo un país anda, cómo se mueve y endereza, siquiera sea con lentitud, hacia el fin debido.

La causa del conflicto entre las dos Américas, si puede ser la diferencia de psicologías, y, sobre todo, el desequilibrio vital que esa diferencia ha generado, no es, de ningún modo, la oposición entre Ariel y Calibán, entre dos culturas y civilizaciones opuestas. Es una enorme diferencia vital, biológica de desarrollo y crecimiento. Diferencia que impele fatalmente a la subordinación de la una y al imperialismo de la otra. Y si debemos propender a dar fuerza a la corriente jurídica que allá y aquí refrena la intervención política y la codiciosa invasión capita-

lista, debemos con más firme y decidido propósito levantar nuestros ideales y combatir abincadamente el mal que nos tiene postrados y maltrechos. Y aquí encaja la otra parte de la fórmula de Vasconcelos: «Guerra al caudillaje iberoamericano dentro de nuestras fronteras latinas.»

Al tratar de la cuestión política de los países iberoamericanos, se pone el dedo en la llaga, se palpa el mal que retarda el desenvolvimiento de la América nuestra, nos encontramos con el secreto de su desorganización y el pretexto de la intervención extranjera. Vasconcelos, con sobra de razón, caracteriza ese mal calificándolo de caudillaje y militarismo. El instinto salvaje de dominación y poder, de fuerza y tiranía, fermento latente en nuestra raza, herencia de la fiera alma española, conquistadora y guerrera, amasándose con el espíritu cruel y bárbaro del indio, ha producido este fenómeno espantoso, tormento, pesadilla, mal inescapable: el militarismo. Mientras él exista en la América latina, la libertad, el orden, la unión nacional, la cohesión de patria serán imposibles.

Terminada la independencia, los héroes menores que colaboraron en ella, al hervor de la ambición, quisieron tornarse en señores sempiternos de estos pueblos. De los libertadores, Bolívar, genio indiscutible, magnifico y sublimó las virtudes y defectos de la raza; San Martín, hombre desprendido y capaz de renunciamento, ejemplificó a los países meridionales; y Sucre, el virtuoso Sucre, fue una excepción, y mereció ser llamado el Washington del Sur.

En teoría y en principios se proclamaba la democracia y la república, pero en la práctica sólo triunfaba el instinto de imponer, de dominar, de gozar del poder y la fuerza a todo trance. Y ahí el origen del militarismo.

Ramiro de Maestu, con su habitual sutileza y penetración, anota cómo difirieron sustancialmente los móviles de la independencia de las dos Américas. Los puritanos ingleses que, desde el principio, se enamoraron del trabajo y le dedicaron todo su empeño, sintieron vinculado a él y a sus frutos, el orgullo de su vida independiente, la dignidad de su libertad y su derecho; y no pudieron soportar las trabas que, en forma de impuesto, quiso imponerles el Rey de Inglaterra. Y antes que pagar contribuciones sin representación, se alzaron a guerrear por la independencia.

No así los descendientes de los bravos y ásperos conquistadores españoles. Los criollos, indolentes y apocados para el trabajo cotidiano y perseverante, ganosos de predominio, se sentían humillados y postergados en el disfrute del poder. Y Maetzú dice que no vacila en afirmar que lo fundamental en la independencia de la América nuestra fué el orgullo. En estas diferencias de psicología está casi siempre el germen trascendental de las diferencias ulteriores de historia, de instituciones, de progreso y desenvolvimiento.

Rehuyendo la labor paciente, silenciosa y porfiada, el latinoamericanismo, consecuente con su índole psíquica, habrá de tender desde entonces a buscar en el poder, en el Gobierno, la única manera, la sola forma de ser independiente y libre, aunque para ello sea menester tiranizar y abatir a los demás, sacrificando la libertad ajena. Con razón Maetzú dice que tiranía y libertad son una misma cosa. La libertad propia se vuelve tiranía para los otros; la libertad ajena, es tiranía para nosotros. Concepto falso, desde luego, de la libertad ya que ésta nunca puede significar el poder ejercido para empequeñecer el poder ajeno, sino la actividad que busca su acrecentamiento en el concurso, en la cooperación, en la armonía, porque el poder, que destruye y desune, se aisla, y lo que se aisla, se enflaquece y se extingue.

Al observar la constante agitación revolucionaria de estos países, el furor demagógico que habitualmente los irrita y exagera, la rebeldía anárquica que no les deja punto de reposo, hemos pensado muchas veces, con satisfacción y orgullo, nosotros que rendimos culto idólatrico a la libertad, que todo ello es demostración viva y clara del anhelo de libertad, de la altivez de la libertad que hemos creído ser el nervio, el alma de nuestros pueblos. Quieren ser libres, nos hemos dicho, y como se encuentran siempre con el despotismo de los gobiernos, su afán de libertad, su frenesí de libertad es inapaciguable. Pero, con las enseñanzas del tiempo, con la experiencia y la observación de los hombres, con el estudio hondo y meditado de la historia, hemos llegado a concluir que, desgraciadamente, no es el puro, fondeo, magnífico, amplio, generoso y divino sentimiento de la libertad lo que late en el fondo de esta anarquía, de esta demagogia, de este odio y furor sin fin. Es el orgullo, que dice Maetzú, el ansia de poder, la vanidad del poder, la concupiscencia del poder. Hinchados de fatuidad y soberbia los de arriba,

enflaquecidos de odio y envidia los de abajo, y todos anhelosos de poder.

Donde no ¿cómo ocurre todos los días en nuestros países el singular fenómeno de la absoluta transformación que los hombres sufren al ir al poder? ¿cómo se da siempre el escándalo inaudito de ver a los apóstoles de la libertad y la democracia, a los que ayer no más lucharon valientemente en defensa de tan altas cosas, convertidos de la noche a la mañana, no bien usurpan el poder, en fieros verdugos de lo mismo que ayer invocaron y adoraron? ¿qué alquimia es esa del Gobierno que transmuta el oro en barro, que altera las almas y tuerce las voluntades y ofusca los criterios y hace de lo blanco negro, y de lo negro blanco?

Bakounine lo explica con el terrible análisis con que diseña las tiranías: «Nada hay tan peligroso para la moral privada del hombre como el hábito del mando. El hombre más bueno, más inteligente, desinteresado, generoso y puro se echará a perder infaliblemente en este oficio. Dos sentimientos inherentes al poder no dejan nunca de producir esta desmoralización: el menor precio de las masas populares y la exageración del propio mérito.»

Se arguye que el idealismo que se acaricia abajo, no puede menos de desvanecerse arriba, en cuanto los problemas de la realidad que se suscitan en el gobierno rectifican las concepciones vanas y las teorías locas o inaplicables; y que, naturalmente, los hombres de gobierno, ante los hechos y las necesidades positivas, se ven constreñidos a abandonar los principios que estorban a la acción gubernativa eficaz, práctica, destinada a resolver asuntos urgentes y a satisfacer menesteres inaplazables. Argucias, eternas argucias, sofismas consustanciales ya con nuestro pensamiento y que ponemos siempre al servicio del militarismo, del éxito y de la fuerza. Que el perpetuo despotismo de los gobernantes atiza la agitación revolucionaria y que la pertinaz conspiración de los gobernados demanda la acción enérgica y represiva de la autoridad, es un hecho. Pero, es claro, todo es recíproco y solidario en este mundo y, fácilmente, se forman, en la cadena de los fenómenos físicos, bio'ológicos, sociológicos, círculos viciosos, para salir de los cuales se requieren iniciativas y actos verdaderamente nuevos y creadores. Círculos viciosos, rutinas, hábitos que atan la realidad a una forma dada, que la esclavizan con lares fortísimos, que paran el libre desarrollo de la vida, el natural correr del progreso y la evolución.

La política militarista de la América Latina ha establecido, en varios países, ese maldito círculo vicioso, cerrado y fatal que conduce del Gobierno a la revolución y a la inversa. Es indiscutible que el hondo malestar que de continuo les aqueja proviene del divorcio absoluto que ha existido, y se agrava cada día más, entre el Gobierno y el pueblo, lo que obedece, entre otras causas, a que de parte de los Gobiernos hay completa falta de espíritu democrático, y de parte del pueblo falta completa también de espíritu cívico y educación política. Los gobiernos debieran considerar, como su deber primordial, representar y sintetizar en su acción gubernativa y social las aspiraciones y tendencias que están latentes en la conciencia pública y que, correspondiendo a verdaderas necesidades, requieren su cristalización. La función política, y la función gubernativa, como funciones de la vida nacional, como funciones de un organismo vivo, deben tener íntima correlación con todas las demás funciones y elementos sociales, no pueden estar desligadas del sentir nacional, de la voluntad popular, de las diferentes corrientes que se producen en el proceso evolutivo de un país. Y toca a los Gobiernos, en quienes está concentrada la función directiva por excelencia, tender a franquear el abismo abierto entre ellos y el pueblo, estimulando en éste toda actividad política, todo movimiento social, toda acción cívica que se desarrolla dentro del orden y el campo legal. Un gobierno que tenga cabal conciencia de sus deberes y de la íntima unión que ha de mantener con el cuerpo de la nación, no puede desentenderse del papel educativo que le corresponde ni de la vinculación jurídica que ha de enlazarle con los gobernados. Debe esforzarse, por tanto, en conseguir que las actividades políticas se despierten y encaucen, que los partidos se definan y organicen, que todas las clases sociales revelen vitalidad y fuerza moral; en suma, que la vida del organismo nacional no se reconcentre en los gobernantes sino que la acción de éstos se inspire en las ideas de los diferentes órganos de opinión y reciba las influencias de las corrientes espirituales de todo el país.

Cuestión de capital importancia, en orden a tales consideraciones, es la manera de generar, justificar y legitimar el poder.

Es la cuestión política fundamental sin cuya resolución no pueden resolverse las otras, porque es aquella de que depende la vinculación esencial entre el Gobierno y el pueblo. Si la generación de los Gobiernos no se funda en los principios políticos que

informan el alma de una nación—el derecho divino y dinástico en las antiguas monarquías y la voluntad popular en las actuales democracias—la vida política estará falseada, carecerá de fundamento moral y jurídico y quedará, por tanto, convertida en lucha rudimentaria y bárbara, ajena a todo elemento civilizador, a todo germen de cultura. Sólo en los países incultos, donde no exista el sentimiento del derecho y la libertad, donde el pueblo no tenga conciencia alguna de su decoro, puede concebirse como la única forma de generar el gobierno, como el único título para ejercer la autoridad, la imposición de la fuerza. Cuarquiera que sea el grado de cultura de un país, por bajo que se halle el nivel moral de los elementos sociales que le componen, la relación entre ellos tiene que basarse en principios de derecho, en normas éticas que excluyan la fuerza que no une, que no vincula moralmente. La fuerza tiende a disociar y romper la unidad nacional, base del estado moderno, fundamento del edificio político. No cabe, no puede haber armonía entre el gobierno y el pueblo, acuerdo entre la opinión pública y el pensamiento gubernativo si la autoridad no emana de la voluntad popular, si el derecho de mando no reconoce como fuente la expresión del sentir de las mayorías. Los gobiernos de fuerza carecen de autoridad moral y, o aparecen en su acción indecisos o vacilantes y son gobiernos débiles e incapaces de administración, o se lanzan a la arbitrariedad y la violencia y son gobiernos despóticos cuya eficacia es puramente material y corrompe y degrada las fuerzas espirituales de un pueblo. Los gobiernos de fuerza provocan lógica y fatalmente la revolución, la legitiman, le dan un título, el mismo título que a ellos les ampara y fundamenta. Si el gobierno es tan sólo la fuerza vencedora, la revolución será el gobierno latente, la fuerza que aspira a vencer y ser gobierno. Círculo nefando, aquejarre de crímenes que constituye un baldón en la historia de la América Latina.

Y se ha hecho así del ejército, de esa institución sagrada que debiera estar íntimamente ligada a la patria y el estandarte nacional, contando con el respeto y el amor de todos los ciudadanos, un instrumento de trastorno, de odio, de tiranía, de división y discordia.

«Y el poder originario y básico, dice nuestro Remigio Crespo Toral,—el poder electoral—es un rey de carnaval y la función electiva no existe sino en pueblos y tiempos de excepción. La urna, generador de la soberanía, es una inmundicia ratonera que incuba sabandi-

jas, por artes de presidio, en un cerco de bayonetas.»

¿Puede concebirse nada más odioso, nada más inícuo que la institución acuada en ciertos países latinoamericanos? La falta de régimen jurídico en las relaciones internacionales que deja a los países, uno en frente de otro, en relación rudimentaria de fuerza, impone a todos la necesidad de armarse y estar prontos y capacitados para la guerra. Además, es natural que toda entidad viviente, todo elemento vivo haya menester fuerza física para conservarse y defenderse. La fuerza es factor de conservación y defensa; es, asimismo, factor de orden y organización. Pero ¿no es un contrasentido que la fuerza se torne en enemiga del ser o entidad de que dimana? ¿no es inconcebible que se vuelva arma suicida, desgarradora de las entrañas mismas del organismo que la cría y sustenta?

El odio y la aversión entre el civil y el militar han alcanzado, en algunos de estos países, un desarrollo alarmante. La clase militar, arrogándose el privilegio del mando, ataca y ultraja a las otras. No hay clase que le deba respeto o gratitud. Todas sienten su opresión, todas experimentan el duro apretón, la bofetada afrentosa de la mano fuerte del soldado.

Primero, se agrupó en torno al caudillo, en estrecha vinculación personal. El caudillo dispensaba mercedes; era el organizador de esa especie de comunidad étnica para dominar, y oprimir y explotar; era el poder, la encarnación del poder, el hombre que por su resolución y audacia se volvía centro de energías, imponiéndose al grupo de gentes ambiciosas, ávidas del señorío de un país. Y el caudillo, como dice Vasconcelos, era, en breve, la encarnación también de la patria, de la idea y del partido. No importaba que, como Solano López en el Paraguay, destruyese la patria y la expusiese a aventuras bélicas desastrosas; ni que, como Porfirio Díaz en México, desmintiese groseramente en el gobierno y la realidad práctica todas las doctrinas y principios que invocara para conquistar el poder. En la mente confusa y en el instinto claro del soldado, el caudillo representaba la idea no comprendida y daba vigor al mando de que todos los soldados usufructaban y se aprovechaban. La adhesión al caudillo daba poder, figuración, honores, dinero. La adhesión al caudillo era un flato de amonidad para el atropello, el fraude, el crimen. La adhesión al caudillo robustecía esa psicología animal, tan propia del tigre, del toro, del gallo, con la que se goza encarneciendo al débil y al vencido y soportando la humillación que impone el vencedor y el fuerte.

En los días de hoy, el militarismo tiende a tomar otro carácter, protoico en su afán de persistir. Ya no es el caudillo el forjador del ejército, de un ejército suyo, hecho *ad hoc* para acompañarlo, servirlo y sostenerlo. Es el mismo ejército, organizado como institu-

ción pública y nacional, quien se erige con derechos y facultades para asumir el poder y sojuzgar a un país. Hará y deshará gobiernos, fomentará en su seno, trastornando toda disciplina y jerarquía—principios fundamentales de la organización militar—la manía de intervenir, criticar y censurar, mientras el pueblo y los partidos políticos están reducidos a completa abstención y silencio.

En una y otra de estas dos modalidades, en que la fuerza desempeña el principal papel, es obvio comprender la influencia perniciosa que el militarismo ejerce en la vitalidad misma de una nación.

«Son la fuerza y el derecho, lo dice José Joubert—citado por James Brown Scott—los que regulan todo en el mundo: la fuerza, mientras llega el derecho.» Esta máxima encierra una síntesis de filosofía histórica y una verdad profunda. El mundo está regulado por la fuerza, pero el derecho trata de regular la misma fuerza. La noción del derecho viene con el hombre a establecer una norma, una ley, un ideal que supone la existencia de la fuerza. El derecho no es sino un principio más alto de regulación que el de la gravedad, la atracción, la cohesión, la afinidad química, la síntesis vital. El principio del derecho apunta cuando la conciencia alcanza un grado de comprensión que implique la posibilidad de una armonía inteligente, moral, cooperativa, entre las fuerzas. El principio del derecho—regulación externa—que se deriva del principio moral—regulación interna—supone que es posible ordenar y unificar las fuerzas, compenetrarlas, darles nueva unidad y cohesión. Y supone que es posible tal ordenación en vista de que la conciencia y la razón del hombre proporcionan los elementos adecuados para realizarla. El derecho es atributo del ser racional como capacidad para gobernarse y dirigirse, como capacidad para asociarse, como capacidad para reconocer y respetar la igual capacidad de otro y cooperar con ésta a un fin. El derecho es comprensión, respeto, afinidad, unión. El derecho envuelve reciprocidad entre sus términos. Entre el hombre y las cosas existe la relación puramente mecánica, química, vital, pero no cabe la relación jurídica por el desequilibrio y desproporción entre la calidad de las fuerzas. Pero entre hombres la cuestión varía. Entre hombres, aparte de esas relaciones que subsisten completas, cabe otra, se impone otra: la relación moral que genera la social, la jurídica, la política. Los hombres pueden comprenderse, sentirse, entenderse, amarse; comprendiéndose, los hombres reconocen la semejanza de su naturaleza, la comunidad de sus necesidades e intereses, la *interdependencia* en que viven; sintiéndose, cada hombre sale de sí, penetra en el espíritu de los otros y se establece entre ellos el lazo de la simpatía, el lazo del amor, la unión de las voluntades libres; entendiéndose, se hace posible el acuerdo, el convenio, la reglamentación y ar-

monía de sus actividades, la cooperación de sus actos para conseguir fines comunes, el progreso nacional, el bienestar colectivo. La relación moral es, pues, una nueva relación que nace de la capacidad intelectual y sensible del hombre y que se sobrepone a todas las demás relaciones. Es propia del hombre, característica de su espíritu, título de nobleza y superioridad.

El derecho no niega la fuerza; no son los dos elementos antagónicos en su esencia. El derecho supone la fuerza. La fuerza, en general, es una probablemente, aunque con diversos grados, formas y manifestaciones. La fuerza es el ser, la vida, la expresión del ser y de la vida. Lo que tiene fuerza, es, vive. La fuerza es la potencia, la raíz de la casualidad, de la actividad; la propiidad o virtud de producir efectos, cosas nuevas, modificaciones, mudanzas. Es la razón del cambio y la evolución.

Al contraponer, por tanto, el derecho a la fuerza se quiere manifestar que la relación entre los hombres no puede ser tan sólo la mecánica, química y biológica; que, alcanzada una relación superior—la moral—ésta debe prevalecer sobre las otras y dirigir las. Porque el derecho no es sino eso: un principio regulador de las fuerzas humanas. Todas las relaciones entre cosas o fuerzas son reguladoras, son reglas, leyes. Por eso dice Joubert que la fuerza regula todo en el mundo. No hay el caos ni la perenne lucha de las fuerzas. No hay la destrucción y la oposición como ley fundamental. Las masas se unen, se compactan, se coordinan. Los átomos y las moléculas se estrechan, se combinan, se armonizan. Las células se asocian, se penetran, se multiplican. La lucha, la destrucción son episodios, fenómenos de transición. La tendencia es, siempre, constructiva, acrecentadora de fuerza, de poder y, sobre todo, reguladora. La relación mecánica regula, la relación química regula, regula la relación vital. Y la relación moral y jurídica no hace sino sobrepasar a todas las otras en la tendencia a regular. Y el hombre es hombre en cuanto sostiene y perfecciona esta última relación.

Aceptar, por consiguiente, la fuerza armada como reguladora de la vida social y política es negar la naturaleza humana, rebajar su dignidad, descender en la escala de las relaciones. Consideramos nosotros el despotismo como un verdadero crimen, el más trascendental y grave de los crímenes. Creemos con Hamon que el crimen es todo acto consciente que lesiona la libertad de obrar del individuo. Y el mayor crimen debe ser el acto de fuerza, de fuerza bruta que ataca la libertad. Y el despotismo político es una inmensa cantidad y potencia de fuerza armada pesando sobre la libertad de una inmensa cantidad de hombres.

El efecto fatal de tal crimen es la extinción y muerte del sentimiento de la Patria que no

puede alentar sino en una atmósfera de libertad y derecho. Porque patriotismo no se ha de llamar el instintivo apego del buey a la querencia, a la dehesa en que apacienta sus hambres, sino el amor, entrañable que siente el ser humano por la tierra donde trabaja y obra, donde piensa y aspira, donde forma, en hermandad con sus semejantes, el poder colectivo que habrá de proteger su trabajo, su labor, su pensamiento. Patria no es la montaña inculta donde tribus salvajes se odian, pelean, se hostilizan sin cesar; patria no es el suelo que se vuelve patrimonio exclusivo de una clase social, dueña de la fuerza; patrias no son las naciones desdichadas en que el militarismo y el caudillaje viven oprimiendo a todos los ciudadanos, saturando el ambiente de terror, blandiendo el sable criminal sobre la frente altiva del hombre que se atreve a pensar, a hablar, a ser libre. Patrias no pueden ser aquellos países que tienen la entraña podrida, como dice Vasconcelos, que siente el avance sistemático, fatal de naciones poderosas continuán mirados por el odio que es consecuencia de toda dominación personal, de todo gobierno que no se funda en la opinión sino en el golpe de mano, en la victoria de las armas, pero no en la justicia.

Ese suelo, esa montaña, esa nación no pueden llamarse patria; son fatalidades naturales, fatalidades geográficas que pesan, como una maldición de la naturaleza, sobre la vida moral del hombre. Sólo las almas heroicas aman a estas patrias a pesar de todo. En las almas tibias, que son la mayoría, el patriotismo decae, se alfoja, se desvanece. A la patria hay que hacerle amable, no odiosa, ha dicho con profunda verdad un escritor ecuatoriano.

No acusamos, empero, sólo a los militares. Quizá, ¡oh latinoamericanos! ninguno de nosotros posee el sentimiento de la libertad; quizá todos tenemos el horror de la libertad. Aprendamos a ser libres: libres, para defender hasta el heroísmo la propia libertad; libres, para respetar profundamente la ajena libertad. Quizá el militarismo no es otra cosa que el reflejo, la condensación de una psicología general, resultante de la tiranía individual, hija del orgullo que diría Maetzka. Quizá cada uno de nosotros es tirano en el terreno que puede dominar: el hogar, la escuela, el taller, la oficina, la hacienda, el gobierno; y es víctima, a la vez, del avaro despotismo cuando las fuerzas no le permiten ejercer el propio. Somos rebañes, verdaderos rebañes en que alternativamente oprimimos y somos oprimidos. Aprendamos a ser libres: libres, para defender heroicamente la propia libertad; libres, para respetar profundamente la libertad ajena. Y repitamos con Vasconcelos: "¡Oh América Latina, conquista la libertad y el poder se te dará por añadidura."

La carencia del espíritu de libertad deja suelto al imperialismo de Estados Unidos.

La República del Norte, que ha fomentado ese espíritu en su orden interno, no acierta o no quiere aplicarlo en su política exterior. ¿Por qué? Sencillamente, porque todo poderlo excesivo induce al crimen. No existiendo régimen jurídico entre las naciones, y aún cuando existiese, una vida excesivamente fuerte hace uso de su fuerza contra el débil cuando mira por los intereses propios. El espíritu de libertad y de derecho no se abre paso en la psicología del poderoso y, más bien, la conciencia del propio poder le lleva a menospreciar el derecho de los débiles. El oro corrompe, el poder corrompe. La relación entre débiles y fuertes no es de sana cooperación, de respeto mutuo, de igualdad jurídica. Para conseguir esto, es indispensable el equilibrio vital, la equivalencia de las fuerzas, del progreso, de la cultura. Los Estados Unidos, que en su política interna tienen muy vivo el espíritu de libertad, crecen de él en sus relaciones con los países pequeños y débiles. En teoría, los Wilson y los Hughes lo proclaman y lo ensalzan, pero en la práctica todos los políticos norteamericanos hacen ludibrio de los más rudimentarios principios de justicia internacional.

Pero ¡oh vergüenza, oh miseria! nosotros, los latinoamericanos, que reclamamos justamente el respeto debido a nuestra soberanía, a nuestra independencia, a nuestra libertad, escarnecemos aún, como pueblos bárbaros, el mismo principio que invocamos para fundamentar nuestras protestas.

La América Ibero debe representar algo para la humanidad, debe custodiar y acrecentar valores esenciales para el destino humano. Es rica en la tierra, rica en las razas, rica en el espíritu. El mismo orgullo que le llevó a la independencia puede conducirlo a la libertad cuando se dé cuenta de que el poder crece y se amplía respetando y regulando los poderes individuales.

Hay un país que es gloria de la América Ibero porque en él un genio de la educación pudo imprimir sus normas. Ese genio, Sarmiento, tuvo, como lo hace ver Vasconcelos, dos propósitos principales: la europeización del continente y la difusión de la escuela primaria.

«Por europeizar entendía Sarmiento imponer en la América las reglas del Gobierno civilizado sobre el furor destructivo de los caudillos; castigar el asesinato, en vez de premiarlo con la presidencia; normalizar el ejercicio del voto para la designación del gobernante; dulcificar las costumbres; otorgar garantías al trabajo y a la vida; difundir la ilustración; combatir la ignorancia y extirpar la tiranía. Sus planes y sus creaciones en materia de escuela primaria se inspiraron en la naciente, pero ya admirable organización de la escuela primaria de los Estados Unidos del Norte, país que visitó y amó Sarmiento, en la época más pura de su desarrollo ejemplar.»

¿Qué venda funesta impide a los países pequeños de nuestro continente ver claro en la razón de la prosperidad de los grandes países? Y los países débiles como los fuertes se deben a la humanidad. Sobre las cuestiones de soberanías y de patrias, de continentes y de fronteras, están los intereses humanos, los ideales humanos. Y sobre todos los pueblos pesa la obligación de sostenerlos, de guardarlos, de fomentarlos y acrecentarlos; y en razón del cumplimiento de ese deber merecerán atención, consideración, respeto.

Estados Unidos, en los días de la guerra europea, para romper la neutralidad y ponerse del lado de los aliados, invocó por boca del Presidente Wilson este principio: «asegurar el mundo para la democracia». Y esta frase, este ideal, difundido por todos los ámbitos de la República del Norte y del mundo, repetido en todos los mensajes del primer magistrado, en todos los discursos de los ministros, en todos los artículos de los diarios, penetró en todos los espíritus, como lo observa Sansón y en todas las clases sociales; y el pueblo americano, electrizado a su influjo, fué a la guerra no obstante su amor a la paz y la tradicional tendencia, iniciada por Washington, a no tomar parte en contiendas extrañas. Los que prefieren interpretarlo todo de la peor manera han dicho que la República del Norte quiso asegurar sus créditos y no la democracia, al resolverse a entrar en la guerra europea. Pero, repetimos, interpretar así el espíritu norteamericano, desconociendo su idealismo, es un grave error de psicología.

La América Ibero, si quiere ser el continente del porvenir, debe superar el ideal norteamericano, corrigiendo sus defectos, forjando la nueva raza, dando mayores vuelos al espíritu de libertad, civilizando la naturaleza y las costumbres humanas.

«Fortifiquemos, aconseja Vasconcelos, nuestro presente desorientado e incrédulo, con el propósito firme de una gran misión, claramente concebida, tenazmente perseguida y veremos que del interior de nuestros pueblos comenzarán a manifestarse las fuerzas salvadoras. Un crecimiento sólo se contiene con otro crecimiento. La única manera eficaz de contener el desbordamiento de civilizaciones rivales está en producir otro gran núcleo de actividades fecundas y centrífugas. Sólo así se responde a la ley de la historia, que quiere, no tanto que se respeten tales o cuales convenios de derecho público, sino que el progreso humano se expanda sobre el planeta. Lo mismo en el derecho público que en el privado, el interés humano demanda que la tierra sea de quien la labora y de quien la torna fecunda. Hagamos frente con varonil empeño, a este supremo dictado del progreso y en seguida veremos que nuestras reivindicaciones se tornarán invencibles, puesto que ya no es-

tarán apoyadas en el alegato verbal de derechos que a veces necesitan del papel para no caer en olvido, sino en el derecho dinámico y automotor de una vida que se expande irrefrenable. No más quejas, ni injurias, ni lamentaciones. Lucha tenaz de todos los instantes y una mordaza en los labios hasta el día en que podamos romper el silencio con un grito de triunfo.»

Y si queremos combatir el imperialismo norteamericano, comencemos por hacer la guerra al que tenemos en la propia casa y

llevamos en la propia alma. Si el imperialismo entre naciones es condenable, el despotismo en el seno de una patria exige la máxima condenación. Si aceptamos éste, la lógica pedirá que coonestemos aquél. Aceptando la absorción del individuo en el estado, pasaba Hegel a sostener la absorción del estado débil en el fuerte.

Quito, Ecuador.

Jose Rafael Bustamante

LA LEYENDA DEL GIRASOL

Iporá, hija de un caciqui guaraní, vino al mundo en una aurora estival. La alegría de la tribu fué inmensa. Pero a los pocos días de haber nacido, la niña enfermó y el curandero-brujo dijo:

—En su corazón hay un amor puro por la luz. Y vosotros la habéis tenido a la sombra. Esa es la única causa de su dolencia.

* *

Fue creciendo Iporá, cada día más hermosa. Adoraba el sol, y se dice que podía mirarlo sin deslumbrarse. Sus pupilas tenían un fulgor inconfundible. Y el adivino aseguraba:—No podrá amar a ningún ser humano. Su corazón, todo su corazón, pertenece al sol, su único amante.

* *

Pero he aquí que tubichá, bravo guerrero de una tribu enemiga muy poderosa, vió un día a Iporá y quedó tan locamente enamorado de la joven, que amenazó con emprender una guerra atroz si no le entregaban a la dulce Iporá. Esta, entre lágrimas, confesó a su padre que preferiría la muerte antes de entregarse a un hombre de una tribu enemiga, a quien no podía amar.

Y comenzó la guerra. Dicese que la tribu de Iporá sufrió horriblemente,

y que hora por hora morían hombres, mujeres y niños. Medio agonizante, uno de los últimos guerreros consiguió arreglar un plan para que Iporá huyese durante la noche. Abrazada al cuerpo de su padre, la hermosa india sólo deseaba la muerte. De pronto, alocada, como movida por una fuerza misteriosa, emprendió la fuga, que duró horas y horas. Pero el terco Tubichá persiguió a la fugitiva y la avistó en el preciso momento en que la mañana estival comenzaba a abrir sus ojos de oro...

* *

Ya Tubichá, gracias a su fuerza inexorable, iba a hacer suya a aquella que pertenecía al sol, cuando se realizó el milagro: Iporá desapareció, dejando en su lugar una ligera humareda, verde primero, luego dorada. Y allí mismo brotó la primer planta de girasol, con su enorme flor que—semejante a un bello y extraño rostro—sólo obedece a los mandatos de «Cuarahí» (*), para quien vive y de quien ha tomado la forma.

Montevideo, Uruguay.

Gastón Figueira

(*) «Cuarahí»: palabra guaraní, que significa «sol».

POESÍAS

Versos al Sol Indio

Tu lumbré roja y fuerte que retuesta los paños
 vuelte a alzar en los vientos aquel olor bravío
 de la hoguera fragante donde ardieron maderas perfumadas y nuevas.

Sol indio...!

Mientras tu oro caliente me ciño la diadema
 de americana, evoco la grandiosa presencia
 de tus días primeros en la joven América...

Tú fuiste la Hostia roja
 ofrecida en las manos de una raza potente
 sobre un templo de bosques y un gran altar de rocas
 donde era certidumbre la única fe a un dios fuerte!

Sol llameante, Sol indio!

En tu velo inflamado, un avatar antiguo
 me vió cruzar los bosques de mi salvaje América
 con la ebriedad de azules y verdes y ocrees vivos, en la mirada abierta
 sobre el paisaje inmenso, de árboles y de tierras!

(Todavía mis ojos - hoy sombríos - te llevan
 en un deslumbramiento de colores en fiesta.)
 Tu mismo ardor consume y alumbra mi esperanza
 y siempre has de ser orto en el cielo de mi alma!

Te adoro como en tiempos de la Atlántida india
 ignorante y magnífica como una cordillera
 que no sabe el abismo grandioso de su cima!

Sol indio!

Blasón que nos igualas en nuestras tierras nuevas,
 corona de oro eterno que tan sólo has ceñido
 la frente de las cumbres y la gran cabellera
 de los vientos rebeldes, de los vientos andinos...!

Sol indio!

Padre nuestro que estás en los cielos de América
 y eres savia en las frondas calcinadas y espesas
 y zumo generoso en las frutas maduras que fueron agua fresca
 para la sed de siglos de los Conquistadores,
 flor de sangre y de fuego divinamente abierta
 sobre las tierras vírgenes igual que una promesa;
 llama viva en un trémulo ondular de bandera
 sobre las abanzadas de un Futuro más grande
 que aquel innumerable palpitante de altas olas
 que empujó hacia tus playas espléndidas, las Naves
 con la estrella del Alba imantada en las proas...!

Triunfaremos de toda la sombra, con tu llama exaltada y enérgica.

Sol indio, sol gigante!

Padre nuestro que estás en los cielos de América!

María Alicia Dominguez

Hermanos...

A. Dimitri Ivanovitch

Déjate ya, poeta, de lirismos,
de sentimiento estéril; no cantes al azul!
Canta para que tu verso lleve esperanza
al dolor de la multitud;
para que al ímpetu sonoro del canto,
como los muros de Jericó,
caigan los convencionalismos absurdos
que son murallas de abyección.

Canta por el oprimido,
por el niño, por el hombre, por la mujer;
por cuantos lloran y han llorado
bajo la bota del burgués!

Más no sea tu verso únicamente voz de trompeta;
pon en tu verso la voz de tu corazón;
haz que tu verso cicatrice las heridas del odio
y lleva a los corazones el único remedio de la Humanidad: el
Amor!

Dale a tu verso un sentido profundo,
un impulso cordial y divino;
deja que el hermano indio, el hermano mulato, el hermano chino
sientan que habla por ti la voz del futuro del mundo.

¡Sea tu canción latigazo
que despierte a la muchedumbre dormida;
que en cada palabra de tu verso tiemble,
como el agua hecha gotas en las ramas del árbol,
la Vida!

Hermano filósofo, hermano orador:
no engañéis al pueblo con palabrerías;
¡a qué llenarle la cabeza de dogmas o imágenes
a quien le falta el pan de todos los días!
¡qué fruto dan las conclusiones sutiles
que la mente inculta no puede apreciar,
en tanto que el estómago grita con toda la elocuencia del hambre:
¡Pan!

Hermano soldado: no apoyes al déspota,
vuelve tu fusil contra los tiranos:
pienza, proletario con uniforme,
que los que oprimes por cuenta ajena
son carne de tu carne, hueso de tus huesos,
son tus hermanos!

Despierta de tu sueño, hermano obrero,
lánzate a la conquista de tus derechos;
no con la codicia del perro que busca su hueso,
como el hombre que marcha a la conquista de un mundo nuevo.

¡Maestro, maestro,
sembrador de la simiente de las almas;
tú que llevas en la mano la semilla
que dará los frutos del mañana!

Mira lo que haces con esos niños
que son en tus manos tierra que aguarda:
¡enseñales que son hombres, enseñales que la vida
es una realidad y no una abstracción escolástica!

Hombre que veneras el nombre de Cristo,
conservador que invocas al Dios Todopoderoso:
¿no es El quien te dice:
Amaos los unos a los otros?
¿No fue tu Dios al que crucificaron en Judea
por el amor de todos?
¿No te dijo El que le vieras en el pobre
que tiende la mano, y al que orgulloso
niegas la limosna que te pide,
sin recordar que tu patrimonio
(según lo enseña tu mismo Dios) es apenas
riqueza común que El te pone a administrar para bien de tus
prójimos?

Hombre que gobiernas en nombre del pueblo soberano,
y para quien el pueblo soberano es apenas
corriente que mueve la rueda del molino
que tú aprovechas:
¡acuérdate de que el agua mansa se hace terrible
cuando halla demasiados obstáculos en su carrera!

Poetas, filósofos, oradores, soldados, maestros, obreros:
hombres todos, todos nacidos de mujer, todos hermanos!
Oíd lo que os digo con la vista fija en el futuro
y el corazón lleno de amor para todos los humanos:
¡Hagamos una bandera de todas las banderas!
¡Hagamos un hito gigante de los cantos de destrucción!
¡Tomemos posesión de la tierra en nombre del género humano!
Y gritamos de cara al cielo:
¡Unión! ¡Unión! ¡Unión!

Roque Laurenza

La Canción del Pan

Pan nuestro
de cada jornada, de todo momento.

Pan nuestro formado
de un trigo cretento, sembrado
en surcos de pena y rencor.
Pan nuestro que moja el dolor,
pan nuestro con sangre amasado.

Yo te he visto, lejos de la alegría,
caer entre las bocas lívidas
de los hombres que nunca han el ruego
ni en los ojos el rastro que deja la súplica.
Pan nuestro, comido ante el fuego
del tagurio, en las noches sin fin
en que azota, cual látigo, el viento.

Pan nuestro
de cada jornada, de todo momento.
Eres sangre, eres Vida y Espíritu.
Eres sangre y espíritu nuestro.
Bien haya el que lejos del júbilo
te come y te llama pan único.

Bien haya al que siempre te ha hallado
en su vida, en su mano capaz,
con sangre sagrada mojado.

Pan nuestro que deja brotar el Señor
en surcos de pena y rencor.

Bien haya el que dobla su frente hacia el surco
y te encuentra, y te arranca, y te amasa
y te come llamado único,
porque, oh pan doloroso, oh pan nuestro
de cada jornada y de todo momento:
eres sangre, eres Vida y Espíritu.
Eres sangre y espíritu nuestro.

Germán Pardo García

El Bucy

Tu grandura se aploma con sencillez de monte.
Tu paso es remansado, profundo, fértil, como
un río en la llanura. La paz del horizonte
del campo se echa en tu ojo. Manso como una encina,
a los pájaros cedés, para rama, tu lomo.
Lames tu mansedumbre, suave como la malva.
Tu morro humea al alba, igual que una cocina.
Y oyes como una misa los ruidos del alba . . .

Rumiando, de rodillas sobre las hierbas o entre
los pastos, quizás rezas tu amor sacerdotal:
*Ave, tierra, llena eres de gracia virginal
y maternal. Benditos los frutos de tu vientre.*

Por tu rostro que tiene forma de corazón;
por tus cuernos, par de hoces a tu testa amarrado
en seña; por el yugo, la cruz de tu pasión
fecunda, por el santo madero del arado;
por la reja que brilla sin mancha en su faena,
y por la harina blanca y la gleba morena,
y por el pan del rico y el pan del indigente,
oh esposo de la tierra, por lo puro de toda
labor con que la honramos y nos honramos, mi oda
te corone de espigas y de olivo la frente.

Luis Franco

La Isla de los Ensueños

Una Visita a las Misteriosas Ciudades de Ceylán

La Gloria de un Antiguo Imperio

El día termina ya. El cielo es una vasta cúpula de colores salvajes y la brisa fresca de la noche comienza a abanicar nuestros abrasados rostros. Las montañas, resplandecientes durante todo el día, están ahora de un tranquilo color añil, la selva de un verde obscuro, el lago de un azul sombrío, actualmente iluminado en partes por el resplandor dorado de las primeras estrellas. Las luciérnegas brillan; el chapaleo de los corvejones en el agua se ha hecho más fuerte; las grullas vuelan pesadamente en la melancólica claridad; las ranas han iniciado su coro; suben hasta nosotros extraños sonidos de seres desvelados, y las ropas blancas de la gente que vuelve a su casa por lo alto del sendero, las hace aparecer como fantasmas entre los árboles. No me encuentro recostado en un sillón, en un corredor de la Casa de Descanso, fatigado después de un largo paseo entre las ruinas de la selva.

Ceylán es una isla pequeña. El saber que tiene una larga y heroica historia sorprenderá a la mayoría de la gente. Para ella es un lugar donde se cultiva el té y el caucho, un lugar que perfuman las brisas con un delicioso olor a especias, un lugar donde hay unos pocos colonos blancos y millares de labradores de color; sólo eso y nada más. Eso es, sin embargo, el Ceylán caído de su altura, el Ceylán cuyos heroicos días han pasado. Yo vine para ver el Ceylán de mis ensueños y lo he encontrado. He encontrado las especias criadas en los jardines de Peradeniya y he hundi-do mi cara en ellas. Era como un incienso de ensueños: el perfume de los cargamentos de nuez moscada y clavos de olor, canela y alcanfor, que ya no se embarcan en los mares. En los claros de la selva vi ruinas de grandes palacios, templos y ciudades que tienen fama de haber sido en su época tan populosas como lo es Londres en la actualidad. La más impresionante de todas es Anuradhapura; la más sugestiva para el turista es la moderna Polonnaruwa; la más dramáticamente sorprendente es Segiriya por sus palacios de piedra y sus fortificaciones. La primera, fundada en el año 437 a. de J. C., fue la metrópoli de los cingaleses durante catorce siglos. Todo lo que de ella queda

en la actualidad son los restos rotos de las 6 dagabas (enormes cúpulas formadas por masas sólidas de ladrillo que, vistas desde lejos, parecen colinas entre los árboles, edificadas para guardar alguna reliquia sagrada), pilares curiosamente esculpidos, otros más chicos como piedras de un vasto cementerio abandonado, imágenes de Buda y de los reyes heroicos, primorosas esculturas, altares de flores, escaleras exquisitamente moldeadas y pisos de piedras cinceladas.

Reina una apacible tranquilidad en Anuradhapura. Su poder agresivo, su fuerza de acción o de pensamiento, su lucha por ser grande y gloriosa ha cesado, sin dejar nada en su lugar; sólo queda una dignidad artística y espiritual. Ella se apodera de nuestro cariño como lo hace una anciana de serena belleza. De un lado está el enorme lago, el cual resulta difícil creer que haya sido hecho por la mano del hombre para fines de irrigación, y lo que se ve ahora de la ciudad es una angosta faja de selva, entre cuyos claros se hallan los grupos que aun quedan de los que fueron en un tiempo orgullosos edificios. Hay allí palacios, pero hasta el palacio Brazen con sus mil seiscientos pilares ha sido destruido. Sus cabezas ya no se levantan orgullosas, sino que se agachan respetuosamente. Después de muchos años de vanidad por el poder terrestre, rinden humilde homenaje al espíritu religioso que mora en los monasterios que los rodean. Anuradhapura es un lugar delicioso de campanas amarillas y vibrantes tambores de templos. Es un lugar de peregrinación al margen de este perturbado mundo.

Tan profundamente impresionante es esta ciudad de los muertos y de glorias pasadas, que el árbol llamado Bo, que aun vive allí guardado por muros, portones, contribuciones y sacerdotes—tranquilo, descalzo y discretos caballero— es causa de una apasionada agitación.

Si yo fuera budista no pensaría de este modo, porque el tronco padre de este árbol fue sacado de aquel bajo el cual el Gautama llegó a hacerse Buda. Para el turista occidental es el árbol más antiguo del mundo y ha crecido allí desde el año 264 a. de J. C. Apuntalado y ahorquillado, cercado por muros blanqueados, erguido por plataformas y más plataformas, rodeado de

pequeños altares donde flores moribundas exhalan fuertes perfumes y chorreantes velas emiten olores rancios, se mantiene aún verde, y aparentemente su hoja no falta nunca. Pero es sólo un espectáculo público.

Secreto de las Ciudades de la Selva

A doce kilómetros de ese lugar, pasando por un camino bordeado por la selva, hay, en un cerro, un templo que no hubiera dejado de ver por nada en el mundo. Se sube al cerro por una ancha escalera de piedra de mil ochocientos escalones, y en el trayecto se encuentran grandes tanques de agua, para bañarse, ruinas de monasterios, esculturas hechas en las rocas lisas del cerro o diseminadas entre la selva. Una infinidad de senderos forman un verdadero laberinto, y pasando entre ellos uno ve trabajos sorprendentes de construcción y escultura. Desde lo alto se contempla un vasto anfiteatro de selva que se extiende kilómetros y kilómetros alrededor, con las dagabas de Anuradhapura en el centro, pequeñas colinas y las espléndidas montañas de Kandy, que le forman un dentado cerco. Fue allí, según la historia, donde el piadoso hijo de Asoka desembarcó de la India, y encontrando milagrosamente al rey de Ceylán, lo convirtió al budismo. Allí se encuentra la caba de piedra donde el santo durmió y la plataforma donde se dedicaba a la contemplación. Todo concuerda con ello: el agradable frescor, el espacio, la distancia, la tranquilidad, la roca montañosa. Si semejante cosa ha sucedido alguna vez, tiene que haber sido allí. Existen lugares donde el alma de una religión que ha sido corrompida permanece en su eterna pureza, y éste es uno de ellos.

Polonnaruwa es más favorecida por los turistas. Las ruinas no están tan "arruinadas", datando las más importantes sólo del siglo XII. Son ciertamente más ornamentadas, pero la selva inspiradora no es menos atrayente: una de las mejores casas de descanso de la isla se encuentra allí. Su arquitectura es impura y recuerda tiempos más relajados, más decadentes. La diferencia entre la antigua capital y la nueva es igual a la que existe entre una pura romanza y una orgía de jazz. Sin embargo, la mirada y las manos de los que hicieron esos edificios eran expertos, y los templos siguen siendo un encanto para la vista. Nuevamente se ve un gran claro en la selva lleno de ruinas de palacios y de templos. Entre sus fantasmas hay demonios y, sin embargo, cuando entre las sombras de la noche se cruza un chacal en el camino o una serpiente hace crujir el pasto, uno no se turba. Son los seres que sobreviven de la

segunda y última gran capital de los reyes de Ceylán. La historia de Ceylán recuerda prohibidos "lugares malditos", siendo uno de los peores aquel en que un impaciente hijo del rey, nacido de una madre de clase baja, mató bárbaramente a su padre para obtener el trono. Eso sucedió a mediados del siglo quinto. En medio de la selva se levanta una enorme roca negra de unos 120 metros de alto, tallada en forma de un monstruoso sarcófago. Allí se dirigió el parricida, hizo grandes galerías a su alrededor, construyó contra su muro un león gigantesco, entre cuyas garras suhía hasta su cúspide, hizo edificar grandes palacios en su cumbre, plantó jardines e instaló unos tanques. Allí vivió con gran pompa el pecador, apostó sus centinelas y durante años esperó su condena, tratando mientras tanto de obtener crédito a fuerza de caridad. Hay lugares que parecen haber dejado de ser cosas para transformarse en espíritu. Al acercarse a esa roca uno siente un temor y un respeto como si el Estigio se interpusiera entre ella y uno, y perteneciera al mundo de las sombras que vagan alrededor con una eterna maldición pesando sobre ellas.

Peregrinos vestidos de blanco van a estos lugares y encuentran en ellos algo que desca el corazón de todos los hombres. Pero cuando se alejan y reina de nuevo el silencio, las criaturas de la selva vuelven al lugar donde hasta entonces eran los únicos dueños.

Una noche vi una procesión que se dirigía con tambores y antorchas hacia un templo restaurado. La noche se despertó ante sus gritos; sus llamaradas subían entre los árboles, globos luminosos flotaban en la obscuridad y caían en cascadas de estrellas. Una hora más tarde todo había pasado y al volver a nuestras casas la selva se despertó, lamentosos exigían otros lamentos y los gemidos respondían a otros gemidos. Entonces la placida luna apareció entre los árboles y en un murmullo más suave que la brisa de la noche nos consoló, recordándonos que en la muerte y las ruinas hay también luz y belleza.

El Gran Misterio del Diente de Buda

Evidentemente pasaba algo en Kandy. Cuando alcanzamos a ver el Mercado Cuadrado, éste era una masa de cabezas negras y brillantes, y cuerpos vestidos de blanco que se movían lentamente hacia afuera y hacia adentro, salpicados por los colores más alegres de sus chales y sus sacos, y con unas pocas sombrillas negras para resguardarse de los rayos de un fuerte sol de mediodía. Insinué mi sospecha

de que había una peregrinación al templo del diente, y haciendo averiguaciones me encontré con que era cierto. El sagrado diente está expuesto y miles de peregrinos habían venido a ganar virtudes por el solo hecho de mirarlo y hacer acto de reverencia ante él.

El buen budista vive en eterna peregrinación en busca de la virtud que lo liberará de las garras del materialismo y lo introducirá en la bienaventuranza de lo universal y de lo eterno.

Buda le indicó el camino. Siguiendo la huella de sus pasos se encontrará la emancipación. Debajo de su sagrado árbol Bo, el Buda enseñó; en esta piedra está marcada su huella, en esa montaña vivieron sus discípulos, en este templo hay alguna reliquia—un pelo de su cabeza, un fragmento de hueso, un diente, algo,— y el hombre en busca de absolución jura que irá y se acercará a la infinita existencia donde únicamente se halla la paz. El hombre ahorra sus cobres, sus monedas de níquel y sus billetes y tal vez un día emprenda la marcha con su mujer y sus hijos. En su camino, encuentra muchos ríos tributa-rios que siguen todos la misma dirección. Se acerca a apiñadas procesiones, que esperan pacientemente, tal vez durante varios días, hasta que consigne escurrirse cortésmente, como buen caballero que es, y meterse en alguna embarración, o sigue penosamente su camino a pie, gozoso, profiriendo "salves" al dueño de su corazón, en compañía de otros; por fin llega al final de su jornada. Así lo vimos en Kandy, la más sagrada de sus peregrinaciones.

En Kandy, guardado dentro de sus siete tabernáculos dorados y llenos de pedrerías, que están uno dentro del otro, se encuentra el diente del Maestro, cuya sola vista llena al peregrino de un éxtasis sagrado. El crítico ateo ríe de su ingenuidad y llama a su diente un fraude. La historia es la siguiente: Cuando se quemó el cuerpo de Buda, uno de sus dientes fué enviado a un rey indio y guardado como una reliquia. Cuando la caída de su reino éste fué llevado a Ceylán, oculto entre el pelo de una princesa, y después de muchos años y aventuras cayó en las manos de un portugués. El arzobispo católico de Goa, perseguidor de las supersticiones y poco paciente con los absurdos concepciones a las reliquias y a su culto, hizo que se deshiciera en pedazos, se quemara públicamente y fuera a rojalo al río. Pero era sólo el diente de un mono, dicen algunos devotos budistas, el que fué destruido de esta suerte; otros, de mayor fe, dicen que sus cenizas se juntaron den-

tro de una flor de lotus, que apareció milagrosamente en medio de la corriente, y tomando de nuevo la forma de un diente se dirigió otra vez a Ceylán, donde ahora se encuentra bajo la guardia de los monjes de Dalada Maligawa, en el Templo del Diente de Kandy.

Durante muchas generaciones lo guardaron lejos de las miradas de todos, exceptuando los fieles, devotos y poderosos reyes, pero ahora han renunciado a su celosa guardia y yo le he visto. El principal guardián del templo—que guarda la maciza llave de oro de la capilla y del tesoro—es amigo mío. Miles de peregrinos se dirigían allí y nos reunimos a ellos. Los encerraban en especie de corrales, y con una admirable paciencia y cortesía esperaban su turno, trasladándolos de un cercado a otro más cerca de la meta, adelantando así por etapas. De cuando en cuando levantaban sus voces en un lamento: "¡Sahdu! ¡Sa-a-ahdu! ¡Sa-a-ahdu! ¡Sa-a-ahdu!". Ellos llenan las calles, los pasajes, los atrios. Obstruyen la escalera y ninguna empuja ni incomoda. Media docena de personas esperando un ómnibus de Londres hubiéramos necesitado más que ellos la intervención de un agente de policía.

Nosotros entramos por el palacio de las reales damas de Kandy, por la antigua Sala de Audiencias, con sus hermosos pilares, pero de no siempre agradable memoria (porque los reyes de Kandy solían a veces ser crueles); por patios en los que el aire se hacía cada vez más pesado, con el olor de las velas y el perfume de las flores del templo. Subimos una pequeña escalera, oyendo a medida que abanzábamos un murmullo de respeto cada vez más fuerte, y por fin cruzamos el umbral de la capilla donde se podía ver la reliquia.

Mi amigo, con los vistosos adornos de un jefe hindiano, nos recibió. Sobre su cabeza tenía un sombrero dorado con cuatro puntas, que brillaba con las luces. Su chaqueta estaba cargada de oro; bordados y joyas de inapreciable valor adornaban su persona, y en su amplio cinturón sostenía puñales y otros objetos que relucían bajo la luz de las lámparas eléctricas. La parte inferior de su persona estaba cubierta con amplios pantalones, que terminaban en los tobillos con preciosos adornos. Resultaba una combinación ideal de valiente, genial y fantástico. Su cordial apretón de manos y su agradable sonrisa que no nos dejó duda alguna sobre su buena acogida, y hablando en perfecto inglés nos condujo a nuestro rincón privilegiado.

El aire era opresivamente caliente y cargado de perfumes. En realidad, el olor

era intolerable. La capilla tendría unos ocho metros cuadrados y hallábase alumbrada por lámparas eléctricas. Desplagado sobre ella había un dosel todo bordado de oro. El centro estaba cercado con una baranda, y por donde pasaba la doble fila de gente había unas mesas largas y angostas, en las que se encontraban unas grandes bandejas redondas, llenas de pequeñas monedas, casi exclusivamente de cobre, ofrenda de los peregrinos. En el estrecho espacio que quedaba en el centro se hallaban cuatro sacerdotes vestidos de amarillo, con la cabeza y la cara afeitadas y la piel de un color marrón claro como el del cobre bruñido. Ellos guardaban una pequeña urna de cristal colocada a un lado, que contenía el Diente, mantenido en alto por un alambre de oro que se levantaba como un delgado estambre en medio de una flor de lotus dorada. Tres sacerdotes sosteniendo una flor blanca de templo, atada a un largo tallo golpeaban dulcemente la urna de cristal y dirigían las miradas y el pensamiento de la apiñada muchedumbre hacia la reliquia.

El recuerdo de esa emocionante escena, del aire perfumado, del insufrible calor, del perfecto orden y de ese sincero respeto no se borraría nunca de mi memoria. "Despacio, despacio", murmuraban los guardianes cuando empujaban la corriente humana. Los tambores del templo vibraron y la quejumbrosa música en tono menor, cantaba por voces agudas, cortó la solemnidad con una nota salvaje. "Sa-adhu! Sa-a-adhu!",

se oyó en la escalera a través de los ocultos portales.

Aquí se veía una jovencuela, que aparentemente iba sola, tocando su frente con el revés de las manos, con ojos grandes y relucientes como piedras preciosas, con su cara iluminada por una luz mística, dejando caer su pequeño cobre en el montón y pasando luego de nuevo hacia el mundo, levantando su cabeza y mirando hacia atrás para echar una última mirada al sagrado lugar. Allí había una anciana con su pelo gris y su piel toda arrugada, buscando su ofrenda, encontrándola por fin anudada en un trapo y, demasiado agitada para poderlo deshacer, emplear sus dientes en ello, y pasar luego como una persona que ha logrado la gran sabiduría, lista para acostarse y esperar el último llamamiento. Así pasaban ellos, jóvenes y viejos, la que se tambalea y la que se pavonea; mujeres con una fila de hijos y hombres seguidos por sus familias, pero casi ninguna cara que no estuviera iluminada por la devoción, casi ninguna figura que no demostrara respeto. Esa cosa torcida, de un gris azulado que se encuentra rodeada de oro en el estambre de oro, puede ser un fraude de los sacerdotes. Pero es el símbolo mágico de la fe. El significa algo para el corazón de millares de personas que entreabren las cortinas del cielo gracias a ella.

Ramsay Macdonald

Hoy día se impone la necesidad de conservar la tonicidad nerviosa

El **BROMURAL** Knoll calma los nervios, refrena la excitación y la inquietud interna y proporciona un sueño sano, profundo y reparador. Tubitos de 20 o 10 tabletes.



KNOLL A-G., LÜDWIGSHAFEN del Rhin (Alemania).

DIALOGO CON DON JUAN

Desde el dintel de una vigilia de oro, con los ojos limpios, yo veo a Don Juan Montalvo, como debía ser el hombre entre los hombres. No de su barro hablo, ni de su vida finita, ni de su humanidad taciturna y bárbara. Pienso en El. En un Juan Montalvo ingrátido, intemporal, emancipado de sí mismo. En un Juan Montalvo nuestro, en un Juan Montalvo incorporado ya a la América india de los tablados pretoriana. En un Juan Montalvo que hace vuestro alma de una rebelión, signo entre los signos, avatar entre los avatares de una democracia mestiza y eternamente endomiugada, pintoresca y resolante.

Porque Don Juan que es para Hispania el extracto quijotesco y melodramático de un héroe fanfarrón que vive una historia de amor, para América Hispana es algo más que el protagonista de los escarceos eróticos y de la fabla hinchada. Es el revolucionario infernal de la palabra escrita, de esa palabra que cae como pentecostés ignipotente sobre la cabeza de tanto sancho vulgar y de tanto tartarín político.

La rabia de Don Juan Amerindo supera con muchos costos al delirio romántico del Don Juan hispano.

Ese diablo de versificanti: que se llamó José Zorrilla arrancó las partículas peores del Cid y de Don Quijote para modelar su Don Juan chapitón y declamatorio. El mestizaje hispanoamericano, por obra de espontaneidad, hizo de sí mismo una combinación sutil. Frente al cacique que lleva la vara tropical en su mano y que vapulea porque y cuando no puede ser vapuleado, ese mestizaje crea al furioso desfacedor que si no tiene fuerza de bayonetas, que en apretado bosque, impongan su señorío, es millonario de genio, rudo en su conducta, estrado y tiránico para con los demás, pero voluntario servidor de los que con él sufren hambre y sed de justicia, de los menesterosos de la atmósfera de la libertad, de los abatidos por las superioridades y las jerarquías caciquistas. . . . Este Don Juan amerindo es Don Juan Montalvo. Deslindamos toda la maravilla de su flora literaria en donde el sicomoro, el abeto, el cedro, el césped, la yedra y hasta la maleza vinculados están, entremezclados familiarmente, dando frutos netos de antigüedad, de resurrección arcaizante, de retorno a una lengua archifabulosa y condeñada a morir en los labios de los filisteos contemporáneos. La literatura de Don Juan no nos inspira en esta vez.

Es su indomitez, su indomitez oceánica que no conoce esclusas ni diques. Es su

azote vesánico, digno de que Jesús lo use para disipar a los mercaderes de todos los templos. Don Juan amerindo no puede ser otro que el que blande ese látigo y si bien, no saltaron de los templos ni los García Moreno, ni los Ignacios de Veintemilla, el plazo fatal era. El centelleante machete de Faustino Rayo y la obra múltiple de la Restauración que hizo morder a Ignacio los guijarros del suelo, son las consecuencias inexorables.

En el Ecuador se ha pretendido educar a una juventud montalvina, echándole en el semblante, la figura del maravilloso libelista. Y la verdad es que los últimos rescoldos de Juan Montalvo son dos. El uno positivo y dinámico, traducido en la acción; se llama Eloy Alfaro. El otro es su olvido, y es olvido porque no sólo se recuerda al Maestro con la verba ditirámica y la oda mediocre, sino siendo lo que El fué. No por imitación, porque la imitación degrada a los imitantes y profana a los imitados, sino por libre arrebatado, por impulso consustancial, porque Juan Montalvo es un resultado de la alquimia étnica en un laboratorio político y quienes quieren ser lo que El fué, deben ser partícipes de ese producto de las posibilidades de la Raza, si hemos de mantener la norma de las causaciones.

La argamasa mulata de Juan Montalvo acusando está el coeficiente de su rebeldía. Es preciosa la sangre africana cuando se ha diluido en las linfas de una indispensable libertad jurídica y política y mucho más si esa sangre se confunde con sangre española, de la que aprovechará la rudeza celta y la fantasía árabe. Montalvo señala el zodiaco más alto de este enjambre de constelaciones raciales. Es el escritor político que muerde con el diente impar, emmohecido y terrible de su pluma. Su garbo, su egoísmo, su individual erecta, le amparan. Porque sin estos expedientes, Juan Montalvo hubiera sido como la mayoría de los escritores hispanoamericanos, admirables lebreles que decoran ambientes señoriales y extienden la lengua de miel para lamer las manos de cualquier semidiós imbécil.

Es la hora crepuscular del panfeto la que vivimos en nuestra América. ¿Afinación de la cultura literaria acaso? No. Es siempre de suponer que las docilidades no fueron patente de las personalidades superiores. Hablo de la docilidad profesional de ese "venir a menos" por el deliberado renunciamento de "venir a más", que no es más que la conciencia de la propia perfección, el axioma de la ambición bien ponde-

rada. Y entiéndase con claridad: esa conciencia y esa ambición no excluyen la rebeldía ni la jerarquía, ni la disciplina. Apenas las morigeran, las limitan, las pulen.

Montalvo fué un soberano esgrimidor del hacha. Con su epidermis tostada, sus viruelas mirabeauinianas, su donaire de cedro y su cabellera absalónica, diciendo estaba que su espíritu era tonante. «Aíma de Otamendi» le ladraron los réprobos de su persona, quienes sabían que su esbeltez de cuerpo, el matiz de su tez y su andar errabundo ofrecían un blanco para el venablo emponzoñado.

El orgullo hiperbólico de Don Juan no se compadecía con la vida de comunidad. Su furor político se explica por la propia percepción de su yo que era alto como una torre entre sus contemporáneos. La antinomia mayor de la época que vivió Montalvo debió ser la convivencia del hombre extraordinario con hombres que giraban fuera de su temperamento tentacular, con distinta idiosincracia, diversa tendencias. Hay en Montalvo ese aislamiento de la montaña, una en medio de la pampa. Me refiero a los escritores de su época tan distanciados de su tipo atrabiliario, todopoderosamente unipersonal, solo en su soledad, despidado en su exilio frente al mundo.

Ibsen proclama la tesis de que el hombre que está sólo es el más fuerte. La incompatibilidad solitaria y hasta impertinente de Robespierre es un ejemplo excepcional de la aserción ibseniana. Pero Montalvo es otro ejemplo lucido de ella. Montalvo es fuerte porque no se contamina con el ambiente, ni tolera la proximidad de los zafios. Marcha enhiesto, rectilíneo, tremolando en

el firmamento la banderola hecha de llamas de su palabra imperial y profética. Su anátoma está llamado a surtir un astillero de donde saldrán las naves revolucionarias de los mástiles de hierro y el tremendo lenguaje de la pólvora.

Montalvo es el reverso de un hombre gigantesco. Y por ser su reverso, es su complemento. Gabriel García Moreno que cree en su misión providente de legionario y carcelero de Dios en la tierra, es el mismo Montalvo que se jacta de ser el legionario de libertad divina en la tierra. La indumentaria, las adargas y las lanzas son divergentes; pero es idéntico el batallar, una la tenacidad ciclópea, igual la ira sagrada de ambos. Ambos son dos maníacos incurables. Si se examina la escueta literatura de García Moreno frente a la frondosa de Montalvo, se encontrará por igual, un sentido tutelar que las preside. Ambos cultivan su horror a ciertos hombres. Mientras el Hernani sudamericano apostrofa en todas sus piezas, en todos sus actos a los "malvados", Montalvo repudia, crucifica y sepulta a los "tiranos" y esa afinidad en la repulsión se justifica con el epíteto de "malvado" que García Moreno acomoda a Montalvo y con el de "tirano" que éste escupe a aquél.

Montalvo, Don Juan, el inimitado e inimitable, que ha iluminado esta vigilia con sus tizones, ha des aparecido. Y con El —pienso gravemente— se ha esfumado la soberbia liturgia de la rebeldía en mi patria. quede como residuo de este análisis el dolor, y con el dolor, el silencio.

Gonzalo Escudero

Quito, 1929.

LA EDITORIAL ESPAÑA

Acaba de publicar dos libros de un valor considerable para las letras universales

Siete Meses Condenado a Muerte

Por Manuel Menéndez Valdés

Prólogo-envío de Luis Araquistain a Henri Barbusse

De esta obra se ha vendido en Alemania, en dos meses, 500.000 ejemplares.

Sin Novedad en el Frente

Por Erich Maria Remarque

Novela de la Guerra del 14. Su éxito es asombroso. En Alemania se vendieron 800.000 ejemplares en 4 meses; en Inglaterra, 60.000 en 6 semanas, y en Francia 40.000 en 4 semanas.

Pedidos a la EDITORIAL ESPAÑA.—Palacio de la Prensa.—Madrid

LA VOZ

De «Barrabás y otros relatos»

—Sin embargo, yo he matado un hombre....

Cuando lo dijo Fray Dagoberto, temblándole la espesa barba negra, donde la luz de la bujía prendía arabescos polícromos, no pude menos que arrojar las barajas sobre la mesa y soltar el trapo de la risa, estrepitosamente.

Yo había llegado por la tarde, atravesando la montaña y los pantanos, entre aquella densa niebla que asfixia. El guía indio me consolaba en el camino: "No se desespere, mi amo, ya en la otra vuelta tú estarás en la casa. Ahorita mismo, mi amo". Y aquella larga vereda, trenzada como una obra de encaje antiguo, se iba por la espesura adentro, inafigablemente.

Ya anocheciendo me desmonté en la casa de las Misiones, la pobre bestia iba despeada, el polvo y el sudor le chorreaban la piel parda. En el corredor, alumbrado con micheros de aceite, me aguardaban los frailes. El Prior me los fue presentando:—Fray Ermelindo—"Para servir a Dios y a usted".—Fray Froilán....Y allá, el último, apartado, silencioso, flaco y enjuto, con la barba negra arremansada:—Fray Dagoberto, nuestro angel bueno...

Fray Dagoberto, de nombre gótico como una ojiva, era el que se había internado más adentro entre las indias ariscas. Cuando llegó era un mocetón robusto, pero las fiebres, el beriberi, las malas noches, las caminatas interminables, le habían ido royendo las carnes, hasta apretarle la piel sobre los huesos. Ahora estaba muy mal, no podía ir a la ventura de la conversión como los otros, fuertes: así se pasaba el día en la capilla rústica, ante los cristos labrados a destajo en los rudos leños, orando con fervor, como si la vida se le fuese en uno de aquellos átomos de polvo que bailaban una zarabanda loca en el rayo de sol que se colaba por el ventanillo pequeño.

Me hizo sangre, como decimos, me cayó bien. Había en él algo que atraía naturalmente. Me dediqué a buscarle la amistad. En la noche, durante la comida, mientras ardía bajo la mesa boñiga reseca de reses para ahuyentar los zancudos, me le insinué aún más. Después del refectorio ya el hombre era mío.

Resolvimos para hacer la digestión y pasar el rato, entablar una partida de naipes.

El juego era un pretexto para la charla. Hablamos de mil cosas banales y profundas, ligeras y pesadas. Le referí la causa de mi viaje: iba a reunirme con un tío mío que explotaba minas de oro en lo más perdido de aquellas selvas, iba tras la aventura y la fortuna. El me aconsejaba con su larga experiencia, me hablaba de las cosas raras que suceden en la montaña, de los peligros, de las precauciones que hay que guardar.

—En la montaña pasan cosas raras, extrañas, hijo mío. Hay una vida distinta, inédita, impenetrable. Podrás quedarte en ella para siempre sin saber cómo, ni porqué. Podrías también matar. Matar un hombre en la montaña es una cosa fácil, fortuita, a veces irremediable. La montaña siempre es nueva y siempre peligrosa....

—Vaya, Padre, no juegue. Esto de matar hombres ya es asunto de disposición personal. Ya ve, yo hasta ahora no me he entrenado, y de usted, no hay ni que decirlo....

El fraile se quedó largo rato callado, como meditando, como retrocediendo en el recuerdo.

—Sin embargo, yo he matado un hombre....

Fue tan intempestivo, tan inesperado, que la risa me saltó a la garganta.

—Usted....Asesino....Ja ja ja....

Se apagaron los ecos de la carcajada. Fray Dagoberto se agazapaba en su silencio como un felino.

Después con una voz muy lenta, muy pausada, fue diciendo:

—Sí, yo....asesino. Verás hijo. Fué tiempo atrás. Todavía esta casona olía a madera fresca. Era yo joven. La indija de Paragua se había insurreccionado. Destruyeron los plantíos, cegaron las minas, echaron a tierra los crucifijos y dieron muerte a nuestro hermano. El uterio que los catequizaba. Malas cosas hacen los hombres cuando los toma la ira. Entonces nuestro Padre Prior me comisionó para que fuese entre ellos a tornarlos a la paz y al culto. Me dieron por guía al indio José, uno de los más conocidos vaqueanos de todos estos sitios. Para José era la montaña como la casa solariega

de su casta. Salimos antes del amanecer, con el farol sordo, una pistola para defendernos de los animales y las capteras repletas de víveres. A paso ligero nos fuimos internando en la montaña. La montaña amaneciendo, hijo, es imponente; están los árboles levantados y abiertos como candelabros de llamas verdes y hay un gran silencio, pesado, terrible, donde el ruido más pequeño se va agigantando, haciéndose monstruoso, igual que un grito en la nave de una catedral desierta. La montaña está llena de cosas extraordinarias. El indio marchaba delante de mí con un paso ágil, de perro. De tiempo en tiempo un aullido gutural para animarse en el camino. La tierra blanda estaba clavada de huellas: el trébol de las patas del tigre, el saetazo de los cascos del venado, la ancha vereda de la danta. El sol tejió el follaje como con una telaraña luminosa. Se estaba haciendo claro, era claro tenaz que hay en las espesuras hondas.

"Padre, sería bueno de comer, tú cansado y con hambre", me dijo el indio. El sol iba a medio camino. Comimos bajo un tronco fornido, luego hundiendo la cabeza en una fuente clara nos embuchamos de agua. Después, camino adelante, rumiando el paso, le dije: "Oye José, falta mucho?" "Ahorita mismo, mi Padre, tu espera, más allá de la lomita aquella, en andandito más allá, ya estamos".

La lomita aquella era una elevación de árboles que curvaba el horizonte; calculé cinco horas más de marcha, todo sea por el amor de Dios... Anduvimos... anduvimos sobrehumanamente, como bestias de caga, ya casi no podía con mi cuerpo. Tenía ese cansancio seco y rígido que paraliza. Volví a preguntar: "Falta mucho, José?" "Ay, mi amito, el camino está raro, hoy se ha puesto más largo". Ya el cielo se estaba trufando de todos los colores, y, a lo más, media hora después habría oscurecido. Sin embargo seguíamos andando, rudamente. El aire estaba húmedo como en la orilla de un río y se iba haciendo muy opaca la luz entre los árboles. No tienes idea, hijo, de lo que es una caminata de esas en aquella selva inacabable.

De pronto el indio se detuvo, se acercó a mí, y casi como susurrándolo me dijo: "Padre, nos hemos perdido, este no es el camino". Hubo un momento de desesperación, de duda. La noche se nos echaba encima. Entonces José habló con su habla dócil: "No se preocupe, mi Padre, no hay peligro, pasaremos aquí la noche y por la mañana encontraremos el camino bueno".

Resignadamente nos pusimos a recoger chamisas y a cortar ramas, para encender fuego y hacer una mediana techumbre que nos abrigase de la luna y el frío, porque en la montaña la luna es venenosa.

En el silencio crujían las ramas secas al desgajarse...

Sentí un grito y me volví asustado, el grito venía de donde estaba José. Corrí a él con el farol en una mano. Estaba tendido en el suelo, sollozando, mientras se agarraba con ambas manos, una pierna: "Yo me muero, mi amito, me picó una bicha mala".

Aproximé la luz y vi en el músculo dos agujeros pequeñitos que manaban dos hilos delgados y potentes de sangre fluida. "Yo me muero, mi amito", musitaba el indio. En el bosqueje hacía eco la voz y regresaba resonante, áspera, fuerte.

Se me ocurrió en la ansiedad: quité el cristal, y apliqué la llama, suave y lamedora como una lengua, sobre la herida, la carne se chamuscó, oía a cocina bárbara.

— "Ayayay, mi amito, me muero"...

La piel se había tostado y mostraba hendiduras hondas.

Le apliqué una compresa de hojas frescas, dejé el candil en tierra, y me senté junto a él esperando lo que pudiese suceder.

De la garganta le brotaba un mugido bronco, como el de los toros en el degolladero y todo el cuerpo le culebreaba con un calorío terrible.

La pierna se le había puesto monstruosa, era como la pata de un paquidermo. La inflamación corría rápida, tomó el muslo, trepó el abdomen y le llegó a la garganta. Ya no tenía figura humana. Era como uno de esos púeles de caucho que se inflan con aire. Parecía un sapo gigante. La piel se le había puesto negra y espesa, como de reptil.

La voz era suave y suplicante: "Ayayay, mi amito, estoy sufriendo mucho". La palabra era débil, femenina, casi, Dios me perdone, casi voluptuosa.

Estaba informe, la inflamación tocaba a su máxima. Daba asco aquella carne que se expandía, que se dilataba: elástica, blanda. De un momento a otro habría de reventar como una granada.

Yo sentí un desequilibrio, una borrachera. Le veía volar en mil pedazos, en mil pedazos que pegarían en la bóveda del cielo, en mil pedazos que apagarían las estrellas.

Ahora la voz era dulce, muy dulce, almidonada: "Mi amito, ayayay, por Dios, máteme, mi amito, que estoy sufriendo mucho, verdad que lo harás por mí? Máteme, mi

amito". Del fondo de la montaña regresaba hecha grito, alarido, imprecación: "Mátame, mi amito"....

La noche se había llenado del grito, yo me sentía enloquecido. Ah, qué horror... Aquello sonaba a hueco, sordo, como el golpe de un martillo dentro de una caverna.

La piel se le hacía diáfana, ya no podía abarcar la dilatación.

Desesperado, me alejé un poco. Pero la voz venía aullando entre la arboleda gigantesca, pavorosa: "Mi amito... Ayayay..."

Era, como un mareo, como un malestar lo que sentía; como deben sentirse los hombres que han bebido mucho. El rugido me acorralaba.

Me estaba atrayendo el grito como atraen al pájaro los ojos del jaguar: me empujaba hacia él.

"Mátame por el amor de Dios". Allí estaba otra vez, delante de mí, estertoroso, suplicante.

El Señor lo sabe...! No fui yo. Fue algo sobrehumanamente fuerte lo que armó la pistola en mi mano....

"Verdad que lo harás por mí?" la montaña toda rugía preñada del grito.

El grito se apagó subitamente... Ya no se oía la voz....

Venía galopando entre la floresta un gran trueno denso, aullante, pavoroso....

Ya no se oiría más la voz....

Caracas, Venezuela.

Arturo Usler Pietri

PEQUEÑOS POEMAS

INTERROGUE al Misterio, y me respondió:

Que todos los días cambia los cerrojos de sus infinitas puertas!

Desde entonces, fabrico yo todos los días nuevas llaves.

* *

La conciencia infantil es un cielo sin manchas.

¿Por qué, estando el niño tan cerca de ti, buscas afanosamente ese cielo limpio, escudriñando la manción de las estrellas?

Lo que está abajo y cerca de ti no vayas a buscarlo arriba.

* *

No llores, hija mía, le dijo una madre a un pedazo de su corazón.

La hija sonrió para agradecer a su madre.

Pero fué la madre quien después fué a llorar por ella.

* *

En este instante, veo mi propia sombra dibujarse en el muro bajo la copiosa luz del sol.

Al ver mi sombra como una parecía de la noche entrísteciéndome el muro, pienso en lo que sería la plenitud de un día sin sombras...

Pero, me pregunto ¿dónde está ese día caya luz al bañarme no deje aparecer la mancha material de mi cuerpo en la muralla o en el camino?

Una voz interior parece responderme: Que sólo las almas cristalinas dejan pasar la luz sin proyectar la sombra.

* *

Miré el desierto y me espanté: tuve miedo a la larga travesía.

¿Y si me extravió y no encuentro el refugio del oasis? me pregunté.

Un viajero que cien veces había recorrido el desierto en la caravana de los mercaderes, me respondió:

—Tonto! el que no lleva consigo el oasis, nunca logra encontrarlo!

* *

Por todas partes escucho voces dulces y armoniosas, pero la palabra que espero no ha llegado todavía a mi oído.

Mientras los corazones estén cerrados para mí, nadie podrá convencerme de que el enemigo se ha separado del hombre.

Sólo cuando se me llame "hermano", habré comprendido que no estoy solo en la tierra, como un rey destronado y vencido.

Mi enemigo es todo aquel que no sea capaz de amarme.

Manuel Núñez Regueiro

FRAGMENTOS DEL LIBRO "UNIVERSIDAD Y DEMOCRACIA" DEL DR. PALACIOS

(Véase la entrega anterior)

El Panamericanismo. Política imperialista del capitalismo yanqui

EL pacto de fraternidad auspiciado por la Federación Universitaria de Buenos Aires, que hará solidaria a la juventud es la afirmación de la unidad latinoamericana muy distinta del panamericanismo que es el fruto de la política imperialista del capitalismo yanqui y contra la cual ha levantado ya su voz, el grupo Renovación, también de estudiantes universitarios que aspiran a desenvolver una nueva conciencia de los intereses nacionales y continentales, como fase previa de una compenetración política, económica y moral progresiva, que encamine a los pueblos de Hispano-América hacia una confederación, y que repudie toda política financiera que limite la soberanía nacional o comprometa la independencia de los pueblos, y especialmente la contratación de empréstitos que consentan o justifiquen la intervención coercitiva de estados capitalistas extranjeros en la política nacional de América Latina.

No se trata de una alarma sin fundamento.

Un telegrama de Londres, publicado por «La Nación» el 27 de Abril, anunciaba que «The Manchester Guardian», en un interesante artículo se refería a la creciente tendencia de los capitales de Estados Unidos a dominar las Repúblicas latinas.

He leído ese artículo. En él se documenta el panamericanismo de las finanzas yanquis. A los empréstitos sigue el contralor; al capital sigue la bandera: «the flag follows the trade».

Cuba, se lamenta bajo la encomienda Platt, que escrita en la carta fundamental, autoriza la intervención estadounidense.

Haití, fue ocupado por fuerzas militares norteamericanas en 1915. Los yanquis se apoderaron de las aduanas, y por fin se concertó un tratado, en virtud del cual desapareció la libertad de esa pequeña nación.

Santo Domingo, también vio destruida su independencia por los soldados del Norte, so pretexto de que se había violado el artículo 3º del tratado de 1907, por el cual aquél se comprometía a no aumentar la deuda pública sin previo acuerdo de Estados Unidos. Se ocuparon las aduanas y Santo Domingo sigue bajo el control militar y económico del fuerte. En el plan de evacuación de 1922 se reconoce el derecho de intervención a favor de los Estados Unidos.

El Gobierno de Méjico, no obstante ser estable, pacífico y rigurosamente constitucional, no ha sido reconocido, aún, por Estados Unidos (1).

Contestando a los que hablan de falta de garantías, el senador E. F. Ladd, en el Congreso norteamericano, pronunció estas palabras, de encomiable sinceridad: «No es, por cierto, el país que tolera los *lynchamientos* bárbaros que han deshonrado últimamente a Estados Unidos, el que puede criticar a nuestra vecina la República de Méjico. Se ha pedido a Méjico que se comprometa, por medio de un tratado, a dar una interpretación preconcebida al Código fundamental de su país, lo que exceptado por Méjico implicaría su deshonra». El Presidente Obregón ha declarado, y así lo ha hecho saber en el Senado, Mr. Ladd, que no existe el propósito de aplicar retroactivamente el artículo 27 de la Constitución de Querétaro. Ahora, hasta la Corte Suprema de Méjico ha resuelto que esos principios del artículo 27 no son retroactivos.

La verdad es que Estados Unidos quiere apropiarse del petróleo de Méjico. Los depósitos de Tampico parecen inagotables y la hábil política mejicana que sanciona la nacionalización del subsuelo y que establece el fuerte impuesto de exportación, contraría los intereses yanquis. De ahí la presión ejercida durante tanto tiempo por el capitalismo norteamericano para que se realice la intervención.

Guatemala está a punto de empeñar la renta de aduana por un empréstito.

Salvador acaba de ver pasar sus ferrocarriles bajo el contralor yanqui.

Nicaragua es conocida popularmente con el nombre de República de «Brown Brothers», debido al contralor que ejercen estos banqueros. Las aduanas de Nicaragua se encuentran en poder de Estados Unidos. Estos, necesitaban dominar el pequeño país para asegurarse la vía de otro canal.

Costa Rica, es económicamente una colonia de la «United Fruit Company».

Panamá es una república hecha por Estados Unidos. Colombia constituía un obstáculo a la realización del Canal, que tantas ventajas económicas proporcionaría al capitalismo norteamericano. El impúdico Baneau Varilla conversaba un día con Roosevelt.

(1) Esta confesión fue pronunciada el 31 de julio, El 1 de agosto, falleció el Presidente Mr. Harding. El nuevo Presidente, Mr. Coolidge, reconoció al Gobierno de Méjico con fecha 31 de agosto.

Este le dijo: ¿Qué piensa Ud. de lo que puede hacerse para salir del paso en las circunstancias actuales? Señor Presidente,—contestó Bureau Varilla,— ¡una revolución! Y la revolución se hizo, y Panamá fue desmembrada a Colombia, y Estados Unidos se instaló en la zona del Canal, después de reconocer a la nueva República y de firmar con ella un tratado para la construcción de la gran obra pública.

Colombia se halla cada día más, bajo la influencia norteamericana, desde que los yanquis consiguieron la indemnización de 25 millones de dólares, suma que había estado en litigio desde que separó Panamá hasta que se descubrieron yacimientos petrolíferos en Colombia.

En Ecuador aumenta la influencia del capital yanqui.

El Brasil ha recibido una misión naval norteamericana.

Venezuela sufre una dictadura sostenida por Estados Unidos.

Bolivia, a cambio del empréstito de 24 millones de dólares efectuado en 1922, ha aceptado «mientras no se hayan reembolsado los bonos», la supervisión fiscal de tres comisarios, «dos de los cuales serán recomendados por los banqueros, debiendo presidir uno de éstos la comisión». Bolivia atrae las miradas de Estados Unidos. Todo el oriente tiene petróleo y ya la «Standard Oil Company», ha adquirido un millón de hectáreas. Las máquinas y los técnicos han invadido la región que está casi en la frontera argentina.

El gobierno del Perú, con motivo de un empréstito, ha instalado en Lima, como consejero financiero, encargado de la recaudación de las aduanas, a un yanqui recomendado por el Departamento de Estado de Washington.

Sólo Chile, Uruguay y la Argentina reciben capital norteamericano en condiciones independientes y análogas a las del Canadá.

Según «The Manchester Guardian», cuyas informaciones he ampliado con las que recogería personalmente en los países de América que acabo de recorrer, el que observa las corrientes subterráneas de la historia, opinará probablemente que la influencia de esta clase de panamericanismo, será más profunda que la que informan los amables discursos que se han pronunciado en Santiago de Chile.

La tarea de absorción

Estados Unidos realiza una tarea de absorción; tiene una vida espiritual rudimentaria al lado de una enorme fuerza material que desconcierta; no puede ser para nosotros un modelo de democracia; el prejuicio de razas que nosotros desconocemos, es allí fundamental,—a los negros se les repudia y en algunos estados se les lyncha con frecuencia y se les priva del derecho del sufragio. Quiéren resolver el problema por el odio, cuando en otras partes se ha resuelto por el amor.

Tienen aversión por las ideas avanzadas. Los diputados socialistas elegidos por el pueblo son rechazados por las Legislaturas, y la Universidad de Columbia arrojó de su seno a los profesores liberales, que se refugiaron en la Escuela Rande y en el nuevo instituto de investigaciones sociales, en los cuales uno se siente fuera de Estados Unidos. Este país vive siguiendo el ritmo precipitado y vertiginoso de la máquina, tirana de los hombres bajo el régimen capitalista que en Estados Unidos ha llegado a su culminación.

País extraordinario por su riqueza. Minas de hierro y de carbón, ríos que son caminos y fuerza motriz, constituyeron el factor inapreciable para el desenvolvimiento de la industria. El hierro y el carbón que dieron la supremacía industrial a Inglaterra determinaron en Estados Unidos el prodigioso progreso de sus fábricas. Nunca en región alguna de la tierra se vieron los «campos de hierro» del estado de Minnesota. Sólo una capa de «humus» cubría yacimientos colosales de mineral, que no corrían perpendicularmente y hasta lo profundo, como en todas las minas, sino horizontalmente y muy cerca de la superficie.

La revolución industrial causada por la explotación en las minas de hierro, fue uno de los principales factores en el renacimiento de la prosperidad comercial e industrial de Estados Unidos, después del pánico y de la enorme depresión, producida por la crisis de 1893. En ningún país, por otra parte, las combinaciones de empresas capitalistas han tenido mayor influencia ni han ejercido mayor tiranía. Es posible que el estupendo desarrollo del capitalismo yanqui se deba, como lo hace notar Vandervelde, aparte de las circunstancias que he expresado, a que en ese país no han existido los obstáculos que en Europa le opusieron los restos de anteriores estructuras sociales.

América Latina presenta la perspectiva de grandes mercados a la industria y al comercio de Estados Unidos, y ahí está el peligro, porque detrás del comercio va la bandera.

Por razones biológicas y económicas, los Estados Unidos se sienten impulsados a crecer. Y crecen cada día más. La expansión es incesante. Han comprado territorios o los han conquistado. Por conquista se apoderaron de Texas, Nuevo México, Arizona y Alta California. Después de la guerra con España, Estados Unidos se apropia de Puerto Rico y Filipinas, e interviene en Santo Domingo y Haití. Domina hoy en la zona del Canal, donde he visto al yanqui orgulloso y prepotente mirar con gran desdén a la República de Panamá que concluirá siendo absorbida por el coloso.

El Petróleo

Este imperialismo disfrazado de panamericanismo es la consecuencia del capitalismo

yanqui que busca nuevos mercados y que, en lucha con el capital inglés, disputa el petróleo. La intervención en Méjico, llevada a cabo por Wilson, quien no pudo resistir a la política de Walt Street, es la consecuencia de la necesidad de apropiarse del petróleo que constituye hoy el eje alrededor del cual gira toda la política internacional.

Los grandes capitalismo yanqui e inglés se disputan los yacimientos, en una lucha sorda que acaso traiga funestos resultados. Es que los barcos mercantes y los de guerra reemplazan el carbón por el petróleo. El que disponga de más petróleo, que es combustible más liviano y de menor volumen, aumentará su radio de acción y el peso de sus cañones.

Pero las cifras del servicio geológico del Ministerio del Interior de Estados Unidos, prueban que este país agota sus reservas diez y ocho veces más de prisa que el resto del mundo. De ahí que trata de obtener concesiones en el extranjero, y así se entabla la lucha económica entre Estados Unidos e Inglaterra.

Ya no es sólo el petróleo de Méjico. La Standard Oil está a veinte y cinco kilómetros al Norte de la frontera argentina. Y en Salta y en Jujuy, que pertenecen a esta región petrolífera, existe el precioso combustible (1).

No olvidemos que Estados Unidos, por su política conquistadora, separó Panamá de Colombia y que ya se habla de separar Maracaibo de Venezuela, en nombre de la política petrolífera. Por lo menos, la «Standard Oil Company», o sea el «American Oil Trust» quiere el control político de la zona petrolera

de Maracaibo, colindante con los yacimientos de Santander de Colombia.

La Paz armada comprometerá nuestra independencia

El imperialismo yanqui invade a América Latina. Frente a ese peligro, deben ser solidarias las democracias hermanas. Armarnos para pelear en nuestra América sería criminal, porque tendríamos que recurrir a los empréstitos y caeríamos en la bancarrota financiera, siendo así, presas fáciles del capitalismo invasor. Estados Unidos no vendrá hasta nosotros con acorizados ni con ejércitos: vendrá con su política financiera que limita la soberanía nacional o compromete la independencia.

Nunca más oportuno el pacto de solidaridad fraternal auspiciado por la juventud universitaria.

Toda empresa armamentista sería perturbadora. En cambio debemos establecer una vinculación entre los pueblos latino-americanos, creando una nueva conciencia nacional, ennobleciendo, ampliando, superando nuestro patriotismo para hacerlo continental.

Debemos acercarnos, ya que no nos conocemos. He recorrido, sin misión oficial, todos los pueblos de América y en todos encontré una juventud universitaria vibrante que está dispuesta a trabajar por la unión latino-americana y a resistir al imperialismo capitalista del norte.

Perderemos nuestra independencia económica si realizamos la paz armada, para sostener la cual necesitaremos sumas enormes de que carecemos, paz armada que sería absurda, porque entre los pueblos de América no hay enconos ni animosidades.

Alfredo L. Palacios

(1) Cuando se pronunció esta conferencia, la Standard Oil no había llegado, todavía, al Norte Argentino.

ESTUDIOS

Es una valiosa publicación española que antes se publicaba con el nombre de "Generación Consciente". Por curiosidad lea Ud. un número. Luego de terminar su lectura, no le quedará otro deseo que el de adquirir los números publicados y el de pedir una suscripción con la pequeña cantidad de 6,50 pesetas por año.

Dirijase a J. JUAN PASTOR.

Apartado N^o 158.—Valencia, España

Poemas de María Vázquez Espinosa

La muerte de la diáspora escritora aragonesa, Vázquez Espinosa, ha sido muy sentida en los círculos literarios del país. «América» pone un «respon» en su tumba.

To a Water—Lily

ALLA en lo hondo del lago germina una simiente... En vano las aguas día a día en su vaivén y en sus furias arrastran cieno y despojos, y con ellos cubren la pequeña, la humilde simiente. De aquello que debería destruirla, ella extrae elementos de vida para que surja y luego reviente el germen fecundado.

Los días hanse ido lentos, perezosos. ¿Qué pasa allá en lo hondo del lago?—El nuevo germen ¿qué es de él? ¿Cómo salvará los obstáculos que le cierran el paso? Débil es y miserable, y es tanto lo que debe vencer; mas tan grande la fuerza que hacia arriba le impele que al fin aparece victorioso.

Pero el lago implacable, ciego en sus ondulaciones, azota el débil tallo, que flexible se entrega a las corrientes que ora le inclinan como ora le levantan; pero después de cada tormenta el tallo se alarga y sube hacia la luz que ya se refleja en las aguas.

¡Arriba! ¡Arriba!

Lo Tarde

El día se ha ido. El lago se aquieta y sobre las palpitantes aguas flota el oro pálido de la luna. Hora de misterio: los insectos luminosos, mensajeros nocturnos, giran rápidos entre la luz y el agua. Del bosque llegan aromas y rumores, ecos de voces finas, apenas perceptibles: algo emerge de las sombras, perfiles indefinibles, formas raras, de vida extraña y sutil que empieza cuando ya los humanos ojos se han cerrado y el hombre no turba con sus pasiones la tierra.

¡Hora de belleza diáfana y serena!

Lo Noche

En el lago que cansado se ha dormido, flota algo muy blanco... ¿qué es? Del tallo que fija sus raíces en el cieno y que, tras tanto luchar, surgió al fin sobre las aguas, ha brotado una maravillosa flor, lánguida como desfallecida por la penosa ascensión.

Flor de misterio, tienes palidez de luna y transparencias de agua.

Flor ideal, nostálgica de sol y espacios infinitos.

Flor de purificación, triunfadora del cieno y los abismos, traes en tu blancura, reminis-

cias de martirio. Parece que tuvieras un alma, flor tan lejana, tan distinta de tus hermanas de la tierra.

El lago despierta y contempla atónito, casi miedoso, el milagro de belleza que ha surgido de su seno, y con sus robustos brazos, amorosamente trémulos, enlaza y mece conmovido a la desmayada Flor.

¡Hora de belleza, diáfana y purísima!

Como el lago a la Flor, así me llevas tú. ¿Soy la misteriosa simiente que Dios al despedirte puso en mí? Mi imagen estubo ya en tus ojos cuando éstos se abrieron a la luz, y flotó en tus infantiles sueños, y dibujó tu primera sonrisa, aquella que tu madre, entre feliz y envidiosa, trató de descifrar.

Luego después, el mundo eterno surgió ante tus ojos y eclipsó la visión de la patria primera, y con ella mi imagen se alejó.

Y hombre, te lanzaste a la vida y como el lago, en cuya furia arrojaste cieno y despojos sobre la simiente que en el fondo de tu ser germinaba silenciosa.

Amurallada en tus propias entrañas he laborado a través de tres días y tres noches mi dolorosa ascensión. Y nada me detiene, nada puede destruirme: contengo el bien, resumo tu ideal y soy el imposible modelado por tus propios ensueños de arte y de belleza, tras el cual ¡pobre alma! has corrido en vano, sin saber que le retienes prisionero dentro de tu propio ser.

Y del cieno mismo de tu vida, de las lágrimas tuyas, de la tristeza que te dejó el placer, he de alzarme triunfadora, no lo dudes, como la inmaculada Flor del lago.

Roca

Criatura inerte encadenada en impotente ademán de querer arrasar. Atormentadora quietud de vida petrificada. Momento condenado a prolongación indefinida.

Agua

Criatura sutil, fugitiva, que en eterno ir copia sin fijar nuevos y nuevos paisajes. Inquietante espejo que refleja el espectro de nosotros mismos. Agua que, como el humano deseo, corre sin poder huír jamás de sí mismo.

¿ES LA DEMOCRACIA UNA ORGANIZACIÓN POLÍTICA DEFINITIVA?

Quien afirmara que la democracia se reduce únicamente al gobierno del pueblo por el pueblo y que la democracia así entendida es una organización definitiva, última meta, **non plus ultra**, revelaría escasisimo conocimiento del asunto y falta de comprensión histórica.

Basta hojear un libro cualquiera de cosmología para notar que el cosmos es un cambio, una evolución, un desenvolvimiento continuo. De la primera nebulosa en actividad a los astros incandescentes, a los planetas aplacados por el frío del espacio, a nuestros mares con los primeros seres vivos, a los distintos períodos geológicos con sus fauna y flora adecuadas, al hombre, en fin, dotado de inteligencia y responsabilidad, la historia del cosmos es la del cambio, la del avance en calidad, la del apareamiento de cosas nuevas.

Adóptese cualquiera tesis: la del evolucionismo materialista, la del evolucionismo creador o finalista, el hecho del cambio, del avance en calidad, del desenvolvimiento, es innegable.

Por mi parte, veo en el espíritu del hombre una innovación sin precedentes, una creación. Pero en lo humano, la evolución continúa: de la familia a la tribu, a la ciudad, al imperio; del derecho consuetudinario al derecho simbólico, a la ley, al código; de la higiene rudimentaria, supersticiosa, a las vastas organizaciones sanitarias; también en la sociedad todo es cambio, complicación creciente, innovación. El retroceso es transitorio, momentáneo, local. Lo general y permanente es la evolución creadora.

Si se quiere, pues, entender la democracia como gobierno del pueblo por el pueblo, absurdo sería sostener que la democracia sea algo definitivo. Los Estados civilizados desde luego no regresarán permanentemente al absolutismo y a la aristocracia. Los hechos psicológicos, morales, económicos que impelen a los hombres modernos, no permitirán que la generalidad de las gentes civilizadas regresen a la mentalidad política del tiempo de Luis décimo cuarto. Los caprichos aristocráticos de Keyserling no podrán hacer que la historia desde lo ya caminado. Pero tampoco la humanidad va a contentarse con el influjo más o menos eficaz de la opinión pública en el gobierno de las naciones. Ya se comprende: la humanidad continuará su avance. La humanidad no permitirá que la democracia simplemente política ahogue todos sus próximos y legítimos anhelos.

Los que sostienen y defienden la democracia hacen, pues, bien en explicar ampliamente la democracia. Esta no consiste tan sólo en asegurar el influjo de la opinión pública en el gobierno. El llamado gobierno representativo, parlamentario, de opinión, es tan sólo uno de tantos momentos de la democracia, uno de tantos sistemas para realizar el fin de la democracia. Lo esencial es la cuestión del fin: ¿por qué apareció la democracia? ¿cuándo? ¿que finalidad persigue? La democracia apareció cuando la humanidad cayó en cuenta de que el individuo es un valor jurídico inviolable y de que el bienestar del individuo es condición de trabajo, de ciencia, de adelanto en pueblos y naciones. Desde entonces la humanidad trató de organizar la sociedad, de fundar las instituciones necesarias para dar al individuo importancia, influencia, seguridad. El llamado gobierno del pueblo por el pueblo es uno de los modos, de las formas de la democracia; pero el gobierno representativo y de opinión no es toda la democracia; no agota la democracia. La democracia principió oyendo al pueblo en las asambleas públicas, después organizó el gobierno representativo, a poco acogió el régimen parlamentario, continuó luego estableciendo equilibrios y separando poderes, promulgó en seguida leyes constitucionales especiales, más tarde triunfó el sufragio universal y el **referendum** y el **recall** ¿Ha terminado la democracia su obra? No: separa la administración de la política, crea la descentralización de los servicios públicos ¿Ha terminado la democracia, se ha extinguido su energía? No: el fin que la democracia se propone le obliga a un desenvolvimiento continuo. Como Jaures lo enseñó, la democracia se extiende a lo social, a lo económico, a lo pedagógico, y trata de que se haga justicia al trabajador, de dar organización al sindicalismo, de crear la escuela única, que no consiste, desde luego, en el monopolio de la enseñanza. No hay, por tanto, razón en compadecer por su honrada ingenuidad a los defensores de la democracia, si éstos sitúan bien en la historia el movimiento democrático y si entienden la democracia debilmente; si no ponen su esencia en una de las formas democráticas. Tal vez, los gobiernos desaparecerán y desaparecerá con ellos la forma democrática actual de gobierno; pero la democracia — entendida hondamente, en sus fines y propósitos éticos — no desaparecerá, y el sindicalismo para quedar or-

ganizado y agotarse necesitará de muchos años y de muchos períodos históricos.

No obstante de Keyserling y sin brillar por la ingenuidad y el candor, se puede mantener el valor de la democracia, la justicia de la democracia, el triunfo en la historia de la democracia. Contra algún capricho o algunos refinamientos del Conde de Keyserling, puede citarse opiniones de especialistas en ciencia política, verdaderos constructores en este ramo como Guy-Grand, Walther Rathenau.

El cosmos evoluciona, la sociedad evoluciona, todo lo relativo evoluciona; la democracia tiene que evolucionar precisamente para vivir, para durar. El ser, el sistema

que no se desenvuelven, sucumben. Según el gran cardenal Neuman, el desenvolvimiento es condición de lo creado, de lo relativo. La democracia tiene para muchos años, acaso para muchos siglos: la democracia ha utilizado del liberalismo, está utilizando del socialismo reformista, utilizará del cooperativismo, del sindicalismo y continuará indefinidamente su esfuerzo; porque siempre habrá que defender, garantizar, ayudar al individuo, reconocido como el mayor valor jurídico, sometido sólo a los valores morales.

J. M. Velasco Ibarra

LA
ACIDEZ
*es el peor enemigo
de los niños*



LA única manera segura e inofensiva de modificar la leche de vaca y los alimentos artificiales para evitarle al niño cólicos, vómitos, estreñimiento, etc., es agregarle al biberón una cucharadita del

célebre producto "Phillips"

LECHE DE MAGNESIA

El antiácido por excelencia, de fama universal. Usada por las madres y prescrita por los médicos desde hace más de cincuenta años.

Indispensable en los hogares porque es, también, el remedio más suave y eficaz para indigestión, biliosidad, agrieras, eructos y acidez del estómago.

¡Pero fíjese en el nombre "Phillips", porque si no es Phillips, no es Leche de Magnesias!

HUMBERTO FIERRO

Acaba de morir, en una tarde de agosto, el admirado poeta Fierro "América", que le contaba entre sus mejores amigos, está de duelo.

I

Y A, en la columna trunca que pidió César E. Arroyo para los malogrados escribiríamos otro nombre, el de Humberto Fierro, caído en el sendero de los ramos agraces, quizás con una bella canción que se fijaría en el libro por venir.

En aquella piedra tumbal, el cronista que en sus últimas páginas evocó con la temblorosa voz del recuerdo, la memoria de los poetas muertos en plena juventud, quizo que se quedara sobre todo la forma de ese anhelo ascendente truncado en uno de sus giros, como la columna que es símbolo de la aspiración del espíritu, camino inquieto.

¡Los malogrados! El cronista que vive en la Costa Azul de Francia mecendo su ensueño que le hace mostrarse tan sincero en sus artículos trabajados con gracia de artífice, tal vez advirtió, entre las luces del presentimiento, esa figura casi alejada de Humberto Fierro, el cultivador de la zona del silencio, cargada de imágenes internas, de finas adivinaciones líricas, de rotundo desprendimiento de las cosas exteriores. Quizá pretendería escribir, con el lápiz que anticipa signos extraños, otro nombre en su poema luctuoso. Marco de yedra para las iniciales sobrias del cantor en el valle que había encendido nueva lamparilla que alumbró su interrumpida volada palatina.

II

En una Antología de Modernos Poetas Ecuatorianos, arreglada hace pocos años, Humberto Fierro figuraba en un capítulo destacado, en el de "los renovadores", al lado de Arturo Borja y Ernesto Noboa Cuamaño. No somos amigos del casillero y de las clasificaciones, pero hemos de confesar que, por las circunstancias especiales de su obra y por los caracteres de su revelación poética, ningún lugar era más apropiado para Humberto Fierro que aquel en que le consideró esa Antología, colocándolo en ese grupo renovador cuyas voces comenzaron a escucharse por los años 10 y 11 y fueron reunidas en una revista selecta, de espontáneas labores artísticas, versos de factura moderna y crítica libre, "Letras", el mensuario de Isaac J. Barrera.

Borja, Noboa y Fierro, formaron una trilogía singular, acertando en la expresión de los sentimientos que, en ese tiempo, eran los de vanguardia: concepto simbolista, palabras

inofdas, ritmo ágil como el de la música de Darío, nebulosidad amada por los poetas franceses, relaciones inadvertidas entre los tenues brochazos del paisaje y los estados del alma.

Entre estos poetas cuya obra es digna de ser leída y gustada, la de Humberto Fierro es la que reúne, para nuestro particular aprecio, las mejores excelencias.

Hay ciertos puntos de contacto entre los poemas de Ernesto Noboa y los de Arturo Borja. Ambos buscan para los contrastes de sus preciosos cuadros anímicos, los fulgores de primavera y las fuentes otoñales en cuyas aguas quietas han caído las hojas amarillas.

Ambos se muestran amigos de las rimas de la ausencia y en el soneto acabado mezclan en feliz consorcio, la bullente savia de los amores y el grito de los falaces placeres.

La misma Antología a que nos hemos referido anota esta hermandad de los dos poetas citados: "Extraña similitud la de este poeta (digo de Noboa Cuamaño) con el lírico de "La Flauta de Onix". Hermanos en la atormentado de su temperamento, ambos son amantes de intimidades y de dolientes interiores".

Humberto Fierro aparece con otros rasgos personales y característicos. Su verso, lavado en el agua simbolista, es prisma que refleja las figuras de la época, pero se viste de nuevos colores. En él únense para formar una vida lírica distinta, el sentimiento que no se traduce en lamentaciones y una como amable memoria de los libros, de la mitología, de los cuentos, algo que es remembranza de horas antiguas y que adquiere sabor actual en los instantes que el poeta los hace suyos. Fugacidad y amor que se dijera perdurable, alterno goce, (tañón y ayer que suspiró el Pauvre Lelán), espíritu "muy antiguo y muy moderno", especialísimo sentido que dijéramos acuménico, son las cualidades que siempre nos han instado a buscar la obra poética de Humberto Fierro, que no se olvida tal vez porque en su raíz hay una ligera frescura de abono filosófico, en su rama la figura siempre tersa y distinta de una concepción clara y en su flor, aparte de un tono que no exalta, que no es encendido ni pálido, la originalidad de una esencia que trae, para nuestro camino por los huertos líricos, aroma suave, como fuera el de una soñrisa que sabe y perdona, que dispersó por muchos

lugares su menuda alegría de la tarde, pero que al fin no fue prisionera de ninguno de ellos.

Quizá se pueda señalar en su obra alguna similitud con la del gran poeta peruano autor de "Simbólicas" y "La Canción de las Figuras". Como en él, su pensamiento líbrisco recuerda en notas poéticas de una apretada síntesis, y casi siempre el contorno de su recuerdo corresponde a un instante con el que coincide la remembranza. Aliviadora cantilena que han podido concedernos a los amigos del verso, sólo José María Eguren en el Perú y nuestro Humberto Fierro en el Ecuador. Hicieron de los libros florecillas de poema y nos contaron de sus lecturas sólo en pocas líneas amenas y musicales.

La fugacidad, que es cuerda preciada en la lira de Machado, tuvo también Humberto Fierro para las notas de su laúd. Leamos cualquiera de sus poemas y allí, entre las estrofas que nos parezcan de voces más firmes, entre los símiles que se graben más hondamente en nuestra sensibilidad, para que la gustosa lectura se complete con la inquietud y el asombro que es el aguijón espontáneo de los versos, hallaremos un color de fugacidad, un acento de fugacidad, una de aquellas fugas que, en los divinos juegos de la poesía sirven para que no consideremos al verso como un todo acabado, con forma regular y lógica dura, como una teoría de filósofo o una hipótesis de científico, sino como una obra de poeta.

He aquí lo que nosotros llamamos una fuga de Humberto Fierro y que firmaría Antonio Machado: "...sueños confusos—saudades hondas,—se vuelven nuevas—los buenos siempre.—¡Ay nuestras cosas.—Ay la tristeza—de los setiembre!"

III

Humberto Fierro publicó, en 1919, el primero y único libro que haya visto la luz en su vida: "El Laúd en el Valle". Libro de amor y de música, en el que desde las violetas, de su propia pluma, nos dicen de un esmero metódico, sonriente, y sin embargo, también de un desprendimiento, de un desapego, de un desdén casi humilde, como el que reparte, en su ligero saludo, el que no vive en las calles, como lo quería Juan Ramón Jiménez, sino que se busca en el retraimiento para escucharse mejor.

En la carta pulida de "El Laúd en el Valle", Fierro ya nos lo había advertido de que venía su obra: "De haber amado un tanto de la vida y el detalle..." Así son los poemas de laúd que suena en un quieto cauce. Releeríamos el pequeño y florido volumen en nuestro empeño de citar. No lograríamos elegir el más iluminado de sus recuadros de libros, ni la más evocadora de sus simbólicas. Estaríamos una hora larga siguiéndole en sus fugacidades.

Con todo, abriendo al azar su librito, leamos "Las Copas del Estío", mutación de alegrías y tristezas entre los amantes, cambio de sentidos, maravilla de simbolismo y de fugacidad; el "Romance de Cáceres" y "Ojival", cuadros propios con un marco discretísimo de recuerdos de lecturas; "La Náyade", acierto de un desencanto que no llora. "Los Niños", de magnífica frescura; "Dilucidaciones", de tristeza irredenta, cuando "en cualquiera senda nos pesa el corazón..."; relaciones admirables como en "Tu cabellera": "Tu cabellera tiene más años que mi pena—pero que sus ondas negras aún no han hecho espuma!..."

Tenía un libro listo para entregar al editor: "Velada Palatina". Algunas de sus páginas cedió el poeta para las revistas literarias del país, como "Ecuatorial" y "América". Una gracia que era su distintivo, la de hablar la forma del romance, se había concretado con muy buen suceso en sus poemas de acordes épicos: los laureos que entretendió para Bolívar y los héroes de nuestra independencia.

Pero junto a ese verso varonil y de metal heroico, afinábase extraordinariamente el madrigal: versos, estrofas hay de su "Velada Palatina" que vivirán perpetuamente en las antologías.

Escribía también cuentos y notas literarias que no llegó a publicar jamás. Sobre su mesa de trabajo ha quedado el canutero con el que manchaba las últimas cuartillas.

IV

Entre todos los poemas de Humberto Fierro, hay uno que por sus excepcionales advertencias y presentimientos hemos releído ahora, fijando nuestra atención en las estrofas que dicen de la brevedad de la vida, de la marchitez de las flores que no verán dos veces la luz de los días, risueños y de la ruta de nuestros sueños que serán mañana tal vez preteridos y olvidados y de nuestros libros que acaso no serán hojeados después por las manos galantes y de las cenizas de nuestra ilusión que no conservará ninguna alma simpática, guardándolas en una "copa etrusca".

Allí el pensamiento de Humberto Fierro revuela, otra vez, en torno de sus lecturas y para referirse a lo poco que en la existencia dejará la estela de un espíritu, piensa que "el tiempo destruye las maravillas todas", que así cayeron la tumba de Mausolo y el Coloso de Rodas y que, como expresó Virgilio, también perecieron "hasta las mismas ruinas".

Oigamos la voz de este poeta selecto y desencantado:

"Cuando ya para siempre durmamos en el lecho nos cantará algún pífaño, nos cantará algún sistro bajo un poético ciprés?"

(Qué somos, pues, delante de las eternidades, qué queda de nosotros, de nuestras vanidades, sombras de Eclesiastes!)"

Augusto Arias

Poesías de Humberto Fierro

ORO

Oh tierra americana, cuando a las carabelas
 Seguían los delfines flotando en las estelas,
 Chocando alegres sus copófonos azules
 Por nuestros Eldorados y las remotas Thules;
 O cuando los indianos vestidos de esplendores
 Viendo mascar el hierro
 Dan oro a los caballos de los Conquistadores;
 Y cuando Hernán quemaba las naos españolas
 Quedando separado del mundo por las olas! ...
 Oh tierra del futuro
 Y de astros más brillantes que los de Palinuro;
 Tierra de maravilla, cuando el clarín del alba
 Arrojava a los sueños de la campiña malva
 Y sobre una columna rota, de similor,
 Yo platiqué en las ruinas con el Nabab Dolor! ...

Con todo, hay un encanto en ver los nuevos soles
 Por los queridos campos floridos de albohales ...

Ojival

Asomada a la ojiva de su mansión de piedra
 Parece la intangible que el trovador soñó.
 Gacela de ojos húmedos no tiene más ternura,
 Ni el alba de la vida se sonrosó más pura
 Que al animar la nieve de aquella Salambó.

Pero el rastrillo no se levanta
 Ni la escalera baja a los suelos,
 Donde se apagan los ritornelos
 Como una antorcha bajo el alud.
 Y por la senda que los rosales
 Llenan de sangre y oro los lises,
 Los trovadores de otros países
 Pasan en vano con su laúd.

Era la Prometida de un príncipe Cruzado
 Que lejos perseguía la ruta del placer.
 Y en su país de luz como Julia Colonna
 Vivía entre azahúres, tejiendo una corona
 Que dar al elegido romántico de ayer.

Mas sus pupilas de aguas marinas
 Que dilataba de las almenas
 No distinguían sino las penas
 Como los curvos negros de Odín;
 Y al fin, la Muerte besó su frente,
 Besó sus ojos, su tez de Luna,
 Y entregó el alma fragante en una
 Melancolía de flor del Rhin...

La Casa de las Flores

En el jardín crecían la menta y la caléndula,
 El aire embalsamado mecía la oropéndola
 Y un Cupido de mármol su ánfora vertía
 Llenando entre las rosas un baño de Tiquía.
 Recuerdo algunas veces que entre los linos glaucos
 Yo iba a la glorietta perdida entre los saucos,
 Con un libro de Wilde ó alguno byroniano
 Hecho para gustar a un lírico Silvano,
 Y en su almírez de bronce quemaba el Occidente
 La mira de los sueños, melancólicamente.

Gocé como un nictálope del poema nocturno
 Y del placer divino de estar me taciturno;
 Pero al fin, un mal día se vino el Descontento,
 Ajó las flores buenas; sembró las del tormento;
 Holló las frezas de fulgores de rubíes,
 Río de mis secretos como las zahories! ...
 Y de un sutil veneno
 Todas mis alegrías se mustian como el heno.

Los Alquimistas

En un siglo apartado se quería
 Trocar en oro puro los metales
 Así como el poeta en sus males
 Trasmuta en oro de melancolía.

Averroes guardó la luz de un día
 Enterrada con ánimos iguales,
 Y hubo los alquimistas orientales
 Y magos de más gusto y fantasía.

Así, amigos, si el mundo nos da pena
 Podemos justamente sonreírnos
 De una cábala tal que nos asombra.

La vida sólo es una cadena
 De experiencias triviales hasta hundirnos
 En el laboratorio de la Sombra...

RAMON FERNANDEZ

En volanderos artículos de la prensa diaria dí a conocer en el Ecuador el nombre de Ramón Fernández y me esmeté en presentar uno siquiera de los aspectos de su personalidad literaria. Fernández es francés de nacimiento, de ascendencia mejicana; y uno de los más grandes críticos y fuertes pensadores contemporáneos. No llega aún a los treinta años, se halla influenciado por el espíritu de la postguerra y, lejos de todo enervamiento, pertenece a esa parte de la generación actual que opone la acción al sentimiento, el poder resuelto de reacción a la pesimista contemplación de las ruinas que pudieran ser prueba de la gran degeneración de Occidente.

Al resumir cuanto llevo dicho sobre Fernández, al releer las dos obras suyas que ha escrito y han llegado hasta nuestro escaso ambiente cultural, y al esforzarme en definir el talento poderoso de este crítico y ensayista, quiero ante todo hacer resaltar la necesidad de los estudios filosóficos para toda formación sólida de la inteligencia, cualquiera que sea la aplicación que se la dé, en los diferentes ramos del saber.

Fernández lleva publicados hasta ahora tres libros: "Messages", "De la personnalité" y "Vie de Molière". No conozco sino los dos primeros. El último acaba de ponerse en circulación y seguramente no contribuirá a diferenciar con nuevos matices su talento suficientemente diversificado y singularizado con los dos citados. Pero, aparte de esas obras, su colaboración es incesante en "La Nouvelle Revue Française", donde asoman mensualmente extensos ensayos y notas bibliográficas suyas sobre los libros modernos de Alemania, Francia e Inglaterra.

"Messages" y "De la personnalité" forman los dos brazos enormes en que se subdivide y por los cuales cruza el caudaloso río de su pensamiento. La primera obra le consagra como al maestro indiscutible de un género de crítica que él ha preconizado y que cultiva con singular mérito y excepcionales facultades: la crítica filosófica; y la segunda, conforme a la tradición francesa a la que pertenece, si no por vínculos de sangre, sí por los de formación educacional, le incluye en las filas de los ensayistas y pensadores que han hecho del yo el tema de estudios e investigaciones, y de la formación individual el

objeto de esfuerzos y tentativas psicológicos y morales.

I

La crítica, género sugestivo de por sí, no se detiene en su evolución, ni decrece en el poder de su influencia. Sigue los pasos del arte literario y reviste los matices de las escuelas en boga. Ha habido crítica clásica, crítica romántica, crítica naturalista, crítica simbolista, crítica vanguardista, etc. Pero las dos grandes ramificaciones que con ella se pudieran formar son talvez la crítica subjetiva y la objetiva, la que se denomina impresionista y que resulta del predominio del temperamento individual del crítico, que no juzga más que por recuerdos y por impresiones puramente personales, frente a la que se apoya en reglas y principios, en teorías y doctrinas, mediante juicios impersonales, científicos y eruditos.

Fernández, al enunciar los diferentes matices de la crítica, se pregunta si no habrá lugar para otro género de ella, para la crítica filosófica, que hasta pudiera denominarse con cierto pleonismo la crítica criticista, y se responde que sí, que no sólo hay lugar para ella sino que es la que corresponde con plena adaptabilidad a la corriente de la moderna cultura.

En Francia, que es la nación que da la norma de los estudios de cada época y que pone en boga y de moda cualquier teoría, aun no pasa el influjo de la filosofía de Bergson, debido a las diferentes y numerosas aplicaciones a que se prestó el sistema del autor de "La evolución creadora".

Uno solo de sus principios — el de la intuición — fue suficiente para fecundar los espíritus y devolverles el perdido idealismo. Tancredo de Visan ha demostrado cuánto le debió en sus horas oportunas el simbolismo y Alberto Thibaudet ha descubierto la secreta y poderosa influencia de la intuición en la crítica literaria. Aplicada la doctrina del maestro a los juicios de las obras de arte, al mismo tiempo que Fernández y antes que él, han surgido generaciones en que descuellan, Julien Benda, Charles du Bos, Gabriel Marcel, Malraux, Jean Prevost, Robert Garric, Estapialao Fumet, etc.

Pero quien decididamente ha proclamado el derecho actual de la crítica filosófica, el que la ha sistematizado, la ha definido, la ha aplicado al juicio de escritores de Inglaterra y Francia es Ramón Fernández en su primer libro "Messages" y en los ensayos que publica en "La Nouvelle Revue Française".

La crítica así entendida no es para él como fue para Taine la aplicación un tanto forzada de determinado sistema filosófico a las obras de arte, para la clasificación de escritores y de obras, dentro de casilleros, con los que se explicaba el secreto de la producción literaria. Para Fernández esa crítica consiste en estudiar la subestructura filosófica de una obra, esto es, «el cuerpo de ideas, organizado por una hipótesis, que suministra la explicación de las características senciales de esa obra, relacionándoles con los problemas de la filosofía general que pueden implicar».

El entronque de este método con la filosofía bergsoniana está apuntado como en germen, en este otro párrafo: "Una crítica filosófica no puede ser rigurosamente positiva porque se funda sobre intuiciones que no presentan más garantía que su evidencia propia".

Lo censurable de tal sistema es que el crítico colocado en ese plano del intuicionismo, si se le ha de reconocer la autoridad de su cargo de juez, tiene que exigirnos creencia en su buena fe, en la concentración y en la disciplina de su pensamiento. En cierto modo se viene así a restituir en su antiguo predominio la autoridad del crítico, destronada cuando se colocó su gusto personal en segundo término, como elemento de crítica. Sin embargo, la intuición se ha la bien lejos, por otro lado, o del impresionismo, que jamás ha tenido el más ligero tinte filosófico.

En Fernández, como en toda personalidad poderosa y fuerte, no se alcanzan a conciliar ciertos términos que parecen antitéticos: ¿cómo, en efecto, pueden ponerse de acuerdo este predominio de la intuición y la prescindencia del racionalismo en crítica y filosofía con las doctrinas casi pragmatistas que expone en su segunda obra "De la personnalité" y en general, con las tendencias a la acción, a la vida, a la realidad, como objeto de sana filosofía, según lo proclamó en la conferencia dialogada que sostuvo en Madrid, teniendo como contrincante a Benda? Es justo y lícito esperar un mayor desarrollo de su talento, fuerte como el que más, pero aún en estado de evolución, para que se opere en él esa síntesis que concilie los extremos

y resuma en una doctrina original esos grandes retazos, teorías y principios ajenos.

Según él, la filosofía se ha aplicado de preferencia a los problemas de la ciencia y casi nada a las obras de arte, siendo así que, por la intuición, lo esencial en la filosofía, más afinidades guarda ésta con el arte que con la ciencia. La ciencia depende de la demostración o sea de la repetición constante de hechos y experiencias, en tanto que la intuición se mueve como en dominio propio en los horizontes ilimitados e imprecisos del arte, donde no se trata de encontrar principios, de sentar teorías, de condensar fórmulas como en el arte, sino de crear figuras vivas, situaciones humanas, en medio de circunstancias verosímiles, pero variadas hasta lo infinito. El mismo poder intuicionista con que el artista elabora su obra debe en el crítico servir para aguilatar, con ímpetu adivinator, los méritos de la obra. Fernández sostiene, sin embargo, que la intuición no contraría la experiencia, no se opone a la realidad, no disiente de la verdad de las cosas, sino que es una especie de experiencia acumulada, deducida por anticipación, abreviada por el genio, a la manera que la multiplicación es una suma más rápida, pero en ningún caso de resultados opuestos. «El papel—dice—que juega la experiencia en el trabajo científico, por las necesidades internas de la dialéctica en la filosofía pura, juega en la crítica filosófica mediante la intuición». La intuición es adivinación, es inspiración, es don profético en el artista; pero es también instructivo para penetrar hondamente en la obra de arte, para aguilatar sus cualidades. La intuición en el crítico, por simpatía, coincide con la intuición creadora del artista.

Pudiera preguntarse en qué está el carácter nuevo de este método, en qué el mérito que erige a Fernández en el maestro indiscutible de la crítica filosófica. Realmente parece solo un cambio de palabras y nombres el que eleva al impresionismo en la crítica al rango de filosófico, convirtiendo en intuición la mera impresión. Pero la aplicación de sus teorías es en Fernández mucho más excelente, nueva y admirable que esas teorías suyas. Cada crítica suya es una obra maestra de exposición, de colocación ideológica de los términos, de desarrollo del tema, de análisis de un autor, de planteamiento de problemas morales y psicológicos, y de comprensión exacta de una obra.

Al leerle no se piensa en Sainte-Beuve, en Taine ni en Brunetiere, ni en Hennequin, ni mucho menos en Lemaître o Ana-

tole France, se piensa sólo en Fernández. Aun entre los contemporáneos no se asemeja a nadie, ni al mismo Thibaudet que es, en mi concepto, el crítico mayor de Francia, incluyendo en ese grupo al recientemente fallecido Souday.

I I

«De la personnalité» es una obra en parte psicológica, en parte de auto-crítica. Rara y sugestiva. Está compuesta de exploraciones interiores, de introspección, de clasificaciones del propio yo.

Fernández, en ella, demuestra su honda raigambre francesa. El yo o la personalidad ha preocupado siempre a los franceses. Desde Montaigne hasta los novísimos autores de «Memorias», la literatura francesa es riquísima en ese género de obras mitad literarias, mitad filosóficas.

El malogrado Joachim Merlant, muerto a consecuencia de heridas recibidas en la guerra, dejó un precioso libro «Ensayos sobre la vida interior y sobre el cultivo del yo», que es una reseña histórico-literaria de los escritores franceses que desde el escéptico Gascón hasta Vauvenargues, han profundizado la ciencia del conocimiento de sí mismo, estudiando la personalidad propia.

Preparaba la continuación de su obra, desde Rousseau hasta Barres, a través del período romántico y del simbolismo, escuelas ambas que son, la una la exaltación pasional del individuo y la otra la exploración del alma y del corazón, cuando la muerte le abatió cruelmente entre las trincheras.

El libro de Fernández, sin tener por modelo al de Merlant, al que es superior en todo sentido, casi es la continuación de esas investigaciones filosóficas. Martin Chautrier que, en el Prólogo, hace la presentación de Fernández, lo compara con Barres, en cuanto autor de «manuales de energía», y si bien reconoce en el segundo mayores cualidades de estilo y de arte, en cambio confiesa que en Fernández el concepto de personalidad está más definido, más neta y más acentuado.

Fernández no se encierra en la estéril compenetración consigo mismo. Tiende a la dirección bien orientada de la personalidad, desechando el ensimismamiento de Rousseau o de Nietzsche, y exaltando la combinación de un modelo que no encuentra en ningún escritor de estos tiempos, cuyo ideal sería la compenetración de la energía, de la moral, de la estética, y de la acción, sabiamente interpoladas, gracias al conocimiento de sí mismo y a la dirección y gobierno propios.

Es esta una faz que, aunque parezca muy extraña a la del crítico que se acaba de considerar en él, tiene estrechas vinculaciones por el lado moral. Toda filosofía tiene su sección ética. De ahí que necesariamente un crítico filósofo como Fernández, contrariando los cánones admitidos, se muestre partidario de unir los conceptos de arte y de moral, enlazando el imperativo categórico Kantiano con la intuición bergsonianiana aplicada al arte.

Como tipos de los escritores que han exaltado el yo, la personalidad propia, presenta estos tres: Rousseau, Maine de Biran y Nietzsche. El primero como zapador audaz de la era romántica; el segundo, como austero investigador de los resortes de la voluntad; y el tercero como la imagen del desequilibrio entre la personalidad propia y la simulación o exteriorización falsa de su yo ante la sociedad, fenómeno muy humano, muy de nuestros días. Es curioso que Fernández no tenga una sola frase dirigida a Chateaubriand, el más monstruoso de todos los egoístas y de todos los vanidosos. Por vacuo que ahora parezca el autor de «René» si merece algún estudio, aun hoy día.

I I I

Fernández, con sus dos libros ha alcanzado, no diré nombradía, por que ésta le rodeó desde que empezó a escribir, sino apáusos, y juicios muy elogiosos. Si por motivos que no llegan hasta estas tierras, Lefevre no le ha incluido aun en su galería de «Une heure avec...», en la que figuran mediocridades, y que, al amenazar prolongarse, da indicios de amañerarse, en cambio su nombre suena con apáusos en muchas naciones y en todos los círculos literarios.

«Messages» alcanzó en un mismo año— en 1926 cuatro ediciones. Fue traducido inmediatamente al inglés y confirmó con el éxito que tuvo en la Gran Bretaña, la marcada afición de Fernández a los escritores ingleses. Meredith, Newman, Conrad, Eliot, Walter Pater, en «Messages» ocupan más su atención que Proust, Balzac y Stendhal.

Charles du Bos, en un estudio dedicado a «Messages», dice de Fernández que «es el atleta mejor preparado y más robusto con que cuenta la crítica contemporánea», compara su aparición en el campo de las letras al nacimiento de Atenea cuando salió a luz de la cabeza de Júpiter armada con todas las armas, y califica al ensayo sobre Meredith como «la iniciación más brillante a que hemos asistido después de la guerra».

EL CALIDO VERBO DE ARABIA

Desde niño, apenas mi espíritu se abrió, cual tímida violeta de candor, a las grandes ensombraciones, y pudo hojear con inagotable curiosidad, las páginas maravillosas de un libro educador por excelencia, que ha enseñado a dar alas a la fantasía, a viajar deliciosamente por los misteriosos mundos de la inventiva y a enriquecer el corazón con los tesoros poéticos y las ternuras de la hospitalidad, aprendí a amar a la pujante raza árabe, mezcla de ardores africanos e impulsividades caballerescas, de costumbres parturios y sencillas, de épicas hazañas y de audacias inverosímiles que revelan la timidez del cordero y la médula del león, raza profundamente enamorada de lo bello, invencible hasta la temeridad y el desprendimiento, independiente hasta la porfía y la soledad de sus piclagos de arena y de sus cambiantes dunas, indomable siempre, sobre su corcel de guerra. La calenturienta imaginación me llevaba entre las hordas de ágiles beduinos y caravanas interminables por mundos imaginarios, o me introducía en el arcano de las tiendas de campaña, cuando no me conducía hasta los brumosos límites de la Arabia a asistir al embarque regio y al rumbo de las naves que partían por el Golfo Pérsico con cargamento de dátiles, gomas y esencias, que enviaban por el océano Indico las codiciadas perlas de El Hasa, por ventura el tradicional oro de Madian, y acaso la mirra y el incienso que atravesarían el Mar Rojo tan henchido de prodigios.

Entonces no alcanzaba a columbrar que un mago de la ingeniería, el inmortal Fernando Lesseps, que inició el canal de Panamá, en el anhelo de unir apartadas civilizaciones, trazaría la ruta del acercamiento, el Canal de Suez.

Y al revolver más tarde los anales de la humanidad, aprendí a conocer las proezas

que realizaron los árabes en la historia, fatigando a la ciencia, esclavizando a la hermosura, poblando de maravillas muchos países, en industria, en agricultura, en arte, en belleza arquitectónica, en estudios astronómicos, sobre todo en España, en donde fue prolifera maestra, como en Roma, la Grecia. Sus recuerdos están perpetuados en monumentos que son la epopeya de la grandeza humana idealizada. Y entonces mi entusiasmo, ya consciente, creció con más fervor que al leer los episodios de Scharahzada.

Fue esa viril y fantástica raza profesora de energía: supo unir los encantos de la hermosura y de la espiritualidad a las variedades de la utilidad y el sensualismo, los arebescos, infinitos que se pierden en el azul y oro de las decoraciones a las volutas soñadoras que exhalan las aromáticas tazas de café traído del Yemen y de la Moka: las idealidades del Corán y las plegarias por la lluvia que cae, el simun que pasa desolador o la plaga de langostas, a las perfecciones de los cordobanes, de los mosaicos, del hierro templado, a los canales de regadío, el cultivo admirable de la tierra, y la crianza de la pura y grácil raza caballar que tiene la nostalgia nerviosa de El Hammada.

Mi fantasía se remontaba a las noches poéticas de cielo estrellado de la Arabia feliz acariciada por la plácida luna, en la que los perfumes del árbol del incienso, del balsamero y de la mirra embriagaban a los insuperables narradores de leyendas, junto al espléndido sicomoro o al gigantesco dragonal, en tanto que a lo lejos se perfilaba, por las faldas del Yebel Achdor, la caravana de dromedarios cargados de odres que se disponían a cruzar campos de lava, desiertos tenebrosos de esteparia flora como el infinito Sahara, que visitan alguna vez famélicos onagros y hamadrias y amenazada acaso

Charles Mauron exalta la personalidad de Fernández, considerándole como el tipo encarnado del concepto que Bergson se formó de la intuición.

Martin Chauffier coloca a Fernández junto a Barres y dice: "Si yo les opongo así no es por un simple juego retórico, sino porque él es digno de sostener esa comparación tan peligrosa para cualquier otro".

De Madrid fue llamado para que diera

conferencias en el Ateneo y, en público certamen con Benda, los lauros del triunfo fueron para él.

Es una figura poderosa, atleta hasta en lo físico, que se eleva sobre el pensamiento francés contemporáneo, como encarnación de esta época, de prueba para los débiles, de estímulo y reacción para los fuertes.

Nicolás Jiménez

por la mortífera cerastes, y el inolvidable áspid de Cleopatra. Y en aquellos cuentos de evocaciones orientales eran familiares los graves cherifes, los respetables sherifes, los severos emires, los magnánimos sultanes, los barbados jeiques, las princezas y odaliscas, seductores las pedreras deslumbrantes, los palacios encantados donde el álce y el enebro decoraban las habitaciones y en cuyos amplios pórticos esplendían el pórfido, el granito, el basalto, la andesita, las pizarras, las rocas cristalinas, los variados mármoles y matizadas venturinas.

La raza árabe, rodeada de encantos y de peligros, nómada y patriarcal, aguerrida y benigna como sus noches, llevó al occidente emporios de civilización. Ni los romanos, señores un tiempo del mundo, se atrevieron a conquistarla, y a lo más se aventuraron curiosos hasta la Arabia Petrea, para no profanar el aislamiento de aquellos habitantes rodeados de desiertos abrumadores y de mares engañosos.

Desde la Arabia tentadora para los que gustan de la poesía, arribó un feliz día a la meseta andada, puso su fatigado pie de peregrino en Quito, no sin antes haber desembarcado quizá en Yeda, de cara a la Meca, el ilustre orador Dr. Habib Estéfano que en períodos sonoros de la lengua de Cervantes que tanto gustó de la cultura árabe y del Cide Hamete Benegeli, hizo oír torrentes de poesía, mezclados de simpáticas insinuaciones acerca de la manera de aprovechar de la belleza de la vida y de la inspiración del dolor que fue el loro luminoso e inextinguible de los genios, sigurendo lo que expresó el gran Sócrates: el conocimiento de uno mismo. No es su filosofía una doctrina desconsoladora y de renunciamento, sino de acción, de voluntad, sugestiva, evolucionadora y creatriz como la de Bergson, el gran francés. Para todos los estados de la vida, juventud, ancianidad, obrerismo, burocracia, milicia, para pobres y ricos vulgarizó hermosamente los más alentadores conceptos que dormían tal vez en las conciencias; esperando una voz robusta que los hiciera resonar y los grabara hondamente en las almas. No es su intención que sucumban los desgraciados y los inútiles, sino que lleguen a ser felices y provechosos por el milagro del esfuerzo, por la personal renovación. Como tribuno de idealidades, advierte la excelencia de poseerse, de dominarse a un mismo, de ser dueño de su yo, antes que poseer cosas materiales que la mayoría alcanza y la rutina reúne. No las desprecia, pero las sitúa en segundo plano, porque preferidas son las joyas del corazón,

la sinceridad, el sentimiento del honor, la dignidad, el amor, el sacrificio por la patria, el anhelo de mejoramiento.

En el silencio y la meditación, musas fecundas, escultoras divinas, hay que labrar, cual en bloque de mármol, la propia alma, con el cincel de la energía, de la voluntad, del esfuerzo personal, para entre garlapulida a la madre naturaleza, como una generosa y cautivante dádiva del individuo.

El doctor Estéfano, en sencillas parábolas rodonianas, insistentes como un titonele, nos habla del arcano trabajo del rosal que del limo de la tierra y del agua que le refresca obtiene atractivas y perfumadas rosas. No es sistemático expositor de novedades filosóficas, abstrusas y sujetas a cánones progresivos: es profesor de optimismo que idealiza naturalmente la vida, desentrañando sus encantos espirituales y el poder de la acción y de la fuerza creadora. Es doctrina para amantes de la estética que con siberitismo espiritual prefieren la belleza de las cosas y dan la supremacía a los azahares de los naranjos y limoneros que los árabes llevaron a España y enseñaron a plantarlos en tierra de Iberia, para después gustar de la fruta, esto es, simbólicamente, el logro de la poesía, y enseguida el de la utilidad. Le agrada la poesía que lucha, el verso épico, y no los enfermizos y floriqueantes polmas que enervan. Hay que retemplar calladamente el alma en los inviernos de la existencia para gozar, a la postre, de las delicias de la primavera, de la fruición del triunfo florecido. Nada son las riquezas, los honores, el boato externo en comparación de las galas de la moral y las victorias de la virtud, valiosas ante la propia conciencia.

Del lodo en que arraiga la planta, la transformación de la voluntad, con sacrificios y nobles acciones, puede cosechar flores.

El vulgo y los ilustrados, en la armonía de la comprensión, han de batir palmas cada vez que la generosidad de los corazones se alza sobre todo lo bajo y rufo, sobre lo antiestético y repugnante.

El verbo de la Arabia, con la poesía de sus cielos despejados, e sus oasis y jardines, trae amable y simplemente el polen de las palmeras para fecundar al materialismo reinante, cambiándolo en un ensueño de hadas, en un seductor y devoto relato de arcaicos juktanidas e israelitas, merced a la energía del espíritu, cual en los maravillosos cuentos aladinescos, bellos desde la adorable infancia.

Alejandro Andrade Coello

El Último libro de Augusto Arias "Mariana de Jesús"

El fecundo poeta nos envía su "Mariana". Dulce y mínimo, Augusto Arias pasca su estampa, por la gran ciudad colonial. Dulce y mínimo, su libro sobre la Santa de Quito, es el mismo: No acertáramos, sin desquiciar al poeta o a su obra, a separarlos uno de otro. Vivirán unidos.

Ars longa!

Hay en las cien páginas de este volumen una exaltación fervorosa que obliga la simpatía del lector. No se ha querido analizar en él. No es un ensayo histórico, ni un tomo de crítica: es un canto: propiamente, una balada en prosa.

Arias ha conseguido amar a la Santa antes de contarnos sus milagros. No lo reprochamos: al contrario, ese era el único camino para comprenderla y para escribir un libro hermoso. La devoción que desprenden sus páginas, es su mejor elogio, es su más justo atractivo. No es pues, un libro utilitarista ni aun por el fin que cumplen el ensayo o la crítica: es el libro de un poeta enamorado de una santa!

Y, talvez por eso, si algún pequeño reparo pudiéramos apuntar en esta nota bibliográfica, sería precisamente, el exceso de lirismo que en él se aprecia. Hay fiebre, de matiz, hay un desconcertante empeño, en bordar ricas joyas en el pobre sayal beatífico.... Y, nos atreveríamos a creer, que más propio es mirar un corazón cristiano, tras la lente clarísima del agua fresca, que cubrirlo con un peplo de brillantes.

También nosotros nos sentimos atraídos alguna vez por la vida de la Santa de Quito. Era la flor más gallarda de la Colonia; su místico desprendimiento constituía un caso de análisis, digno de estudio; sangre de su estirpe, quizá corría por las venas de la abuelita muerta.... Simpatía heredada nos unía a ella; triple prestigio la imponía en nuestro sentimiento: la vida colonial que desde niños veló de fantasía nuestros sueños, el renunciamiento de la tierra que encarna la forma más pura de elogio que formularse puede, y esa comunión escondida del lejano abuelengo, que enciende un rubor semejante al de la gracia. Pero, nadie sabe el cauce de una vida.... Quizá el tiempo vino corto, quizá hubimos de emprender en luchas premiosas que impedían la

contemplación, el ensimismamiento propicios a tan ardua empresa.... Quizá la santa no lo consintió. Y toda esa sincera efusión contenida, toda la delicada atención que habíamos puesto en inquirir los pequeños misterios de su ruta, en alcanzar sus infantiles preocupaciones, poco a poco, han ido borrándose y vulgares tareas han distraído nuestra afección.

Bien está que sea un hermano de la infancia el que haya conseguido completar un estudio sobre Mariana, poner de actualidad, debido al mérito de la obra literaria, el mérito de la que vivió tan armoniosa y simple jornada espiritual. Augusto Arias es tan diáfano, que bien puede la Santa de Quito inspirarlo sin rubor....

La bibliografía que sobre su paso por la tierra poseemos, se ha enriquecido con este volumen. Relativamente corta, ella ha preocupado sobre todo al elemento religioso que, con razón, la considera como a una de sus más prestigiosas hermanas. Los PP. de la Compañía de Jesús, son los que con más celo,— muy recomendable desde luego,— han tratado de reavivar continuamente los prestigios de su pupila, ya que la gloria de Mariana, aspiran a que se considere como gloria suya.

Desde el empeño del P. don Pedro de Alcocer, que vióse llamado a la gracia de su creador antes de que pudiese terminar su trabajo, hasta los eruditos estudios del P. José Félix Heredia, legítimo prestigio de la actual Congregación, infatigablemente han seguido, con mayor o menor acierto, con más o menos sinceridad, los suaves declives en que puso su pie Mariana.

Alcocer, según nos lo contara el doctor Julio M. Matovelle, en sus "Documentos para la vida de Mariana de Jesús", empezó "por desabogo de afecto" a escribir, "mas le atajó la muerte muy a principios de su trabajo". Es el P. Jacinto Morán de Butrón, el que recogerá el celestial encargo de continuar la labor comenzada por Alcocer. Pero, estaba escrito que el misterio velaría gran parte de la acción de la Santa en este valle. Cuando el historiador marchaba a Europa, llevándose los manuscritos y el dinero necesarios para la impresión, fue el bajel en que navegaba presa y despojo de Inglá-

terra... Sólo en 1724, en Madrid, pudo Morán de Butrón, imprimir un compendio de su obra primigenia, escrita en 1694.

Este compendio es el que, para decirlo de una vez, ha servido de fuente de conocimiento a los sucesivos biógrafos de la Santa, laicos o religiosos... Y aquí, pudiéramos citar al Capitán José Guerrero de Salazar, sobrino de Mariana, que tras tesonera labor, consiguió recitar la obra del historiador de la provincia del Guayas; a don Tomás de Fijón y León, que consiguió volver a imprimir el libro de Guerrero, que en pocos años se había convertido en una joya bibliográfica; al P. Giovanni del Castillo, que publicó en Roma, en 1776, una "Vita" de la Santa, obra romance de la de Morán; al P. Lorenzo López Sanvicente, que en 1896 publicó el Proceso de Beatificación de Mariana; al Ilmo. González Suárez, que en el famoso Tomo IV de su Historia General, habla con cariño filial de Mariana; al doctor Matovelle que en 1902 publicó una serie de Documentos ilustrativos de su vida; y a los padres Alonso de Rojas y Proaño, notabilísimos jesuitas que en ocasiones señaladas en la biografía de Mariana, ocuparon la tribuna sagrada, para hacer el justo panegírico de las virtudes de la doncella de Quito. Rojas pronunció el sermón en las horas que se celebraron para descanso de su alma, sermón que fue publicado en Lima, en 1646. Proaño, con su verbo encendido en ingenua llama, en 1903, olvidó su pesada escolástica, para guiar su talento por la escala tenue del himno, al conmemorar las bodas de oro de la beatificación.....

Estos son, de seguro, los principales biógrafos de la Santa de Quito. Hay lagunas inmensas, casi de cien años, en el celo de los hombres por recordar las virtudes y el ejemplo de la doncella. Durante el siglo XVII, Mariana casi no recibe el homenaje de la admiración impresa..... Y todos, cuantos de ella se ocupan, aspiran o a probar su devoción para presentarla de ejemplo en las justas que diariamente libra la fe, o a subrayar su preferencia, para tal o cual iglesia determinada... Sólo en los últimos años de la Colonia, en 1754, D. José Murillo, "noble patricio de Quito", como lo llama D. Juan de Velasco, de quien tomamos esta noticia, publica un tomo en cuarto, escrito en versos de octava rima, dedicado al señor Montúfar, Presidente de la Real Audiencia e intitulado "La breve vida de la mejor Azucena de Quito"..... Un poeta sin más norte que la belleza, se había preocupado de ella. Ahora, otro poeta, si bien no ha querido emplear la rima para exaltar su admiración para Mariana de Jesús, ha escrito, una balada en prosa, como dijimos al comienzo de esta nota,—que ya va para larga, y que, sin pretensiones de erudición ni de crítica hemos trazado—, iluminándose en el inmortal culto a que son acreedores todos los hechos gloriosos que a nuestra común herencia tocan.

El poeta y su obra, marcharán unidos.
Ars longa; vita brevis!

Quito, 1929

Hugo Moncayo

EL MERCURIO

DIARIO DE LA MAÑANA

Propietarios: SARMIENTO Hnos.

TARIFA:

Un año.....	\$ 20,00
Seis meses.....	„ 11,00

Direcciones: Apartado N° 164.—Teléfono 2--2

CUENCA—ECUADOR

De "Músicas de América"

Para Alfredo Martínez

Música Incaica

Entonces, él guardaba el Coricancha,
porque era Huillac-Uma... Pero, un día,
desfloró siete vírgenes solares
y en siete sangres abrevó el instinto...

Oh, fiereza de sed... Por sobre el Cuzco
se oyeron los rugidos formidables
con que tragaba el puma masculino
siete esposas del sol americano...

Lo supo el Inca... Sepultarias vivas
en un campo de quincas mandó entonces,
para vengar al Inti del ultraje...

Mas, cuando saltó el sol del otro día,
de los siete sepulcros arrancaron
contra la faz del sol siete cantáridas...

Música Guaraní

Son los urutañes quejumbrosos
que enseñan armonía a los yatayes...?
O es que cantan las hojas de los árboles
como si fueran pájaros canoros...?

A las umbrías de la jungla virgen,
gorgoritando sol, llegan de oeste
el rumor de los ríos paraguayos
y un cantar de los indios guaraníes...

Después, largos minutos de mutismo,
donde se escucha palpar en seco
el corazón de tierra de la jungla...

Y otra vez, de repente, en las umbrías,
un cantar de los indios guaraníes
y el rumor de los ríos paraguayos...

Música Araucana

Pasa Caupolicán... El recio tronco
sobre el hombro del indio en pie se pone,
y comienza a enraizar dentro la carne,
como si fuera selva de Araucanía.

Bebiendo sangre, se agiganta el árbol,
De repente, se cubre de follaje,
y consiente en la pompa de la copa
un paro de neblinas y de cóndores...

Sin una mueca de dolor, el indio
emprende la carrera... Y corre y corre
con el árbol que vive de su entraña.

Corre el indio... Y ya tanto corre y corre
que —acabado lo largo de los siglos
retrocede a lo largo de los siglos...

Quito.

Remigio Romero y Cordero

Otoño Trágico

A Don Gerardo Zaldumbide.

Angora, Angora,
mata a la araña. (1)

Grito que se columpia en los crepúsculos sangrientos,
su voz clamaba en la majada.

Ya las estrellas aflaban sus hoces en el risco de los cerros,
para segar la tarde.
Y la luna, roído el corazón,
ascendía, goteante, por el mearé del cielo,
amedrentando, en los oscuros lechos,
a los hombres y a los animales.

Dios de la tierra gris, el pastor alucinado,
gritaba en la majada.

Obsidiana roja fundaba los valles,
y era cada árbol un arco tenso flechando a los incertor.
Los montes, con sus lanzas, buscaban en la noche
el corazón de Dios.

(1) Invocación de los indígenas del Azuay, probablemente al espíritu de la raza negra, para que auxilias el eclipse lunar. Sin duda, las visiones de los tiempos cuando la indígena sangre etíopica se incorporaba a la autóctona de América, en los albores de la Conquista.

Por lo demás, la selenolatría, generalizada entre las razas nativas del Continente y aún entre algunos pueblos chinos, enseña que la luna, durante los eclipses, es devorada por enormes perros; y es en el Azuay, una gran araña, la que devora el astro nocturno.

Dios de la tierra gris,
El pastor alucinado
gritaba en la majada.

Abundando los silencios,
rondadores venían de las distantes lomas—
mojadura tristísima
sobre el cuerpo
doliente
de la noche.

Enloquecidos, con la imagen
songrante en las pupilas,
taladrando la noche con su aullar, los perros
por las rutas celestes buscaban a la muerte.

Vasto, infinito, despertaba en el campo
el alarido desacorde, confuso,
de los hombres y los animales.

Dios de la tierra gris, el pastor alucinado,
gritaba en la majada.

La pavora, en los cerros, arrugaba la piel de las toradas;
parían las ovejas corderos bixcos;
y, entre ellos, uno
blanco no existía.

Garra del hambre, el lobo asesinaba
en el risco, y—esponjas
de la tragedia—los murciélagos
exprimían el miedo por el aire.

Danza de miserere,
de torbellino y de pavora;
el pastor alucinado
gritaba en la majada.

Seguía
la luna,
granate sombrío,
en su trágico ascenso.

Esa noche,
hombres y animales,
colándoles el miedo desde la altura cárdena,
vieron cómo la muerte devoraba la luna.

Dios de la tierra gris, el pastor alucinado,
siguió gritando hasta la madrugada.

1929.

Manuel Crespo Ordóñez

A Guillermo Bustamante

Acabo de leer *Reflejando la Vida*...
Y perdura en mis labios *La oración del trabajo*,
esa oración en égloga que cierra dulcemente
lo bello de tu libro, de tu alma y de tu campo...

Muy bien, Guillermo... Tu arte de exquisita factura
tiene las pulcritudes nítidas de lo blanco,
y en su música interna guarda la maravilla
de todo lo que es digno de nosotros y el canto...

La vida... Pero es vida la angustia cotidiana...
Por eso yo — soñando con mis seres amados —
aprendí de memoria *La pregunta funesta*,
que es, para tu lirismo, de los mejores lauros...

Idéntica inquietud la tuya que la mía,
cuando a mi hogar acechan sombras de lo lejano,
cuando duermen mis hijas y les vela mi insomnio,
bajo el silencio augusto del nocturno descanso...

La pregunta funesta...? No sé quién la responde...
Mas Dios sea servido, dulce poeta claro,
de que sólo la dicha sea quien la conteste,
después que hemos sufrido y hemos querido tanto...

Por lo demás, Guillermo, para tu bello libro
un ramo de laureles, un espléndido ramo,
y todos los cariños del rimador de versos,
a quien haces la dádiva de llamarle tu hermano...

Remigio Romero y Cordero

Quito, a 27 de setiembre de 1929.



EL CONFLICTO



DE «INDOLOGIA»

Puestas una frente a otra por el destino, las dos grandes culturas de América, la sajónica y la hispánica, veremos que se vuelve a repetir la vieja ley de todo conflicto según la cual aparentemente triunfa el fuerte y aparentemente perece el débil; pero en el fondo los dos contendientes se dañan y se destruyen; o bien, ¿será posible que en el continente de las novedades la historia tuerza su ruta y el conflicto de destructor se torne en creador? Sin presunción alguna de profecía, digamos que si el choque destructor es irremediable entonces no vale la pena discutirlo, porque las potencias del exterminio no han menester de pensamiento: les basta el apetito para seguir adelante con su abominación. Pero si hemos de colocarnos en el punto de vista que corresponde a quienes estamos obligados a hablar en nombre de los intereses superiores de la especie, procuremos que nuestro pensamiento se exprese con tal franqueza que no quede ninguna excusa a los que sólo están atentos a las fatalidades del hecho y gustan de ignorar el ideal y el derecho.

Por otra parte, desgraciadamente, desgraciadamente para los destinos sociales, no somos nosotros, otra cosa que universitarios y pensadores; es decir, todavía no los amos, todavía no la voluntad, sino sólo la inteligencia de los pueblos. Pero si no nos obedecen los actos, no por eso deberemos permitir que las ideas se sometan a ellos. Hablemos como si mandásemos, que la idea puede no ser atendida; pero jamás ha aceptado la condición de sumisa.

Digamos en primer término que el conflicto de las ideas resulta constantemente fecundo y que el encuentro de dos razas no lleva necesariamente en sí los gérmenes de la oposición y la discordia; únicamente las rivalidades de intereses suelen provocar las rivalidades y la guerra. El desacuerdo internacional no es entonces una calamidad inevitable, inherente a la constitución humana, sino un resultado de malos arreglos, arreglos que la inteligencia puede en cada caso prevenir y enmendar. Sólo cuando el apetito egoísta o la pasión perversa se ponen a contrariar la justicia aparecen causas

que tarde o temprano provocan desquites o por lo menos debilitan el esfuerzo que debiera emplearse cabal en la obra del progreso. Proclamemos la doctrina de la cooperación de las razas y las culturas, en frente de la vieja y desacreditada doctrina de lucha por el predominio del más fuerte. Mientras la América no rebose de población no será fatal la guerra y la América puede comenzar desde ahora su tarea de controlar el número en beneficio de la calidad y para garantía del espacio. Mucho espacio libre: que tal sea una ley social de la América.

No aceptemos la tesis de la fatalidad de los conflictos armados. Busquemos más bien las causas que fomentan el odio y que preparan la guerra, y quizás si logramos desenmascararlas podremos paralizar una gran parte de su nefasto poder.

La eliminación de las causas del odio es cuestión muy fácil para la inteligencia, muy grata para el sentimiento y difícil sólo en la práctica, porque la práctica posee sus maneras lentas y tortuosas que no siempre es posible vencer de inmediato.

La primera gran razón del conflicto es el desequilibrio de las fuerzas. Los Estados Unidos están ya formados y rebosan poderío. Además, la zona que ocupan ya ha comenzado a llenarse. Nosotros estamos en formación a causa de que todavía no asimilamos debidamente las poblaciones indígenas, ni acabamos de constituirnos con una personalidad política bien definida desde el Bravo hasta el Plata. Además, nuestras tierras son muy vastas y todavía no acabamos de explorarlas.

El raciocinio más elemental indica entonces que los del sur deberemos apresurarnos a integrar nuestra raza, levantando el nivel social de nuestros hermanos indígenas y estrechando los lazos que un torpe nacionalismo político mantiene deshechos. Quiero decir que deberemos también apresurarnos a poblar las tierras vírgenes y a explotárselas con inteligencia, con justicia y generosidad. En otros términos, necesitamos darnos prisa en crecer y para crecer es indispensable que la paz de la libertad y del honor mantengan la familia unida. Los

millones de iberoamericanos que emigran hacia los Estados Unidos en busca de un jornal más alto y en busca de libertades más firmes, constituyen la más tremenda acusación que se puede formular contra una situación nacional. Por ejemplo, México y Venezuela se han despoblado, se siguen empobreciendo de hombres a causa del caudillaje militar que hace irrisoria toda esperanza de progreso. Donde no se respeta la vida de los ciudadanos, mal se puede velar por la honra de la madre común, que es la patria. Donde las confiscaciones por razón de política interna ponen en riesgo el patrimonio de la familia, no arraiga, no ha arraigado jamás una cultura. Por fortuna las más grandes naciones de nuestro continente iberoamericano ya han sacudido la plaga del caudillaje, ya echaron en olvido el azote de los Gobiernos personales y el progreso se ha iniciado en ellas muy lento, pero al fin creciente. Si ahora lográsemos que, en estos países más adelantados, una sabia política económica consumase la obra del Gobierno de tipo civilizado; si ahora que los Estados Unidos han comenzado a entrecejar sus puertas a la inmigración, los países civilizados de nuestro continente subdividiesen sus latifundios y ensanchasen sus industrias para que una sana inmigración los fecundase, entonces sólo sería cuestión de unos cincuenta años para que pudiésemos declarar que el Brasil y la Argentina estaban a salvo, y en seguida, con fuertes núcleos de población hispanizada en el Sur; ya no perduraría ese pavoroso contraste que hoy mantiene un gigante blindado frente a frente de naciones cultas, pero muy pequeñas, como Costa Rica indefensa, y de naciones muy grandes; pero que, como México, cada día tiene menos habitantes y como todas las otras que no son aún más que una esperanza.

Una vez establecido un equilibrio vital, ya sería muy fácil convertir todas nuestras fuerzas a la colaboración de una tarea que forzosamente tiene que eclipsar a todo cuanto ha visto la historia; la tarea de edificar una civilización con los más grandes recursos del planeta y con la más avanzada técnica que ha conocido la ciencia. La tarea por sí sola es a tal punto fascinadora que no digo nuestras dos razas; todas las razas hallarán en ella paz, estímulo y ventura.

He ahí la cuestión, brevemente resumida desde un punto de vista amplio y un poco distante. Consideremos ahora algunos de los aspectos más concretos y actuales.

Desde hace varias décadas, desde hace ya casi un siglo, somos víctimas los del Sur de los avances de los del Norte. Se pierde primero Texas, después California; luego Cuba escapa como por ensalmo a las mallas de una red que todavía no suelta todos sus lazos y al mismo tiempo cae Puerto Rico; paso a paso Centro América y Panamá se convierten amenazadas, y no sabemos hasta dónde intentará llegar ese suave panamericanismo, más peigroso que los cañones de los antiguos piratas ingleses que periódicamente bañan nuestros puertos. Y frente a tal avance sistemático, fatal, ¿qué es lo que con raras excepciones, hacemos nosotros? ¿Acaso nos unimos como en los antiguos días para la defensa inmediata, inflexible? Solemos defendernos, dejamos que caiga uno que otro mártir que pone a salvo nuestro honor; pero la partida se pierde, porque tenemos la entraña dañada; porque nos mina el odio que es consecuencia de toda dominación personal, de todo Gobierno que no se funda en la opinión sino en el golpe de mano, en la victoria de las armas, pero no en la justicia.

He ahí los hechos, brevemente expuestos en toda su crudeza. La solución se desprende entonces más clara que una resolución geométrica. Los que avanzan por el Norte son los dominadores ilegítimos, que usan la fuerza de una gran civilización para sojuzgar naciones y gentes que hoy parecen un cómodo botín, pero que serán mañana, como otras tantas fieras que acechan el primer descuido, la primera inadvertencia del domador. Y así como allá hay los dominadores ilegítimos, los amos del capitalismo que explota el presente, aún a costa de riesgos y venganzas futuras, también entre nosotros hay los caudillos de cualquier causa, los aventureros de la política que recogen la bandera de los puños exangües del mártir y se embozan en ella para matar y para tiranizar a sus conciudadanos.

Y en seguida viene el clima desventurado y deshonroso de la tragedia. El caudillo dictador y el prócer imperialista que se miran de soslayo, como mira la traición, y se hacen el signo de la inteligencia maligna y se ponen al habla y se entienden. "Tú me ayudas a imponer el orden de la mano de hierro—dice el caudillo—y, en cambio, yo garantizaré tus posesiones; por debajo del texto inocente de leyes generosas yo te daré salvaguardias y te daré privilegios". Y el prócer imperialista sonríe y proclama, por los mil órganos de sus intereses victoriosos, que aquel caudillo y la patria son una sola y la misma entidad. Y a su vez el

caudillo proclama que en él se encarna la soberanía de la patria o el destino de la Revolución.

Más odiosas que las luchas bélicas de la antigüedad se prolongan de esta suerte las aventuras modernas de la conquista y de la compenetración económica, mientras tanto la opinión corriente busca remedios vanos, inventa motivos pueriles y rara vez llega a formular las causas del mal, mucho menos a descubrir sus remedios. Si no queremos que se nos domine y se nos compre, ¿por qué empezamos dejándonos dominar y vendiéndonos? ¿No fué aquí mismo en esta ciudad donde se hizo, todavía no hace diez días, el elogio del caudillaje con el calor de un sentimentalismo patriótico noble, pero desorientado? Pues lo mismo ocurre con casi todas nuestras revoluciones y lo mismo ha estado ocurriendo desde que se inició el conflicto. Y si ni siquiera reconocemos sus motivos, ¿cómo va a ser posible que alguna vez le pongamos coto?

Convengamos, por lo menos, con claridad en que son los peores elementos de cada raza los que provocan rivalidades y los que constituyen el interés patriótico. Y deduciremos en seguida que lo más importante para contener el choque posible y para disipar los odios latentes es que cada uno de nosotros, dentro de nuestro terreno y dentro de nuestra soberanía, ponga la mano del castigo sobre los dobles traidores, traidores a su patria y traidores al interés de la especie, que demanda paz y concordia. Guerra al caudillaje iberoamericano, dentro de nuestras fronteras latinas, y guerra al imperialismo invasor por parte de los patriotas norteamericanos: ¡he ahí la fórmula que de tan sencilla parece obvia y, sin embargo, contiene toda la clave del embrollado conflicto!

El problema se reduce entonces a un problema de educación, que es como decir a un problema de iluminación y de persuasión. Por la educación y la persuasión lograremos convencer a nuestras gentes, Dios sabe cuándo, de que no deben tolerar dictaduras ni asesinatos ni atropellos de parte de quien ejerce el Poder. Por la educación y la persuasión se logrará convencer al votante norteamericano. Dios sabe cuándo, de que no debe refrendar el Poder de los políticos que no han sabido poner coto a las empresas invasoras que bajo la apariencia del comercio y el progreso difunden por el continente la semilla de futuras represalias contra los mejores intereses de Norte América. El Dios sabe cuándo del resultado de nuestra tarea no debe preocu-

arnos, porque el educador no trabaja para una generación, sino para todas las generaciones, y no debe tampoco atender al éxito del momento, sino al éxito absoluto. Delante de su misión el tiempo y la victoria parcial son como accidentes imperceptibles.

Cumplirá, pues, quien sepa seguir adelante con la enseñanza del bien inflexible que perdura a través de los siglos, por encima de todas las aberraciones. Lo único que no cambia es la norma divina, a tal punto que a cada instante la realidad, después de vagar y de errar, acaba sometiendo y confirmando que sólo es perdurable lo que se funda en la lealtad y la justicia. El imperio de las fuerzas morales es a tal punto inflexible que el instante en que ellas dejan de ser el resorte de la conducta individual o de la acción colectiva se marca siempre como el comienzo de la decadencia y de la desventura. En efecto, no se trata de mera prédica de *sunday school*, prédica vana de oratoria de conciliación, que busca acallar o suavizar las protestas. Se trata de una ley constructiva y destructiva de los pueblos. Recordad el entusiasmo, la emulación fecunda, la fuerza libertadora y creadora que derramó sobre el continente la América de Jorge Washington y de Daniel Webster, la América de Franklin y de Lincoln, que hizo el derecho constitucional americano y reafirmó las garantías del hombre, la división de los tres poderes del estado y la suprema aristocracia de la dignidad humana; comparad el valor de esa América que de todos nuestros pueblos fue maestra y antecesora; comparadla con la América de los imperialismos turbios del día y veréis que no sólo nosotros, también los norteamericanos están amenazados por el sombrío poder que mina la democracia y sustituye la norma del amor por la norma de la conquista.

Buen número de los ciudadanos de Norte América, un número cada día creciente, procura resistir el empuje peligroso de los tiempos y que la República rectifique sus yerros y retorne a la tradición de los *pioneers* constructores y de los puritanos respetuosos del ajeno derecho. Así, también entre nosotros hay en cada nación un grupo que combate el Gobierno personal y la tiranía. Juntar las dos corrientes sanas, la corriente moral que allá se propaga con la corriente de fuerza depurada e inteligente que en nuestros pueblos brega por la justicia; tal debe ser el propósito de los hombres de bien de los dos continentes.

No será posible que se establezca una cordialidad sincera mientras parduren abusos y atentados que si el débil no puede a veces ni hacer valer, porque no puede ni hacerse oír, no por eso dejen de ahondar el abismo: Ningún poderío construido sobre la violación del derecho ha sido jamás estable. Insistamos en hacer presente nuestro derecho para que nunca se nos acuse de complacencia o de conformidad; hagámoslo valer con serena firmeza y confiemos en que la luz y la justicia acabarán por abrirse paso. La cultura latina y la cultura sajona no representan dos polos, dos extremos imposibles de unir; todo lo contrario, tanto por su origen como por sus tendencias, podrían ser ambas como columnas firmes de un futuro ilimitado. Los errores, las ambiciones, la inmoralidad política, los intereses mezquinos, han ido creando y siguen creando barreras que cada día es más difícil disimular. Confesémosnos con toda franqueza que la situación es grave: Grave para nosotros, que en estos instantes somos los débiles; pero en realidad no menos grave para los más fuertes de hoy, porque la decadencia de los más grandes imperios siempre se inicia con la injusticia que se comete contra los vecinos. El poderío que triunfa sobre el derecho extranjero tarde o temprano se vuelve insolentado contra los intereses del mismo pueblo dominador. Y llega un instante en que todos son esclavos: los de adentro y los de afuera; pero también ese instante del total triunfo de lo ilegítimo marca el principio de la disolución de toda una época infame. Si queremos que la civilización de la América supere a las civilizaciones anteriores, cuidemos de que no las imite en sus atrocidades. La lucha de las nacionalidades y de las razas parece inevitable allí donde el terreno es escaso y la población es estrecha para poder vivir. En la América el conflicto de las dos razas no tiene la excusa de la fatalidad. La tarea vasta de América requiere el concurso amistoso, no sólo de los que ya estamos establecidos en el

continente, sino de otros muchos pueblos que todavía habrán de venir. Nuestra cultura misma, aunque todavía incipiente, no es producto de una sola tradición, sino de todas. Tanto en el Norte como en el Sur hemos vivido tomando enseñanzas y contrayendo parentescos con todas las razas de Europa. De todas seguimos necesitando. No ha llegado la hora, acaso nunca llegará la hora, de declarar cerradas las puertas. El signo mismo del continente es el signo de la fraternidad. ¡Ay de los que han comenzado a traicionar este signo, levantando sobre este suelo consagrado poderes ilegítimos y destructores de la concordia! Denuncie-mos a los autores de la funesta conspiración, que es una conspiración contra los intereses de la humanidad. Los que intrigan contra la paz y la buena armonía de las razas del continente son los mismos que en el interior de cada pueblo hacen de opresores y se enriquecen como explotadores. Desenmascaremos a los explotadores y a los tiranos de uno y otro lado de la barricada continental. No hablemos de odios de razas. Hablemos de los abusos y de los atropellos que engendran y avivan el odio que naturalmente procede de la injusticia. La ley de las naciones no es diversa de la ley de los individuos. El que no trata con lealtad tarde o temprano se ve traicionado. Y la lealtad, la lealtad de los hombres y la lealtad de los pueblos, se debe siempre toda entera al ideal. ¡A un ideal más alto que el interés del instante y que pasión del conflicto! Sobre el destino mismo de los pueblos está la ley inflexible de Dios, que tarde o temprano nivela y juzga, deprime o exalta, según el mérito interior de cosas y hombres. ¡Preocupémonos, pues, primeramente de merecer el fallo divino, y lo demás se nos dará por añadidura! Apeguémonos al deber sin transacciones y reposemos, en seguida, nuestra confianza en lo Absoluto.

José Vasconcelos

EL CARÍÑO Y EL AMOR

Se ha dicho muchas veces que el matrimonio es la tumba del amor. Por eso sin duda los diversos poetas que han cantado la vida de Don Juan no casan nunca a su héroe. No han querido someter a prueba su capacidad amorosa, ni la consistencia de su sentimiento.

Y es que Don Juan no es un verdadero amorador. Su reinado estaría mejor en Fes que en Sevilla. Balvo, un filósofo modesto, pero de muy segura visión, destruye con cuatro palabras todas las apologías rimadas que se han hecho de Don Juan: "quien ama a muchas, no ama mucho; quien ama a menudo, no ama largo tiempo; quien ama con variedad, no ama dignamente".

Entre los poetas y este discreto filósofo la elección no es dudosa. La consistencia del amor se prueba en el matrimonio: sólo una larga convivencia nos demostrará si el corazón está bien puesto, en quicio permanente. Don Juan viene a ser un pillete de la sensualidad que anda entre las incautas dando el camelo del amor. Los poetas no le atribuyen facultades engendrantes, para así eximirle de todo sentimiento de responsabilidad. Quien no responde de las derivaciones de su erotismo, en su contacto con la doncella, no es más que un granuja en libertad por deficiencias del Código Penal.

Por lo demás, hay algo de cierto en eso de que el matrimonio es la tumba del amor. No en balde la frase goza de tanta difusión en el mundo. Pero ello se debe a que el amor, en su forma exaltada y ardiente, no es, como dice Voltaire, más que un cañamazo dado por la Naturaleza y bordado por la imaginación. Ahora bien (pase el giro parlamentario) el cañamazo, la belleza física, no resiste la tiranía del tiempo que imprime las tristes huellas de la decadencia; y la imaginación bordadora también acaba por sosegarse y quedar sustituida por una dulce y reflexiva calma.

Entonces el amor, limpio de erotismo, que suele ser el motor de su arrebatado, no tiene más que una salvación: el cariño. Los poetas siempre han desdeñado, por subalterno, este sentimiento, que es mucho más fundamental y más sólido que el amor. El amor es la llama: quizá no pase de una fogata fugaz; el cariño es el rescoldo hecho de la buena lumbre diaria del hogar, de la mutua adhesión, del perdón mutuo, de la recíproca tolerancia, de los comunes goces

y sufrimientos, de las esperanzas unisonas y de la fusión de las lágrimas. El amor, que acaso no sea más que un producto artificial de la literatura, tiene un enemigo que le vence siempre: el tedio. El cariño no tiene enemigo que le venza, porque está apoyado en el firme sentimiento de convivencia. Vale más, mucho más, el calor del rescoldo que el de la fogata. Cuando la fogata no se convierte en rescoldo sólo quedan de ella frías cenizas. Brasa y no pavesa ha de ser lo que quede de la juvenil exaltación espiritual y del ardor de los sentidos.

El amor, como el rayo, surge de una manera instantánea y fulminante: "el amor nace a primera vista; vive y muere en los ojos"—dice Shakespeare.—Es, además, uno poco fetichista; prende en un detalle físico, como los incendios que tienen su origen en una cerilla. En esta rapidez y en este fulgor de relámpago estriba precisamente el peligro por lo que toca a la duración del amor, pues es difícil mantener la vida en tan fulminante tensión. "¡Te amo!" es una frase de novela, excesiva, afectada, teatral. "Te quiero" es un concepto más sencillo, más grave, más profundo y más humano. Y, probablemente, cumplirá mejor los fines afectivos del conubio quien dice "Te quiero" que quien, enajenado y frenético, exclama, imitando a Don Juan: "¡Te amo!..."

El Vínculo del cariño

Saber convivir He ahí el secreto. Dar reglas fijas es imposible, puesto que hay tanta variedad de caracteres y de circunstancias cuantas parejas constituyen la organización monogámica del mundo.

Desde luego, la cualidad esencial de la mujer es la dulzura: La palabra suave quebranta la ira. Una mujer colérica es el mayor tormento de un hogar; produce la impresión de un canario hidrotóxico, algo, en fin, absurdo y horrible.

Cuenta César Cantú, en las bellas páginas de *El Galantuomo*, que uno de los siete sabios de Grecia—no recuerdo cuál, ni importa—tenía un discípulo que estaba enamorado. Lleno de entusiasmo, refería al maestro las cualidades de su futura, "Es hermosa como el lucero de la mañana"—

decía el joven. El filósofo escribía: "Cero".—"Es rica, como la heredera de Creso"—añadía el doncel. El genio griego volvía a escribir: "Cero". (La dote, pensaría probablemente el filósofo es la gran virtud de los padres. El enamorado agregó: "es noble".—"Cero".—"Tiene buena parentela".—"Cero". El pobre novio miraba atónito a su querido maestro. Por último, le dijo: "tiene un carácter dulce". Y entonces el sabio heleno, el más sabio de los siete sabios, estampó la unidad a la izquierda de todos los ceros que había ido poniendo para demostrar que sólo así adquirirían valor las demás cualidades.

Todo es grato al lado de una mujer dulce; todo es amargo y triste al lado de una irascible. Seductora es la belleza, atraentes la espiritualidad y el donaire; pero es la dulzura la que más retiene al hombre y más se adentra en su espíritu. Y la felicidad radica en retenerse mutuamente. Madame Necker, cuyo ingenio lució tanto en los salones de Versalles, en los momentos precursores de la Revolución, cuando todas las pasiones estaban a punto de estallar, solía decir a sus amigas que las palabras ofenden más que las acciones, el tono más que las palabras y el aire más que el tono. La esposa del famoso hacendista hubiera podido dictar una cátedra de psicología conyugal. Dulzura, suavidad. Los hombres rompen los eslabones de una cadena de hierro; en cambio, hallan agradable la atadura si ella está formada por tenues hilos de seda. Sean las palabras femeniles como los brazos en las horas de deliquio: suaves, blandas, dóciles.

Una mujer discolia, colérica y violenta, denota, a la vez, obtusa inteligencia. Pellegrini, el gran presidente argentino, hombre, además, muy mundano y profundamente observador, solía decir que el matrimonio es un viaje demasiado largo para hacerlo en mula. La testardez es buena y honrosa en los generales que defienden un fortín. Para la mujer, por el contrario, ceder es triunfar, siempre que el marido sea tierno, delicado y comprensivo. Ha de ser la mujer como la cera, dócil al molde, que al fin el moldeador suele adquirir el carácter de lo moldeado.

Cuando los hombres elogian el ingenio, la gracia, la belleza, la elegancia, o cualquier otra cualidad física o moral, lo hacen sin mayor calor. En cambio, cuando dicen: "mi mujer es una pastaflova" dan a su expresión un tono de íntima ternura que revela cuánto impresiona a su espíritu esta condición femenina. La popular frase transcrita encierra las principales virtudes de la mujer: la bondad, la resignación, el alevamiento a todas las circunstancias, la tole-

rancia, la encantadora docilidad. Son los hechizos que nunca se marchitan.

La dulzura va formando la trama de todos esos valores morales en que se funda la vinculación cariñosa, derivada de una armónica convivencia. El amor alimenta generalmente su fuego de la belleza física; el cariño es fruto de la belleza del carácter. La hermosura física es de una rápida fugacidad; un carácter bello perdura hasta la muerte. El hábito destruye en el amor la poesía del primer día. Al remitir la fiebre voluptuosa se abre a la inteligencia un vasto campo crítico. Según la acertada definición de Chamfort, el amor es un comercio horrascoso que casi siempre acaba por una bancarrota. El cariño no quiebra nunca, porque la cualidad moral en que se apoya es permanente. La quimera del amor es la constancia. El cariño es constante sin quimera.

Kadijah, o la perfecta encariñada

Jamás la mujer—y esto es importantísimo—debe herir al marido en aquello en que cifra su amor propio, sentimiento que suele ser más fuerte que el amor mismo; como que muchas veces se ama por amor propio, más aún que por amor a la persona amada. La mujer ha de tener una fe constante y espontánea, no simulada, en aquellas aptitudes y cualidades en que el hombre funda su personalidad espiritual.

La primera mujer de Mahoma, Kadijah, ofrece eternamente al mundo femenino un ejemplo histórico de este género de adhesión. Sabido es que el profeta árabe, antes de lanzarse a sus predicaciones, era mayordomo en la granja de Kadijah, viuda de buen vez, aunque le doblaba en años, con la cual se casó. "Ya casado—dice Carlyle en *Los Héroes*—vivió la vida más placida que pueda imaginarse, queriéndola con inmenso cariño y, a la vez, con respetuoso afecto".

Inició Mahoma su lucha con los koraitas y sus ídolos. Murió Kadijah y, muchos años después, unióse a Ayesha. Dejemos la palabra al historiador y filósofo inglés: "Nunca olvidó el Profeta a su buena Kadijah. Cierta día, Ayesha, su joven y favorita esposa, que era muy estimada entre los musulimes, le preguntó: ¿No valgo yo más que Kadijah? Ella era viuda, vieja y había perdido todos sus hechizos. ¿No es verdad que me quieres más que quisiste a ella?" A Mahoma replicó al punto: "¿No, por Alah, no!; la quise como nunca he de querer, porque ella fué la primera en creer en mí cuando nadie me creía".

El Alcorán podrá ser un tejido de sofismas y mentiras; pero la respuesta de su au-

tor a la bella Avesha encierra una verdad eterna; la forma más profunda y duradera de querer a un hombre radica en creer en él, en la virtualidad esencial de su espíritu, en lo que basa su personalidad.

Aunque hemos dicho, pocas líneas antes, que la creencia ha de ser espontánea y no simulada, inútil será advertir que nos referimos a lo fundamental y no a los detalles. Para aclarar el concepto narraré un pequeño episodio. Era yo huésped de un matrimonio amigo en una estancia de los campos argentinos. La señora poseía una inteligencia muy ágil, vivaz y graciosa. Un día me dijo: "Mi marido es un hombre bonísimo, inteligente, gentil, cordial, que me quiere tanto, tanto como yo a él; lo que equivale a buscar términos de comparación con lo infinito. Es aficionado a la historia natural y presume de conocer como nadie, y conoce—¡vaya, yo lo creo!—la fauna argentina y, muy especialmente—aquí está su amor propio—, las aves nocturnas que vuelan por nuestros campos al morir el día. Paseando a esa hora por nuestro parque de eucaliptos, ha confundido alguna vez el carancho (hijo pampero) con la lechuga; porque mi marido nunca tuvo buena vista, excepto cuando me eligió a mí Bueno; pues yo nunca le contradigo, porque, además de herir su amor propio de entendido en aves nocturnas, le molestaria mi advertencia, significándole que tiene malos ojos, y los tiene hermosísimos, aunque ven poco. ¿Para qué contradecirle? ¿Para qué herir su amor propio de naturalista? ¿Qué más da que aquello que voló sea lechuga o sea carancho? La cuestión es que él sea feliz creyéndose dotado de excelente vista. Y si es dichoso con mi asentimiento—por qué negárselo? A veces, él mismo sale de su error, y entonces, enternecido, paga con un abrazo mudo la intención de mi aquiescencia. Y este abrazo de mi marido vale más, mucho más, que toda la fauna, incluso la humana, que puebla la tierra".

A través de la fronda de los eucaliptos filtrábase la luz azul del anochecer. Contemplé conmovido a la dulce dama. He ahí un ejemplo sencillo de tierna adhesión, de cariño inteligente, tesoro afectivo inabarcable en el corto tránsito por la vida. Una herida de amor propio tarda mucho en curarse; quizá no cicatriza bien nunca. Queda siempre un sordo resentimiento. Y el resentimiento—la misma palabra lo dice—es el sentimiento más terne, más perenne, de más triste duración. El amor es turbulento y no poco egoísta; el cariño es inteligentemente generoso y guardián de la felicidad cuando ha pasado la llamarada de los sentidos. Triste es la vida si al término de la arrebatada vibración de la materia, no

queda, como en el cielo después de la tormenta primaveral, un Iris que nos ilumine dulcemente el resto del penoso camino. El cariño es mejor que el amor, como el Iris es mejor que la canícula.

"El matrimonio es como la muerte; pocos llegan a él bien preparados", nos dice Tomaseo. Ello se debe a que tanto el amor como la muerte son sucesos que se producen en forma inesperada, cuando menos se piensa. El amigo Tomaseo hizo una frase bonita; pero muy objetable. Ni en el matrimonio, ni en la muerte, hay experiencia previa para prepararse. Uno se muere sin saber como, y, después de muerto, parece que ya nadie discurre. Sería necesario que se repitiese la suerte para, con la experiencia adquirida, saber prepararse. En el matrimonio pasa lo mismo; no se ha experimentado; de modo que la preparación es imposible. El mejor preparador es el cariño inteligente en la convivencia. Valiéndonos del bello concepto de Segur, podemos decir que el cariño va formando las Islas Afortunadas, donde se dan, conjuntamente, los pimpollos, las flores y las frutas.

Gran vencedor de escollos es el cariño. Los santos, "la aristocracia celestial" que dice Eca de Queiros, fueron casi todos soñados, con lo cual su santidad desmerece un poco por falta de sometimiento a prueba completa. No es bueno para el santo parecerse, aunque sea en una sola cosa, al diablo, que también permanece siempre soltero, si bien con la paradoja inexplicable de los cuernos

Los que peor preparados llegan al matrimonio son los hombres dedicados a la vida intelectual. El literato, el mismo filósofo, el pintor, el músico, los artistas, en general, son peligrosos, porque su arte y su filosofía están siempre en primer término, antes que la mujer. Además son un poco raros y no poco arbitrarios. Ya lo señaló el espíritu sagaz de Daudet. Los mejor dispuestos para el matrimonio son los políticos; pero no los dogmáticos empecinados, no los caudillos llenos de exaltación, ni los oradores famosos, que son también, como los artistas, un poco peligrosos, sino aquellos que tienen aptitudes de gobernantes. La razón radica en que, siendo el gobierno del Estado una serie de concesiones, llegan bien preparados al matrimonio, que es igualmente otra serie de concesiones. Además saben hacer fortuna, cosa que, generalmente, ignoran los artistas.

Terminemos. Téngase en cuenta que el problema es arduo y llena todas las bibliotecas del Universo sin que se haya resuelto satisfactoriamente. Sólo insistiré en que el cariño vale más que el amor, porque es más sostenible, más durable, más permanente.

Lope de Vega, voto de calidad, pues fue un don Juan efectivo, lleno de devaneos y tormentosas pasiones, nos dice en su comedia *El mayor imposible* estas palabras razonables sobre la exaltación amorosa:

Que muchos que se han casado
Forzados de un amor loco,
Suelen después hallar poco

De lo mucho que han pensado,

¡Cariño, cariño, dulce, sereno y solidísimo sentimiento! En ti reside la dicha duradera. El cariño surge de convivir. El amor nace antes de haber convivido. Con frecuencia parece en la prueba.....

Francisco Grandmontagne

Bibliografía Titular

 GRADECEMOS a los autores y editores la gentileza y el honor que nos dispensan con el envío de sus libros y folletos.

J. M. VELASCO IBARRA: *Democracia y Constitucionalismo*. - Quito, Ecuador, 1929.

S. JOSÉ M. LEORO: *Ibarra, Ayer y Hoy*. - Ibarra, Ecuador, Julio de 1929.

DR. DIEGO CARRONELLI: *Vargas*. - Prólogo del doctor José Gil Fortoul - Caracas, Venezuela, 1929.

RUFINO BLANCO FOMBONA: *El Modernismo y los Poetas Modernistas*. - Editorial Mundo Latino, Madrid.

DR. JOSÉ GUILLERMO LEWIS: *Por las Generaciones Futuras*. - Antecedentes, documentos y discusiones sobre las leyes de examen pre-nupcial y profilaxis social, compilados y presentados. - Panamá, 1929.

AKTURO ORGAZ: *La Huelga de las Ideas*. - Córdoba, Argentina, 1929.

L. N. URHANCEV: *El Crimen de Vera Mirzeva*. - Drama en cuatro actos y en prosa. - Casa Editorial Maucci. - Barcelona, España.

MARCOS FINGERIT: *Antena*. - 22 poemas contemporáneos. - Editorial Tor. - Buenos Aires, Argentina, 1929.

LUIS REISSIG: *La Campaña del General Bulle*. - Novela. - Buenos Aires, Argentina, 1928.

JOSÉ ANTONIO RAMOS SUCRE: *Las Formas del Fuego*. - Caracas, Venezuela, 1929.

JOSÉ ANTONIO RAMOS SUCRE: *El Cielo de Esmalte*. - Caracas, Venezuela, 1929.

HUMBERTO SALVADOR: *Ajelvez*. - Quito, Ecuador, 1929.

CHARLES EVANS HUGHES: *Relaciones de los Estados Unidos con las otras Naciones del Hemisferio Occidental*. - Biblioteca In-

teramericana de la Dotación de Carnegie para la Paz Internacional, New York, 1929.

F. GUEVARA NÚÑEZ: *En la Ciudad Hechizada*. - Poesías. - Bolívar, Venezuela, 1929.

F. GUEVARA NÚÑEZ: *En la Cumbre de la Soledad*. - Poesías. - Bolívar, Venezuela, 1929.

LUIS LÓPEZ DE MESA: *La Tragedia de Nilse*. - Editorial Minerva. - Bogotá, Colombia, 1928.

LUIS LÓPEZ DE MESA: *La Biografía de Gloria Itazil*. - Bogotá, Colombia, 1929.

MANUEL MENÉNDEZ VALDÉS: *Siete Meses Condenado a Muerte*. - Prólogo-envío de Luis Araguistain a Henri Barbusse. - Editorial España, Madrid, 1929.

ERICH MARÍA REMARQUE: *Sin Novedad en el Frente*. - Editorial España, Madrid, 1929.

TRISTÁN MAROF: *Opresión y Falsa Democracia*. - Algunos aspectos sociales contemporáneos de América. - Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública. - México, D. F., 1928.

FRANCISCO ROMERO: *Índice de Problemas*. - De «Humanidades», tomo XIX. - Buenos Aires, Argentina, 1929.

LEÓN TOUSTOU: *Anissa*. - Versión castellana de Delaville. - Biblioteca Editorial «Estudios», Apartado 158. - Valencia, España.

GUILLERMO BUSTAMANTE: *Reflejando la Vida*. - Quito, Ecuador. - Talleres Nacionales, 1929.

JUAN MARÍN: *Looping*. - Imprenta Nascimento, Santiago, Chile, 1929.

UN POCO SOBRE EL ECUADOR

El pequeño país al que cayó en suerte el cordón ecuatorial, el país de resuello caliente en la costa, de acendrada luz en la meseta y con un pedazo de Amazonia fantástica al oriente, poseyó hace cincuenta años también la línea equinoccial de la lengua de Juan Montalvo. Este equinoccio de la lengua se abajó después hacia Montevideo con Rodó y ahora parece haberse corrido hacia las bocas amarillentas del Plata por la voluntad de maestría de Lugones.

Sobre ese Ecuador reducido a triángulo por sus vecinos y en la parte más depurada de la meseta andina, donde la luz sin brutalidad ni regateo ha de ayudar no sólo al cauto a ser acendrado sino a la mente a pensar con rigor, fueron concebidos los TRATADOS, con esos elogios, que *huelen*, del maíz, de la patata americana y de la leche nutricia en una lengua amplia de hombre que tuvo costumbre de desahogo en el horizonte, y que vió correr río verdadero, el Guayas, corto pero con ímpetu.

Después de Montalvo, y hasta Gonzalo Zalumbide, la tierra ha tenido estaciones de cacao y banana, no ha tenido estaciones de obra literaria cabal. Montalvo marca el grado mayor de españolidad de la lengua americana; Zalumbide la atención más afortunada del español de Gracian con el francés. Son dos grandes europeos trabajándose el lenguaje americano para desbrozarle la grña, expurgarle el ballico y ordenarle y regirle la llamada confusión magnífica (que, por cierto, nada tiene de magnífico.)

Ahora comienza a sentirse lucia el Ecuador un fermento—desorden y confusión como en todo fermento—de gente nueva que quiere volver a expresarse y expresarse a su suelo en las facciones de su poesía y de su prosa. Como el Imperio Incaico no se pulverizó, y las líneas políticas de nuestros países—rara vez coinciden con las morales, el Ecuador sigue pegado con la liga fuerte de la sangre al antiguo Imperio, y esta generación nueva recibe otra vez el empujón de influencia desde el Cuzco y desde Lima *plena en niebla* y, en caos vegetal, acepta las unidades geográficas e históricas en el dejo del habla y muestra unos movimientos unánimes de sensibilidad con lo peruano.

De esta generación es Carrera Andrade, un mozo indio, pero a lo indio magnífico, no aplastado por el gran cielo ni por la agachadura para cojer mareto o la tortuga; un hombronazo de dos metros, un poco eucalipto sin el desmaño de éste, que mira con el ojo de los dos Orientes, de las dos Asias—la de aquí y la de allá—y lleva su piel ocarrada con sier-

ta bella petalancia de quien muestra comercio solar y hábito de intemperie en los pectorales y en la mano de escribir. Del cuerpo espacioso le sale una voz de entereza española que se aparta de la voz india, acodornizada o rota.

Quien lea sus poemas volverá a decir como *cuando Rubén*: «Y de dónde saca un indio, sino hurtado de Europa, estas finuras, estos festones, esta pulverización de oro en cuarteta o terceto?»

Para los de la extrañeza, yo voy a contar las cosas que siguen.

El indio de la Centroamérica que continúa a México, era un bárbaro en crudo para la guerra, y un preciosista envidiado en fineza para los oficios. Rubén salió en línea recta de ciertas donosuras menudas que ellos hacían y siguen haciendo: de la cajita en madera de oler, que llaman en México *de dinata*, de los centenares de jades rasguñados hasta la lisura de la joya, y de ciertas conchas y pepitas de oro que ellos trabajaban, ya con dedo, sino con uña china, que acaba en punzón; y no digamos de las plumas de aliento, cortadas como en la luz misma y con las que se lograban ellos una cabeza aligerada de ancuroso para la vida galante o la guerrera.

Habría que relacionar al hombre, yendo más lejos que Taine, no sólo con la piel de su suelo, sino con los oficios de su región, pues ellos también crean una atmósfera manipuladora de la emoción y de la voluntad. El oficio es cosa sobrenatural y cuenta muchos secretos; cuenta la pasión de fuerza o de regolo sensual que hay en la criatura; cuenta la imaginación insípida o la de color acérrimo; cuenta la impaciencia plebeya o la paciencia colta—pulso mismo de la cultura ella—; cuenta bien el cuerpo y el alma, la cuenta mucho mejor todavía.

Dos lindos oficios indoecuadorianos me sé—ha de haber muchos más que me pierdo—: el de el sombrero jipijapa y el del corozo labrado. Con esta mi manfa de ensartar a las gentes en sus oficios heráldicos, yo creo explicar a Carrera Andrade metiéndolo en los de su país.

Las mujeres indias son las obreras comunes del sombrero de paja toquilla. Se sabe que la mujer india es más moral que el hombre por dos lados: la laboriosidad y el desamor del alcohol. Recogen ellas esa planta herbácea de linaje en brazada enorme. De la brazada, la manita prieta, aprovecha muy pocos tallos válidos, pues el tejido pide una pajuela tan sin tacha que un puñado le da no más ocho o diez tallos.

Espigada la pajuela con ese rigor, viene el trabajo mismo. Aun cortada la paja, re-

sulta de tal modo sensible a la atmósfera que "hay que trabajarla en la primera mañana o en la tarde". La lluvia la relaja; la sequedad del mediodía la pone quebradiza. Su tono, su punto, se lo da una atmósfera asistida por un poquito de humedad. Entonces la paja bien elástica ni se quebraja ni se hace blanducha, y la india teje sin prisa, sin un comino de prisa, tres o cuatro meses para dar un sombrero consumado, un sombrero de rey colonial, o de Presidente a lo Roosevelt. Por eso el jipiapi de abolengo cuesta más que el mejor birrete de tela de la Edad Media y no digamos que el feltro europeo. Como se sabe, el sombrero de paja, sin estropearse la forma, que la india le impone para veinte años, se puede enrollar en la mano y meterse en el bolsillo del pañuelo o, a lo galán en el guante más urgido, y en todo eso cabe.

Hay también el oficio que pertenece al corozo o marfil vegetal. La tagua, palmera mesurada, de unos cinco metros de altura, hecha en su estación frutal unas calabazas o cocos, cuyo interior está lleno de una de esas leches vegetales que no son menos nobles que la de la mujer. En el líquido mudan unos núcleos que, si se olvida su maternidad vegetal, parecen minerales por la dureza. Esta materia preciosa—que lo es, de absoluta como las otras, de testardez en su virtud, de *tenacidad*, según el adjetivo técnico—se recoge para botonería, la ortopedia y el incrustado en madera. El eterno barco europeo la carga; pero algo queda en el país que llaman sin oficios, y que los tiene pero a la oriental: el indio no hace los botones de vestido; no sabe eso; pero sabe hacer con la bola del corozo una cereza tallada, un tomate, o una gran fresa pulida hasta una calidad de piel. Dentro de la fruta de embuste, hay otras y otras figurillas de un enanismo de broma. El indio con el ojo prestado de la China puede labrar la minucia hasta lo infinito, en un arte de insecto constructor, que desorienta al blanco cuyo ojo es plebeyísimo como agudez y no digamos como paciencia. La fórmula de *trabajo y juego* de d'Ors y de Ortega y Gasset, los les vino de la China en mo con dragón y todo en la vela. Chinos y japoneses borlan, orfebreran y dibujan, dándose en el trabajo, penoso por sedentaria, el gusto de jugar con caricatura, sarcasmo o fantasía. Cae de sus manos una risotada en colores o en metal y hasta el dragón religioso se ríe de sí mismo, en la estampa, del colorado excesivo de su resuello o de su ala prestada de murciélagos espléndido.

Un poco al modo de ellos, sus primos hermanos de la América, poniendo menor de sufrimiento en la mofa, trabajan el corozo y hacen también cabecitas de tragos con su bola de marfil forestal. Mucha menos crueles que el chino, reservan para la guerrilla el refocilarse en sangresita y en iluscuetti-

zamiento y el trabajo les queda inocente como hilo pequeño.

Carrera Andrade ha pasado, ha *trastadado* el oficio del corozo con toda su manía sabia a la poesía. La misma bagatela preciosa, la misma concreción del asunto a resina, el mismo reducir el volumen de una bestia a un paisaje a miga apretada, están en sus estampas y en las figuritas de corozo. Quien las tenga a mano, confronte con los primeros de artesanía del corozo, los poemitas que se llaman: *Colibrí, Habitante de la noche, Oatión, Grillos; Noz, Lo que es el cetraco, Pasado*.

Ya se que el lector con frecuentaciones del francés, se acordará recorriendo la sección denominada *microgramas*, de Jules Renard y de Abel Bonnard. Lo mismo da: los dos autores mentados sacaron su genio de lo chino; el primero aprendió la nerviosidad del apunte zoológico en Hokusai; y Bonnard, que vivió en el Asia, halló se hizo y de allá se trajo el *segundo* ojo capaz de la miniatura gesticulante. Carrera Andrade, desarticulado como todos nosotros de la Madre Asia que en el Continente precolombino tuvo un brazo entero, tajado de ella como los demás asiáticos de allá, la recupera, aunque la aventura parezca broma, en dos franceses: Renard y Bonnard; leyéndolos *se ha acordado* fácilmente de lo suyo y la capacidad soterrada de la fineza le ha subido a la superficie de un golpe. De la misma manera yo me he acordado en Tagore de un modo de trova religioso-popular que algún abuelo mío ha cantado delante de Budas sin pestafío. Muchas de las llamadas imitaciones no son sino un acordarse y un hallar lo propio que estaba extraviado por ahí.

Aparte de esas greacas admirables de lo vivo, pegadas en un milímetro de cartón con su color y su rictus intacto y leal, hay poesías bellas en las partes llamadas *cuadernos de mar y Cuaderno de tierra*, como aquella *Biografía, o El Hombre del Escudo bajo la Torre Eiffel, o Mas sobre las Ventanas*.

La tónica de este libro la ponen los poemas indo-futuristas en que Carrera Andrade, como el excelente Alejandro Peralta del Perú, ensaya y logra entregar muchas veces el asunto indígena. La lengua de que se vale para la prueba está terciada de ingenuidad, de atrevimiento y de una sultura de luzo indio. La ingenuidad la pone en el tijereteo simplista de las figuras; la sultura le viene de dejar hablar al indio su lengua abélica; el atrevimiento salta en la metáfora 1930 y en la rebanadura del verso que corta donde le da la gana. Tal vez la entraña definitiva de su poesía sea este idianismo que se le volverá menos bizarro a medida que se le haga más cotidiano, más frecuente, como las rutias que comienzan en un respunteo futurista de pisadas y acaban en cinta unánime y culta.

Yo digo «tal vez». No ando en estos malos pasos de prologuista por gana de acou-

PUBLICACIONES QUE NOS VISITAN

Desde el comienzo de nuestra labor hemos sido honrados con la compañía de valiosos exponentes de la cultura de América y Europa. Algunos de ellos nos han prodigado el aplauso del camarada fraterno. Y no obstante los obstáculos materiales que tenemos que vencer en la cruzada espiritual, nuestra labor se ha dilatado en una esfera considerable. Esto nos prueba más que una simpatía. La nómina de las publicaciones que anotamos es el precio de nuestros fervores. Sus directores reciban nuestro agradecimiento y simpatía profundas.

España

Revista de las Españas. Organó de la "Unión Ibero-Americana". Madrid.

España y América. Director: Eduardo de Ory. Cádiz.

Estudios. Editor: J. Juan Pastor. Valencia.

Alma Hispana. Director: José Romero López. Madrid.

Universidad. Organó de la Universidad de Zaragoza.

La Zuda. Boletín del Ateneo de Tortosa.

Renovación Social. Oviedo.

sejar. Nadie aconseja a nadie, ni Aristóteles, sino para perderlo, y es desventura cargar con los yerros propios y además con los ajenos.

Deliberadamente no refino el elogio de un mozo que veo hábilmente sentado en dos nobles zonas de lo poético: una refinada y otra primitiva. No le repito que ha trabajado bien su estrofa y que se acusan en ella cualidades de las que no retroceden sino que pondrán el pie siempre adelante. No le regalo con mucilago fácil de adulación. Veo en él una naturaleza viril que avienta el adulo a tres metros antes de que le ensucie la solapa con su babilla de almíbar, al robés de tanta naturaleza femenina que no puede trabajar sino en aquel aire caliente del iovernadero que es la complacencia. Virilidad es precisamente un no trabajar con cabeza del pájaro vuelta a todos lados del paisaje; no trabajar con los ojos pegados al gesto de los demás, ni siquiera al de los patrones del oficio, para ver si cae de ellos una sonrisa ablandada, no trabajar para la tablita anotadora de los valores del mercado del día, porque toda esa tensión de cuello, de ojo y

Revista Hispanoamericana de Ciencias Letras y Artes. Fundador: José María de Gamoneda. Director: Juan B. Acevedo. Madrid.

Meseta. Redactor: José María Luelmo. Valladolid.

Revista Ibero-Americana de Farmacia. Director: Valls Oliva. Barcelona.

Concepción Arenal. El Arenal.

Revista de Ambos Mundos. Madrid.

Índice de Libros. Madrid

Economía. Director: A. R. López del Arco. Madrid.

Boletín de la Real Academia de Ciencias, Bellas Artes y Nobles Letras. Córdoba.

Argentina

Nosotros. Directores: Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti. Buenos Aires.

Sintesis. Director: Martín S. Noel. Buenos Aires.

Vida Literaria. Director: Enrique Espinosa. Buenos Aires.

Claridad. Director: Antonio Zamora. Buenos Aires

El Progreso. Director: Salvador Merlino. Buenos Aires.

Boletín de la I. M. A. Publicación de la

de anhelo es una pérdida de tiempo femeninos y hasta subfemeninas.

Importe el oficio cada día más y el merólico (1) que vocea el producto nuestro, importe cada día menos; porque el Dios de los oficios a quien preguntamos sobre nuestro trabajo responde tan distintamente que no hay quien nos desbarate, su frase en el aire cuando él habla. Después que le hayamos oído aceptación o reprobación, ningún piniño ajeno podrá robarnos la sentencia buena ni zarcarnos la mala. El Dios de los oficios, Carrera Andrade, habla dentro de nosotros los artesanos, hacia los cuarenta años y no antes. En quince años más, Ud. sabrá por él lo que su obra haya añadido, a la atmósfera de espejo de su meseta, en formas, en criaturas, en dejos y en voces.

Gabriela Mistral

Vichy, julio 31 de 1929.

(1) Merólico, vendedor popular.

Internacional del Magisterio Americano.
Buenos Aires.

La Opinión. Avellaneda.

Ki Ka. Director: Eduardo Della Croce (hijo). La Plata.

La Palabra. Córdoba.

La Literatura Argentina. Director: Lorenzo J. Rosso. Buenos Aires.

Revista Jurídica de Ciencias Sociales.
Buenos Aires.

Generación Consciente. Director: Julio C. Centenari. Buenos Aires.

El Peludo. Buenos Aires.

Nación Catalana. Buenos Aires.

Ideas. Director: Domingo de Agostino.
La Plata.

Bandera Roja. Buenos Aires.

El Universitario. Buenos Aires.

La Nación. Buenos Aires.

El Magisterio. Santa Fe.

Directrices. Córdoba.

¡Extra! Tres Arroyos.

Colombia

Tierra Nativa. Director: J. M. Salazar Alvarez. Bucaramanga.

Universidad. Director: Germán Arciniegas. Bogotá.

Revista de Industrias. Órgano del Ministerio del Ramo. Bogotá.

Boletín del Ministerio de Industrias.
Bogotá.

La Palabra. Nariño, Ipiales.

Santafé y Bogotá. Bogotá.

Ilustración Nariñense. Nariño, Pasto.

Luminea. Mampós.

La Voz de Santa Marta. Santa Marta.

Libertas. Zapatoca.

Cultura. Tunja.

Perú

Mercurio Peruano. Director: Víctor Andrés Belaunde. Lima.

La Sierra. Director: J. Guillermo Guevara. Lima.

Integridad. Director: J. Díaz Quevedo.
Lima.

Nueva Revista Peruana. Directores: Alberto Ureta, Mariano Ibérico, Alberto Ullva. Lima.

Mundial. Lima.

Universal. Directora: Elisa Rodríguez Parra de García R. Lima.

El Tutorato. Arequipa.

Labor. Trujillo.

Abecedario. Lima.

Chile

Revista Chilena. Félix Nieto del Río Santiago.

Sagitario. Director: Ramón Escuti M. Santiago.

Venezuela

Elite. Director: Juan de Carneaga. Caracas.

Nox-Otras. Directora: Luisa Martínez. Caracas.

Venezuela Farmacéutica. Caracas.

Cultura Venezolana. Director: José A. Tagliaferro. Caracas.

Perfiles. Director: Antonio Reyes. Caracas.

La Quincena Literaria. El Tocuyo.

Cuba

Orto. Director: Juan F. Sariol. Manzanillo.

Revista de Oriente. Director: Primitivo Cordero Leiva. Santiago.

Archipiélago. Director: Max Henríquez Ureña. Santiago.

Hera. Director: Antonio Fernández Morera. Sancti-Spiritus.

Ideas. Director: Juan B. Ramos. Habana.

El Chofer de Cuba. Santiago.

Costa Rica

Repertorio Americano. Director: J. García Monge. San José.

El Estudio. San José.

Guatemala

Revista Musical. Director: Arturo Narváez. Guatemala.

Uruguay

La Cruz del Sur. Directores: Alberto Laspláces, Jaime L. Moranza, Gervasio Guillot Muñoz, Alvaro Guillot Muñoz, Melchor Méndez Magariños. Montevideo.

Albatros. Director: Arturo Silverio Silva. Montevideo.

Ariel. Montevideo.

México

El Sembrador. Director: Rómulo Velasco Cevallos. Secretaría de Educación Pública. México.

El Libro y el Pueblo. Publicación del Departamento de Bibliotecas. México.

Producción. Órgano de la Sociedad Cooperativa «Producción». México.

Vértice. México.

El Occidente. Director: Manuel García de Alba. México.

La Patria Grande. Director General: Amado Chaverri Matamoros. México.

Puerto Rico

Judice. Redactor: Antonio S. Pedreira. San Juan.

Los Quijotes. Director: Luis Cintrón. San Juan.

Panamá

Motivos Colombianos. Director: Oscar Terán. Panamá.

La Prensa Ilustrada. Director: M. de J. Quijano. Panamá.

El Salvador

Para Todos. Director: Manuel Zuñiga Idiaquez. San Salvador.

Diario de Oriente. El Salvador.

La Nueva Tribuna. Director: Agenor Argüello. Ahuachapán.

Honduras

Honduras. Director: J. M. González Rosa. San Pedro Sula.

Bolivia

El Diario. Director: Manuel Carrasco. La Paz.

Revista del Círculo de Bellas Artes. La Paz.

Variaciones. Director: Alfredo E. López G. La Paz.

Estados Unidos

Alhambra. Editor: A. Flores. Nueva York.

Revista Internacional de Dan. Nueva York.

El Continente. New Orleans.

Francia

La Vie Latine. Director: Maurice de Waleff. París.

Le Point. Director: Jean Gattino. París.

Brasil

Folha Académica. Director: Prof. Bruno Lobo. Río de Janeiro.

Cultura. Río de Janeiro.

Chile. Órgano Oficial del Consulado de Chile en San Paulo.

Rumania

Revista Hispánica. Bucarest.

Alemania

Der Sturm. Director: Herwarth Walden. Berlín.

Rusia

Bulletim D' Information. Moscú.

Portugal

Pensica. Director: Branquinho Da Fonseca. Coimbra.

Publicaciones Nacionales

Revista de la Jurídica Literaria. Quito.
Anales de la Universidad Central. Quito.

Ecuador Comercial. Quito.

Educación. Órgano de la Dirección de Estudios de Pichincha. Quito.

El Globo. Quito.

Revista Municipal. Guayaquil.

Ciencias y Letras. Guayaquil.

Claridad. Quito.

Letras y Números. Guayaquil.

Revista de la Universidad. Cuenca.

Revista del Colegio Nacional Benigno Malo. Cuenca.

Mañana. Cuenca.

El Ejército Nacional. Quito.

Horizontes. Órgano del Instituto Normal "Juan Montalvo". Quito.

Férvola. Ambato.

Páginas Selectas. Guayaquil.

Sol. Quito.

El Observador. Ibarra.

Revista de Instrucción Primaria. Ibarra.

El Carchi. Tulcán.

El Ferrocarril del Norte. Ibarra.

El Cosmopolita. Ambato.

El Rayo. Ambato.

El Diario del Sur. Cuenca.

La Alianza Obrera. Cuenca.

REVISTA DE LAS ESPAÑAS

Publicación Mensual de la
Unión Ibero-Americana

Suscripción anual:
15 pesetas

Dirección:
Calle de Los Madrozo, N° 9
Madrid, España

SINTESIS

Revista Mensual de
Ciencias y Letras

Director:
MARTIN S. NOEL,
Secretario General:
Héctor G. Ramos Mejía

Suscripción:
Por un año, \$ 10

Redacción y Administración:
Patrios, 1750-U. T.—21
Barracas 0037
Buenos Aires

Mercurio Peruano

Revista Mensual de
Ciencias Sociales y Letras

Director Fundador:
Víctor Andrés Belaúnde

Suscripción: 6 dólares

Apartado N° 176
Lima, Perú

UNIVERSIDAD

Revista Trimestral de
Cultura y
Vida Universitaria

Laureada con el Premio
Villarroya.

Dirección Postal:
Revista «Universidad»
Zaragoza, España

España y América

Revista Comercial
Ilustrada, de Exportación,
Economía, Finanzas y
Letras

Director:
Eduardo de Ory

Suscripción a la edición
económica:
20 pesetas por año,

Alameda de Apolaco, 17 y 18
Cádiz, España

Revista Chilena

Diplomacia, Política,
Historia, Artes, Letras

Fundador:
Enrique Matta V.

Director:
Félix Nieto del Río
(Ministerio de Relaciones
Exteriores)—Correo 8
Santiago, Chile

UNIVERSIDAD

Semanario
de la vida colombiana

Director:
Gerardo Acíniegas

Apartado N° 491
Bogotá, Colombia

TIERRA NATIVA

Revista Gráfica Semanal

Director:
J. M. Salazar Alvarez

Editores propietarios:
URIBE & HNO.

Carrera 10, N° 268
Bucaramanga, Colombia

PARA TODOS

Revista Fundada y Dirigida

por el Dr.
Mannuel Zúñiga Idiáquez

San Salvador, El Sal-
vador
A. C.

La Cruz del Sur

Revista de Artes y Letras

Revisión:

*Alberto Lupiaca
Jaime L. Morán
Gervasio Guillot Muñoz
Alvaro Guillot Muñoz
Melchor Méndez Magariños*

Calle 18 de Julio N.º 2128
Montevideo, Uruguay

ELITE

Revista Semanal Ilustrada

Director - Editor:

Juan de Guzmán

Suscripción por un
año: B 90

Oficina:

Principal a Santa Ca-
pilla, N.º 6

Caracas, Venezuela

LA VIE LATINE

Organe officiel du Bureau
Permanent de la Presse
Latine et de l' Association
Paris - Amérique Latine.

Directeur Politique:

Maurice de Waleffe

Redacteur en Chef:

Pedro Osorio

49 bis, Avenue Hoche,
Paris

Revista Hispano- americana de Ciencias, Letras y Artes

Fundador y propietario:
José María de Gamboa

Director:

Juan B. Acevedo

Dirección:

San Agustín, 7
Madrid, España

LA SIERRA

Organo de la Juventud
Renovadora Andina

Letras, Ciencias, Arte,
Historia, Ciencias Socia-
les y Polémica

Suscripción anual
2 dólares

Director:

J. Guillermo Guevara

Apartado N.º 10 Lima, Perú

ORTO

Revista universal ilustrada
de Literatura y Arte

Director:

Juan F. Sardiá

Dirección:

C. García Esq. Villuendas
Manzanillo, Cuba

Nueva Revista Peruana

Dirigen:

*Alberto Ureta
Mariano Ibérico
Alberto Ulloa*

Ayacucho, 428
Casilla de correos
N.º 128 y 281
Lima, Perú

GLARIDAD

Revista de Arte, Crítica y
Letras.

Tribuna del Pensamiento
Izquierdista

Director:

Antonio Zamora

Dirección, Administración
y Talleres Gráficos:
San José, 1641.

Casilla de Correos N.º 736
Buenos Aires, Argentina

Cultura Venezolana

Revista Mensual

Director:

José A. Tagliaferro

Suscripción:
Año 6 dólares

Apartado 293
Caracas, Venezuela

¡AUN NO SE HA SUSCRITO UD. ?

DECIDASE LE CONVIENE !

ENCICLOPEDIA GRAFICA

LA MEJOR

LA MAS COMPLETA

LA MAS BARATA

Compruébelo en su Librería examinando uno de
los fascículos publicados:

«SEVILLA»

«BARCELONA» (extraordinario)

«MADRID»

«JAPON»

«HISTORIA DE ESPAÑA»

«AVICULTURA»

«LA CIVILIZACION MAYA» etc. etc.

Precio 1'25 ptas

120 Fotografías

62 páginas de texto

Encuadrados cada 10 será la mejor BIBLIOTECA
y el mejor MUSEO

Pedidos a la EDITORIAL CERVANTES.—Avenida de Alfonso XIII, 382
Barcelona, España.